Luis Gusmán

Lo más oscuro del río

Editorial Sudamericana
narrativas argentinas

LUIS GUSMÁN

Lo más oscuro del río

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Diseño de tapa: Mario Blanco.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.
© 1990, Editorial Sudamericana S.A.,
Humberto I 531, Buenos Aires.
ISBN 950-07-0603-2

A Enrique Pezzoni

Es un intento de subordinar las palabras al ritmo del agua.

J. JOYCE

Tennessee

Después de muchos años, Tarkowski decidió confiarme la causa por la que había abandonado el deporte de las pesas, mucho después de que me contara al borde de la laguna los espejismos del desierto; pero esta vez en el desarrollo de una interminable partida de billar que con las horas iba perdiendo precisión para hundirnos inexorablemente en el sopor y el tedio. Las bolas rodaban con morosidad impulsadas por un poder misterioso, o tal vez por una fuerza que venía desde el río, como si se moviesen al ritmo del agua, pesada, aceitosa, cargada de petróleo. Una agua negra que nos envolvía en pensamientos luctuosos, un animal acuático que amenazaba con horadar las paredes del Regatas.

Discutíamos teorías tan presuntuosas como interminables acerca de la influencia del poder del destino en la vida de un hombre. Tarkowski conservaba un aire ligeramente risueño, de verdadera convicción que yo confundía, entonces, con una decidida resignación. Mientras tanto, mi escepticismo dejaba traslucir un entusiasmo y un fervor sospechosos. Yo exponía una incipiente teoría acerca del libre albedrío en la que se mezclaba una vaga lectura de Santo Tomás y una admiración exagerada por Prometeo como ideal del héroe trágico. Tarkowski le otorgaba todo el poder a los dioses.

Nuestras posiciones eran irreductibles; sin embargo, tal vez para prolongar la conversación, nos debatíamos entre la duda y la convicción de si el hombre podía escapar verdaderamente del destino. Y la voz del coro podía surgir de cualquiera de aquellas sombras que se acercaban a la meseta esplendente para dictaminar desde los mismos cielos acerca del resultado de una jugada. El azar interrumpía entonces bajo la forma de la fatalidad y de un rubor quemante que hacía temblar el pulso y errar la carambola. Casi siempre provenía de veteranos que con una palabra vaga, un gesto indefinido o una mirada ambigua vaticinaban el desenlace. Tarkowski esperaba confiado en sus fuerzas. El coro siempre trabajó para los dioses, solía repetirme, esperando que pudiese extraer de aquellas palabras alguna enseñanza que me impidiese caer otra vez en el error.

Esa noche su confesión fue precedida por una frase ampulosa pero que a la vez dejaba entrever cierta miseria. Se trata de saber, dijo Tarkowski, en qué lugar colocamos el pecado, si del lado de los hombres o del de los dioses; los dioses se apartan de aquellos que han causado alguna desgracia entre los hombres.

—Nadie desconoce, Tarkowski, que no se puede involucrar a los dioses en las decisiones de los hombres; sería invocarlos en falso.

—Es verdad, tal vez nunca llegue a saber qué papel jugaron los dioses. Sólo puedo contar las circunstancias en que tomé esa decisión. El mensajero de los dioses, el instrumento de su poder, vino a buscarme al Regatas porque me había visto actuar en una película en la que, por mi oficio, pude hacer un papel menor. El hombre había visto la película más de una vez y me di cuenta de que no estaba ahí por mis cualidades artísticas, sino que un asunto oscuro lo había traído hasta mí. El insistía en una escena en particular, violenta, en la que yo aparecía

al lado de un hombre rudo, también de mi oficio, tal vez parecido a mí mismo. Me preguntó si lo conocía. Demoré en responderle y le pregunté si yo era el único que podía conocerlo. Me contestó que seguramente habría otros. Fue entonces cuando quise saber por qué me había elegido. Aunque ya sospechaba, llevado por cierta dosis de fatalismo al que me arrojaba seguramente mi propia convicción, que él era un instrumento para ponerme a prueba. El hombre, sin embargo, parecía tener argumentos muy sólidos. Lo elegí, dijo, porque prefiero las observaciones de alguien acostumbrado a la acción.

—¿Cómo define usted la acción? —le pregunté, sospechando risueñamente que el Regatas se había transformado de un antro marino en un lugar donde se dirimían cuestiones filosóficas.

—Para mí su pasado no es un secreto, es parte de mi trabajo. Usted ha estado en la legión extranjera. Por eso preferí el juicio de un hombre que pudiese escapar a los influjos de la ficción.

—Usted, que también debe tener un pasado, ya que no me ha dicho su nombre, debería saber que la acción puede estar en cualquier lado. Antes, sólo los desesperados iban al desierto. Ahora, detrás de cualquier hombre se puede esconder un acto oscuro. No aprendí allí la acción. Había más acción en el sanatorio naturista. Los levantaban por la mañana y los hacían correr desnudos por el bosque. Los manejaban mediante silbatos. Cada silbato era una orden diferente, una muestra de que la obediencia debía ser ciega. Por supuesto, en el crepúsculo les pasaban óperas wagnerianas; también representaban sus propias obras de teatro. Bueno, nadie ignora que la lírica y la acción siempre han estado juntas, ¿o acaso me equivoco?

Le formulé aquella pregunta —que no era tal—, no para confirmar la veracidad de lo que estaba diciendo, sino

para comprobar que él me escucharía hasta el final porque necesitaba algo de mí.

—Jungborn, al este de Praga, un paisaje tenue y apacible. Usted debería haber visto con qué violencia hundían los cuerpos en las piletas con arcilla caliente. Baños termales. Una vez que uno estaba allí adentro sólo regían las leyes de Jungborn, una casa naturista donde había que pagar para no sufrir vejaciones. Los adinerados entregaban su dinero a manos llenas. Pero había un momento en que hasta el dinero perdía su valor. Quién podía calcular la temperatura de las piletas una vez que el cuerpo se sumergía en la piscina; quién no corría el riesgo de transformarse en una figura pompeyana. Había momentos en que clamaban por un pedazo de carne roja. Bastaba recorrer las habitaciones por la noche para escuchar cómo soñaban con ella. Siempre los tenían desnudos, salvo cuando el frío podía congelarlos, les entregaban una túnica blanca. Al caer la tarde se podía ver el *campus* cubierto de túnicas blancas, siempre en movimiento. Era en lo alto de la montaña y los cuerpos envueltos en aquellas túnicas parecían nubes. Allá, en el apacible Jungborn, cuando los entregaban al juego de sacarse fotos desnudos, se fotografiaban hidrópicamente, se reían hidrópicamente. ¿Usted sabe lo que es fotografiarse hidrópicamente? Esos cuerpos abombados, esos carnavales kayserianos, esas operetas del imperio austrohúngaro. Fotografías en color sepia. El color de la decadencia y la corrupción. ¿Alguna vez vio reír a un hidrópico?, parece que en cualquier momento va a reventar. ¿Los vio realizar los ejercicios matinales al ritmo de una aria wagneriana? Esos cuerpos se volvían cada vez más débiles y por eso eran gorduras fofas, próximas a la muerte. Labor terapéutica, afirmaba el director del establecimiento. Fortalece el ánimo y fortifica el espíritu. A esas sombras blancas y transparentes, les ofrecía mi

cuerpo de atleta levantando pesas rítmicamente durante dos horas cada una de las mañanas de Dios. ¿Sabe qué pensaban esas cabecitas? Que nunca iban a poder levantar ni una pluma. Y la obscenidad de las casillas de baño donde adornaban su blancura con una diminuta malla negra, como si anticiparan sobre su cuerpo el propio luto. Cada una de esas habitaciones tenía el nombre de una ramera bíblica y la llenaban de leyendas y de dibujos. Se encarnizaban entre ellos. Se dibujaban. Una tarde descubrí mi propia caricatura. Me habían dibujado desnudo, cubierto sólo por tatuajes, fornicando con una mujer mientras sostenía unas pesas. Mientras que los otros cuerpecitos envueltos en las túnicas blancas formaban a mi alrededor un coro griego que me miraba fornicar dando vivas y hurras, mientras pequeños chorritos hidrópicos brotaban de sus boquitas exangües. Eso era Jungborn, el sanatorio naturista, el valle de la tranquilidad en lo alto de la montaña. Entonces pensé que no podía haber nada peor que esto y fui a ver al director del establecimiento para decirle que me marchaba. Caminé hasta el gimnasio, atravesé por última vez el verde pasto de Jungborn y me despojé de mi ropa de pesista. Arrojé contra esos bancos que parecían improvisadas parihuelas para transportar sus cuerpos, fajas, muñequeras, ungüentos, y me fui por el camino de los tilos sin volverme una sola vez. Así me despedí de Jungborn. Pero allí aprendí que la acción puede estar en los lugares más apacibles, más inesperados.

—No se exalte, no se exalte —me respondió aquel hombre que dijo llamarse Deganis. En realidad, no sé si esas palabras eran una respuesta; más parecían querer sacarme de un estado de trance. Como si Deganis, por un momento, se hubiese desconcertado, sólo por un momento, porque cuando siguió hablando con esa manera tan suave, tan sutil de interrogar, volvió a ser el que era.

—No me equivoqué. Quería saber qué pensaría de ese actor un hombre como usted. ¿Recuerda el hombre que lo acompaña en la escena que le describí? ¿Usted cree que esa persona podría estar involucrada en un crimen? Responda con sinceridad señor Tarkowski, este es un oficio en el que hay que dejarse llevar por la intuición y las observaciones. No le otorgue ningún peso moral a lo que va a decirme.

Quizás yo no esperaba de él más que eso. La forma en que pronunciara mi apellido me iba a otorgar un origen ruso o polaco. Tal vez fue esa diafanidad con que pronunció cada una de las letras lo que me hizo confiar en él, darme cuenta de que una amistad se puede volver necesaria por el hecho más inesperado. Deganis lo intuyó, quizás por cierta simpatía que siempre transmiten mis ojos cuando suceden esas cosas.

—Sólo le pido que me ayude, Tarkowski. Estoy en tinieblas, caminando en la oscuridad.

—¿Cómo llegó hasta el Regatas? —le pregunté a Deganis sabiendo que esa misma pregunta me iba a envolver en su oscuridad, en sus tinieblas que ya no me eran ajenas. Porque quién ignora aquí, en el Regatas, después de tantos años, la importancia que le doy a la manera de pronunciar mi apellido. Algunos piensan que es una mera afectación que debería haber abandonado en la juventud. Quizás esta mínima confesión, este detalle en esta enorme madeja, sea el más verdadero. Recuerdo que alguna vez, en vida de mi padre, le incriminé duramente sus historias con mujeres, los hijos que habían surgido de esas mismas historias y sus palabras me sonaron tan definitivas como si hoy mismo las recordara y las paredes del Regatas temblaran de la misma manera que cuando mi padre me dijo: "te di el apellido". Deganis siempre ignoraría este detalle pero había tenido la suerte de encontrar la pronunciación justa.

—Por lo mismo que le dije antes, Tarkowski, por estar caminando a tientas. Usted puede llevarme hasta él.

—Sólo puedo decirle que es un hombre que hace demasiado bien su papel. Eso no está mal tratándose de un actor. Sólo que lo repite en su vida pública y privada.

—Tal vez juntos podamos averiguar alguna cosa —dijo Deganis interrumpiéndome. Mientras yo lo miraba tratando de saber qué ocultaba detrás de esa retórica tan íntima, tan apresurada. Detrás de esa complicidad que él había decidido era el momento justo para imponer. No disimulando ahora ni su necesidad ni su interés. Sino haciéndolo evidente para que jugase entre nosotros como una vieja confidencia.

—Le contaré en pocas palabras lo que sé. Así, de esa manera, usted, Tarkowski, sabrá e ignorará lo mismo que yo. Me vino a ver una mujer. La hija de un hombre muerto recientemente. Un hombre afortunado en los negocios. Aparentemente, murió de un paro cardíaco. Solo, en la butaca de un cine.

Recuerdo que lo interrumpí bruscamente para preguntarle:

—¿Solo en un cine?

—Eso mismo me pregunté —me respondió Deganis—. Un hombre como ese solo en un cine. Como otros van a la iglesia a rezar o a meditar, éste estaba solo en un cine, un día de calor, un verano a las tres de la tarde. No había ningún camino a seguir. El dictamen del forense confirmó lo dicho por la hija. Empecé por el único lugar que tenía, el cine.

—Pero usted habló de un crimen —le dije a Deganis. Sabiendo ahora con certeza que cuando él había atravesado la puerta del Regatas, sin que se oyeran sus pasos, sospechando que venía de algún lugar del río, la fatalidad había entrado con él.

—Sí, quizás el término sea técnicamente incorrecto o

excesivo. Como le dije antes, empecé por el cine. Y más tarde, como Raskólnikov, sólo me quedó volver a la superficie blanca. Porque su vida privada no me conducía a ningún lugar. Una vida intachable. Una mujer que había muerto hacía diez años, una segunda mujer con la que no vivía, también viuda con hijos y fortuna, parecían haberse encontrado en la vejez. Ni en su pasado, ni en el de esas mujeres, aparecía ninguna irregularidad. Sus negocios marchaban fructíferamente. Su hija hereda una fortuna considerable, y está casada con un industrial que no presenta quebrantos económicos. Una historia demasiado perfecta para este lugar en que vivimos. Tanto dinero y tanta legalidad parecen imposibles en este lugar del trópico. El móvil, si es que lo hay, no es el dinero. Sin embargo, los últimos acontecimientos, ni siquiera como usted se dará cuenta, Tarkowski, los llamo pistas o pruebas, me han llevado hasta usted. Lo que me confirma que el mejor lugar para aprender acerca de un crimen surge de aquello que uno ha leído. Recuerdo una novela, no sé si se proponía como una parodia de su propio género. La intriga era complicada pero lo que sostenía la trama me pareció absolutamente asombroso y carente de toda lógica, y era que el asesino huía de la víctima. Como no se necesita un crimen para que haya un muerto, el investigador sólo pudo resolver el caso cuando invirtió la lógica tradicional y se dio cuenta de que la víctima perseguía al asesino. Cuando pude averiguar que Salerno, ya es hora de que lo llamemos por su nombre, esa semana había ido a ver la película más de una vez, supuse que la clave estaba ahí. Desde entonces la he visto más de diez veces y la conozco de memoria. Insistiendo con el forense, uno tiene amigos en los lugares más inesperados, pude establecer la hora exacta de su muerte. La factibilidad de esa exactitud pudo variar unos minutos y usted sabe que en unos

minutos suceden muchas cosas. Lo cierto es que logré aislar una escena que creo coincidió con la muerte de Salerno. Una escena de violencia en la que con su ayuda, Tarkowski, eliminan a un hombre, no sin antes golpearlo de manera brutal. Para eso se necesita oficio y me pareció que usted lo tenía. Desde esa escena usted se me hace necesario. Los hechos posteriores confirmaron mi intuición; le pedí a la hija que me acompañara a ver la película. La mujer estaba un poco sorprendida ¡Se imagina la situación!, el padecimiento de esa mujer tratando de adivinar en qué momento de la película se había muerto su padre. Creo que hasta llegó a dudar de mí. Sobre todo cuando no encontraba ninguna relación entre lo que sucedía en la película y el carácter y la vida apacible de su padre. Pero como usted decía antes, Tarkowski, hay que desconfiar de los paisajes apacibles. Ya desistíamos, cuando ella tuvo como una revelación, fue como un relámpago. No me quería confiar nada hasta no volver a ver la película. Por lo tanto, entre divertido y resignado, me dispuse a ver otra vez esa tragedia griega, sólo que trasladada a un paisaje lunar. Ella quería estar segura de lo que había visto, no era una mujer de imaginación ardiente y desde el principio me preguntó qué la había llevado a sospechar. Me respondió lo mismo que usted: "Mi padre no era un hombre que acostumbraba ir solo al cine". El argumento de ella me pareció convincente. Era sospechoso que un hombre a esa hora de la tarde interrumpiese sus actividades comerciales para encerrarse en un cine. Tampoco descarté algún vicio casi solitario. Muchachitos, exhibicionismo, miembros furtivos, caricias en la oscuridad. Llevé su foto por los cines, busqué en los archivos. Salerno no parecía dedicarse a esos menesteres. Ella terminó de convencerme cuando me dijo: "Mi padre me comentaba todas las películas que iba a ver. Siempre hablábamos de cine,

¿por qué omitiría hablarme de esa película?". Usted, Tarkowski, seguramente estará pensando lo mismo que yo: ¿Por qué ese título, *La muerte púrpura*? ¿Por qué la muerte tendría que tener ese color? Más allá de iluminar el cielo, esa lluvia apocalíptica que amenaza destruir el mundo, y esas mujeres que se quedan mirando el sol esperando la virgen capaz de detener el curso de las aguas; esas mujeres que esperan durante cuatro días hasta quedarse ciegas, una versión invertida de la anunciación. Lo cierto es que el argumento de ella me pareció definitivo, al menos para iniciar ciertas averiguaciones. También habló de cosas de las que nunca había hablado, que últimamente notaba a su padre desasosegado como si hubiese perdido la paz, como si de su espíritu se hubiese apoderado otra persona, como si su alma hubiese empezado a navegar por aguas oscuras. Ella hablaba de esa manera, un poco literariamente, como si hubiese salido de un poema de Coleridge. Usted debe conocerlo, *El romance del viejo marinero*. A mí lo que me despertó el interés por ese poema son unos pájaros extraños que vuelan perpetuamente detrás de una embarcación. Durante el día, durante la noche. Seguramente, más allá de lo poético representan alguna alegoría acerca de lo efímero y lo eterno. Pero a mí, ¿sabe lo que siempre me interesó? Saber qué perseguían, qué buscaban esos pájaros. Le digo, Tarkowski, que esas escenas que ya había visto más de una vez pasaron como un relámpago, no se ofenda, pero fue la primera vez que no me aburrí.

—Por supuesto que no me ofendo —le respondí a Deganis—. Sólo lo hice por dinero. —Ya me había olvidado de la manera en que pronunciaba mi apellido, tratando de recordar en qué momento de la conversación y de esa intimidad vertiginosa que había surgido entre nosotros, había dejado de llamarme señor Tarkowski, cuándo comenzó a decirme Tarkowski a secas.

—Habrá dinero para usted, Tarkowski. La mujer no es de aquellas personas que regateen. Si seguimos juntos y las cosas se resuelven favorablemente, habrá dinero para usted.

Creo que para tratar de demostrarle que no estaba en sus manos, le pregunté de qué dependía que las cosas se resolvieran favorablemente. Sabiendo que ya no me importaba el dinero porque Deganis había despertado en mí el demonio de la curiosidad, sólo por eso seguiría con él hasta el final.

—Del azar, de los acontecimientos, de las personas mismas. Fíjese que cuando la mujer vio esa escena se transformó, parecía que un recuerdo muy profundo, algo sin duda lejano y tormentoso, se le hubiese presentado de golpe. Quién hubiera podido calcular unos instantes antes ese sentimiento. Simplemente me dijo: "Yo conozco a ese hombre, a ese actor menor, casi un extra. Ese que permanece mudo durante toda la escena. Lo he visto alguna vez en una foto junto a mi padre, en una cascada, con un paisaje de montañas. Debían haber sido más jóvenes; por eso me costó reconocerlo. Pero hay un momento de la escena en que su cara se rejuvenece y es cuando esa supuesta mansedumbre deja lugar a la violencia. Por supuesto que han pasado muchos años". Eso que ella vio me trajo hasta usted. Le aseguro que el camino no fue fácil. Tuve que recorrer *sets* de filmaciones, pequeños teatros, asociaciones de actores, sindicatos, pequeños antros donde suelen parar los artistas. He visto luchadores, pesistas, veteranos, hombres que trabajan en negro, actores con nombres falsos. Tenía que encontrar a ese hombre o al que lo acompañaba en la escena. Lo encontré a usted. A él es como si se lo hubiera tragado la tierra. A usted en el ambiente lo conocen como "el legionario". No me costó demasiado averiguar su nombre, sus antecedentes. Sólo usted me puede dar el nombre

y la dirección del hombre de la foto. Por supuesto que si la mujer lo recordara, quizá no hubiese necesitado recurrir a usted. Pero le confieso, Tarkowski, que más allá del nombre, un oscuro impulso me guió hasta el Regatas, como la certeza de que de una decisión suya dependiese el curso de los acontecimientos.

La voz de Tarkowski interrumpió la partida de billar: dije que sólo iba a narrar las circunstancias de esa decisión, no a justificarla. La interrumpió en el mismo punto en que yo hubiese preferido detener la historia. Ese relato que sólo me podía contar a mí porque no estaba en los planes de Deganis interesarse por las consecuencias de ese acto, sino sólo mover las piezas para que Tarkowski lo llevase a cabo. Sabiéndolo incapaz de cualquier vacilación ética, le pregunté si quería seguir hablando. Tarkowski trató de responder no tanto a mi pregunta como a mi estado de ánimo. Es que ahora, sin la presencia de Deganis, los dos solos en el Regatas, sin Deganis el instrumento, el que le otorgaba todo el peso a la decisión de Tarkowski, cada uno de nosotros debería cargar con el peso de sus propias palabras. Tratando de mirar hacia lo oscuro del río para convocarlo, para traerlo de vuelta en alguna de esas lanchas que suelen atravesar la noche, para que se instalara otra vez entre nosotros y cargara sobre sí el pecado de Prometeo. Deganis el instigador, el corruptor, el que había atravesado el río, las puertas del Regatas, para sembrar la duda y la discordia. Pero estábamos nosotros dos como los únicos jugadores de esa partida. Tarkowski deseoso de seguir hablando, ahora decidido de una vez a terminar la historia. Como quien vuelve a algún lugar de la infancia, a un temor lejano y desconocido que podía estar encerrado en el hecho más nimio, en el gesto más inesperado.

—He visto traicionar por ambición, por cobardía, por inconciencia: de las delaciones, la peor. Esos personajes idiotas de las tragedias que ignoran lo que hacen y que son sólo un instrumento. Les temo tanto como a aquellos que traicionan por amor, ingenuamente. No ignoro que de los nueve círculos del infierno, el más bajo les está reservado a los traidores. Yo no era ni un idiota ni un ingenuo, tampoco un traidor, sólo quería llevar a cabo una venganza. El dinero fue una excusa para darme valor. Ni siquiera lo había planeado. Tampoco era un pensamiento que me atormentara. Sólo que cuando lo escuché a Deganis me di cuenta de que existía en mí un profundo deseo de vengarme de Smith. Ese era el nombre del que me acompañaba en la escena. Hacía muchos años que nos conocíamos. Habíamos compartido piezas de hotel, *troupes,* giras; nos dedicábamos al mismo oficio. Como yo, él también era pesista. Smith, irlandés, católico, había estado en Tennessee. Eso está en Norteamérica. Había estado allá y yo le preguntaba qué tal era eso. Entonces él me respondía: "Los americanos sí que saben vivir. Los colchones son de plumas, las sábanas, una seda. Baños para blancos, baños para negros. Eso es natural y nadie se asombra; por eso hay progreso, por eso todo marcha sobre rieles". Entonces yo insistía en preguntarle sobre Tennessee y él volvía a decirme: "Los americanos sí que saben vivir. Las sábanas, seda pura". ¿Por qué yo esperaba otra cosa de Smith? Tal vez porque uno espera del otro lo que espera de uno mismo. Las pesas representaban para mí un oficio sagrado, casi un arte. Y estoy diciendo un arte y no una técnica. Smith representa el tipo animal, poco inteligente. Casi una caricatura en que la fuerza debe ir acompañada por la bestialidad y la ignorancia. Smith reflejaba la servidumbre de la carne. Solía tener una sola frase en su cabeza, una frase que se iba reduciendo con los años y

que resumía aquel viaje suyo a Tennessee. Creo que en algún momento llegué a dudar de que en Tennessee pudiera haber alguna otra cosa diferente de lo que decía Smith. Quizás era yo el equivocado, pero para mí Tennessee no era Tennessee. Era el esplendor, el sueño dorado, el polvo de la batalla, no el que enceguece sino el que otorga valor. Smith tenía que poseer el secreto, no de la gloria sino de la pasión, pero él sólo repetía monótonamente: "Es que yo levanté setecientas cincuenta libras, un récord, por eso fui a las olimpiadas de Tennessee. Porque fui un récord". Smith desmerecía su oficio, sólo recordaba su récord. El día que esa cifra se borrara de su cabeza su vida iba a perder el poco sentido que le quedaba. Por piedad le buscaba conversación, para que no fuera a olvidar la cifra. A eso se había reducido su vida y para mí resultaba misterioso cómo pudo llegar a hacer lo que hizo. Creo que ni siquiera lo planeó, lo hizo como todas las cosas en este mundo, brutalmente. Es un planteo ético, soy el primero en no ignorar mi decadencia. Por eso me fui de Jungborn. Sé lo que es transformarse en una bestia de circo, es lo mismo que una bestia de club. Cuando uno comienza a hacer exhibiciones en clubes de nombres universales donde se juntan la celebridad y el anonimato, clubes perdidos en algún lugar de la provincia de Buenos Aires, sabe que quizá nunca logrará soportar ser una bestia de club. En el circo uno se confunde con los animales. Los trapecistas son los únicos que conservan cierto espíritu épico. Después del circo, sólo queda el club. Uno puede estar solo o acompañado. Uno mira al que tiene enfrente y no sabe qué es peor, si ese espejo de uno mismo o la soledad. Smith representaba todas esas cosas. Yo, al menos, tenía pudor por ese destino, combatía contra él, lo que me otorgaba cierta discreción. La discreción es lo último que un hombre debe perder. Smith había llegado a ese

límite. No se trataba únicamente de una cuestión de dinero. Era otra cosa; la enfermedad del espíritu era lo que más me sublevaba. Ese coloso de carne cumpliendo de manera inexorable su destino me rebelaba, y sabía que esa decadencia llevaría a Smith a un acto más abyecto. Cuando le preguntasen sobre las razones de su abyección, seguramente respondería de la misma manera que sobre Tennessee. Buenas plumas, un colchón, sábanas de seda. Un récord. Repitiendo infinitamente esa cifra gastada por los años, anacrónica. Si es posible decirlo con esas palabras, para mí Smith era un anacronismo. Alguien que debía ir a parar a un museo del récord. A una feria de curiosidades. Acaso él podía ignorar que las pesas se oxidaban, que era un arte que a medida que transcurría el tiempo iba perdiendo cada vez más su prestigio. Que sólo el espíritu podía conservarlo. Oriente nos había dominado. Oriente había logrado una verdadera penetración cultural. Habíamos resistido con dignidad al fisicoculturismo que venía del norte, pero eso era sólo una cuestión del cuerpo. Las artes marciales querían llegar hasta el espíritu, iban hasta el fondo mismo de las cosas. Se hacían herederas de una tradición. Y nuestro universo se reducía cada día más. Nos transformaba en bestias de circo, en curiosidades de feria. Y yo me rebelaba. Smith, quizá sin saberlo, se prestaba a ese juego. Hacía giras con *troupes* de luchadores que llevaban nombres mitologicos. Una mascarada. Eran el reflejo de nuestra decadencia. Nuestro antiguo oficio se había reducido a un espectáculo. Cualquier oriental diminuto podía hacernos estallar en el aire, sólo con su filosofía. Mientras ellos extendían sus templos y gimnasios por las zonas más lujosas de la ciudad, nosotros éramos una raza en extinción. Yo lo alertaba a Smith acerca de nuestro destino. Debíamos unirnos. Tomar medidas. Darnos una filosofía, retornar a nuestros orígenes. El

nuestro era un oficio nacido en un paisaje nórdico, y debíamos borrar incluso cualquier vestigio romano. Remontarnos más atrás, inventar una saga, nada más majestuoso que un paisaje helado. Smith sólo me podía responder lo que para él era posible: "Hacemos todo pedazos, destruimos los templos y los gimnasios de los chinos y japoneses y americanos". No se trata de eso Smith, se trata de un asunto del espíritu. Que todo desaparezca si es necesario, que no haya un pesista más sobre la tierra, pero que sea dignamente. Si nos retiramos, que el mundo sepa por qué lo hacemos. Smith no podía comprender. Era una bestia que sólo podía vivir para sus funciones vegetativas y para su récord. Y se arrastraba por los *sets* para que le dieran trabajo. Llegó hasta actuar en *night clubs* y parques de diversiones. Nuestra última discusión fue cuando se ofreció para actuar en uno de esos programas monstruo donde se mezclan la beneficencia y el grotesco, la deformidad con lo cómico. Juego de niños. Un paisaje de Brueghel. Le dije: Smith, no hay nada peor que la beneficencia. Te has ido transformando poco a poco en una bestia pública. Has perdido la pasión. Una antigua pasión que se extingue y que amenaza con hacernos perder la dignidad. Esa fue la última vez que traté de persuadirlo. Después está lo que ya le conté, Deganis entrando por la puerta del Regatas para que lo llevase hasta Smith al que todavía recuerdo buscando en alguna vieja carpeta recortes amarillentos mientras me decía: "Pero yo fui récord en las olimpiadas del cincuenta en Tennessee, y levanté sobre mi cabeza setecientas cincuenta libras. Esa noche en sólo dos movimientos". Por eso no fue necesario que Deganis insistiera para que le diera el nombre de Smith y le preguntase si él conocía ese hotel decadente llamado Acrópolis que está en la calle Serrano donde, en nuestra juventud, con Smith creíamos oír los rugidos de las fieras

del zoológico. Y tratábamos de imitarlas y tratábamos de desafiarlas y las acallábamos con nuestros propios rugidos para espantarlas cuando aparecían en nuestras pesadillas.

—Se llama Smith; hasta que hicimos esa película vivía en un hotel de la calle Serrano. Usted seguramente lo conoce, un hotel decadente. En otro tiempo solía ser frecuentado por artistas plásticos. Se llama Acrópolis.

—Necesito que me acompañe, Tarkowski. Podríamos decir que soy alguien que contrata artistas.

Deganis no ignoraba que estaba dispuesto a acompañarlo. Atravesamos juntos esa calle de paraísos, recorrimos juntos esas sombras, yo buscando el círculo quemante del infierno, tratando de ver qué experimentaba a medida que me acercaba a mi venganza, disfrutando de que los otros ignorasen mis pensamientos. Casi tentado de comprobar mi teoría acerca de los paisajes apacibles, estuve a punto de preguntarle a Deganis si acaso había visto paraísos más apacibles, entre los que sin embargo se escondía un hombre que ignoraba que estaba a un paso de ser entregado. Pero no estaba dispuesto a sincerarme con Deganis; en ese instante fue cuando pensé que era sólo el instrumento para que se llevara a cabo mi venganza.

No había tiempo ni para la meditación ni para el remordimiento, sólo quedaba caminar lo más rápido posible hasta el extremo de la calle, mientras trataba de imaginar a Smith en esa habitación, tirado en la cama, o ya levantado, mirando siempre el río. Porque esa era su jactancia, su único lujo, una habitación desde donde se podía ver el río. Me reproché mi necedad, por qué nunca le había preguntado qué buscaba con los ojos en el río. Tal vez otros ojos, y recordaba con estupor una his-

toria de amor vivida en aquel cuarto de hotel, en aquellas noches pasadas en Tennessee compartiendo esas sábanas, esos colores, esas plumas doradas, con una mujer de la que sólo recordaba sus ojos porque los dos hablaban lenguas diferentes.

Cuando entramos en la habitación me costó reconocerlo. Smith había adquirido un aire desconfiado que antes no poseía. Creo que su espíritu había sufrido una transformación. Como si la muerte de Salerno hubiera sido decisiva para él.

No me extenderé en los detalles. A diferencia de Deganis, para mí nunca se trató de una historia policial. Quiero decir que permanecí ajeno a su trama. O tal vez de alguna manera me transformé en un instrumento de la ambición de Deganis. Quiero decir, de su afán por descubrir lo que verdaderamente le había sucedido a Salerno. La historia era vulgar. Smith chantajeaba a Salerno. Esas fueron cosas que Deganis fue averiguando, atando cabos sueltos. Investigando hasta poder comprobar lo que él sospechaba a partir de que la hija de Salerno le mostró la foto que había ido a buscar a la casa de campo. Se trataba de dos hombres conversando al borde de una cascada cerca de la casa. Ella misma había tomado la foto. Por ese tiempo su padre le había regalado una cámara y ella fotografiaba todo lo que podía. Probablemente, en alguna de las visitas que Smith le hacía a Salerno para chantajearlo. Smith nunca me había hablado de su amistad con Salerno. En realidad, nunca habíamos hablado de muchas cosas. En esos cuartos de hotel, nuestras conversaciones siempre habían sido sobre cosas inmediatas. Cuánto público había en el club, cómo eran las luces del escenario, el nombre de un nuevo ungüento que alguno de los dos había descubierto, si existía algún lugar que estuviese abierto toda la noche, si tenía billar, si jugaban por dinero.

Debo reconocer que la principal cualidad de Deganis como investigador era la persuasión; había hecho de ella un ejercicio de la virtud. Y fácilmente logró persuadir a Smith de que hablara.

La causa del chantaje fue que Smith era el verdadero padre de la chica. La llamo así porque no puedo recordar su nombre. Llamémosla la hija de Salerno. Deganis me confesó, o mejor dicho se lo dijo a sí mismo, que le sorprendió reconocer en los rasgos criollos de ella algún origen irlandés. La mujer de Salerno no podía tener hijos y adoptaron a la chica. Parece ser que la verdadera madre, quien alguna vez tuvo una historia con Smith, murió unos años después. El la había conocido en una de sus giras, en Pehuajó. Nunca había vuelto a ese pueblo. Smith detestaba los lugares donde había inundaciones. Es un pueblo que vive bajo las aguas, solía decir. Historias de esos años. Poco antes de morir, la mujer lo ubicó en Buenos Aires y le contó la historia de la hija. Se podría decir que Smith ejercía sobre Salerno una presión moral. Lo que Salerno le quería evitar a su hija no era que se enterase de que él no era su padre, sino que supiese que Smith lo fuera. Las amenazas y las presiones de Smith fueron en aumento. Según dijo, quería juntar dinero para volver a Tennessee. "Para ir a Tennessee se necesita mucho dinero. Para ir al país del norte donde gané un récord levantando setecientas cincuenta libras en sólo dos movimientos. Quiero pasar mi vejez en Tennessee. Morirme entre esas sábanas. Mirando ese césped cortado prolijamente. En ese hotel llamado San Francisco."

Parece que ya no tenía idea de lo que costaba un pasaje a Tennessee. Tenía con él mucho más dinero. Por otra parte, es posible que de haberlo sabido Salerno se lo hubiese facilitado. Probablemente, como me sucedió a mí muchas veces, Salerno trató de adivinar qué era lo

que Smith podía estar pensando y eso mismo lo perdió.

Deganis ni siquiera lo denunció a la policía. Dijo que por primera vez, traicionando sus principios, no le iba a decir a la hija de Salerno lo que verdaderamente había sucedido. El motivo más fuerte, y del que estaba seguro no se equivocaba, era que la chica no se iba a olvidar nunca de que había sido ella la que tomó esa foto. Entre la piedad y la ética, optó por la primera. Inventó una amistad secreta entre los dos hombres. Una antigua pelea, una pendencia y un rencor que venían desde la juventud, los había distanciado. La escena de violencia reavivó aquel hecho, y la emoción afectó el corazón débil de Salerno. Deganis sostuvo como causa principal de la discusión una cuestión religiosa. Le dijo a la chica: "Usted sabe cómo son los irlandeses con sus guerras santas". Ella, al principio, insistió con la idea de ver a Smith. Deganis, a quien nunca le faltaba un argumento, le respondió que parte del trato que había hecho con Smith para que le contase la historia era que él no quería que la chica lo viese. Porque de un modo u otro se sentía responsable de la muerte de Salerno. A ella, la explicación le resultó convincente. Quizás sólo había contratado a Deganis para que alguien le diese una causa de la súbita desaparición de su padre. Deganis le habló de mi cooperación,y la mujer por su intermedio me hizo llegar una suma de dinero. Quizás a mí me sucedía con el dinero lo mismo que a ella con la explicación en relación con la muerte de su padre, una causa, que era lo que necesitaba para vengarme de Smith.

Deganis dijo que existía un motivo por el cual había que hacerle una última visita a Smith. Creo que lo que me decidió, de lo que Deganis dijo, fue que emplease la palabra "última". Me regocijaba, me despertaba una intensa curiosidad despedirme de Smith, poder pensar que entre nosotros iba a haber una despedida.

Como dije antes, Smith parecía otra persona. Se había convertido definitivamente en una ruina. Como si uno se imaginase la fuerza sin la fuerza, el pesista sin la pesa. En ese estado se encontraba Smith. Habiendo perdido su antigua fuerza, sus músculos parecían estar dibujados en su cuerpo, y lo que antes eran cuerdas tensas siempre a punto de dispararse, ahora habían adquirido una consistencia viscosa. Exangüe, sólo le quedaba recluirse en su memoria y recordar la cifra de su récord.

Lo encontramos sentado, escribiendo la misma cifra en infinitos papeles. La anotaba en forma cada vez más diminuta. Después, si uno seguía esa caligrafía marcial, como si toda la fuerza la hubiese depositado allí, se daba cuenta de que la cifra adquiría un orden creciente y otro decreciente. Y si uno se volvía aun más perspicaz y se acercaba todavía más, esos números parecían formar el dibujo de una bestia de circo sosteniendo enormes pesas. Al menos, eso me pareció ver en esas cifras azules. Es más, hasta en un momento temí por la suerte que podía correr Smith, tal vez porque si él mismo decidía eliminarse, había algo de su cuerpo y de su ser que se sustraía a mi venganza, porque me pareció que el cero de las setecientas cincuenta libras era una horca en relación al siete que empezaba la columna, como si ese siete fuesen las columnas del patíbulo y, al mismo tiempo, el cuerpo de Smith, que pendía de esa horca. Como si ese cero fuese el lazo que continuamente amenazara estrangularlo. Como si él hubiese dibujado su propio ahorcado, como si estuviese jugando al ahorcado con su propia vida.

Así fue como me di cuenta de que para él tampoco se trataba de una cuestión de dinero, que su relación con Salerno era más profunda. Y su muerte lo había hundido en un sopor que nada tenía que ver con el remordimiento. La muerte de Salerno lo había dejado totalmen-

te solo. Quizás ese dinero mensual, ese contacto sórdido con Salerno, era una forma de relacionarse con su hija. O tal vez llegó a sospechar que de esa manera él mismo, aunque fuese como una amenaza, significaba algo para Salerno. Resultaba obvio que Smith nunca quiso acercarse a su hija, por temor, por vergüenza, pero eso era justamente lo que Salerno estaba imposibilitado de pensar. Smith no quería otra cosa que ese encuentro fugaz. Eso sostenía todo su universo. Seguramente las cosas hubieran seguido así durante mucho tiempo. Salerno entregando esa suma de dinero, y Smith desconociendo su valor porque no tenía verdadera importancia para él.

Después está la otra posibilidad. Quizás más romántica. Smith siempre le evitó a su hija la vergüenza de conocerlo. Y Deganis, en un vestigio de humanidad, también le quiso evitar el pasar por esa situación.

Lo encontramos en medio de esas cifras, entristecido, como si él fuese realmente el único que con la muerte de Salerno hubiera perdido a un ser querido.

El interés de la hija de Salerno por ver a Smith le dio a Deganis la solución que necesitaba para que Smith desapareciese. No podía poner en peligro su propia reputación, él había apostado por el silencio y Smith podía tornarse ahora una velada amenaza para el mismo Deganis. Bastaba verlo a Smith para darse cuenta de que no representaba una amenaza para nadie, pero ahora era Deganis el que había dado ese paso y era él quien no podía calcular lo que Smith realmente podía hacer.

Deganis lo persuadió para que se fuera. Le contó a Smith la misma historia que a su hija, sólo que al revés. Le había contado a su hija toda la historia, y ésta lo había perdonado con la condición de que no se viesen nunca. Smith nunca había estado dispuesto a verla pero necesitaba un motivo para irse. Deganis lo había calculado todo a la perfección. Después de decir esas palabras

y de contar con la aprobación de Smith, arrojó sobre la mesa un pasaje de avión. Quién podía dudar de que era para Tennessee. Le dijo a Smith que, con el dinero que él tenía, podía vivir en cualquier lugar del mundo sin volver a trabajar. Creo que fue cruel porque lo miró, calculando los años de vida que le quedaban.

Smith preguntó: "¿Con esto puedo llegar hasta allá? ¿En cuánto tiempo?".

—En un día —le respondió Deganis—. Duerme durante el viaje y cuando se despierta se encuentra en Tennessee.

—Sí —dijo Smith—, dormir y despertarse es una cuestión muy importante en Tennessee. Porque los colchones son de pluma y las sábanas de seda. Plumas reales, de pájaros de extraños colores. Sábanas de color salmón, color chocolate, color turquesa. Colores de joyas, no de sábanas. No sábanas blancas de hospital. Sí, mañana mismo me marcho para Tennessee donde en el cincuenta, una noche, obtuve un récord levantando setecientas cincuenta libras en sólo dos movimientos.

Fue la última vez que lo vi, no había lugar para las despedidas. También yo había perdido a una oveja extraviada del redil, a un alma que había que redimir. La causa misma de mi existencia. Ahí me di cuenta de que en realidad era Smith el último pesista. Después de eso me alejé definitivamente de las pesas. A Deganis lo veo ocasionalmente y solemos conversar de las cosas más disímiles.

Nombre de artista

Miramos hacia el cielo queriendo detener la tormenta como si fuésemos brujos de una tribu extraña; buscamos con la mirada el amuleto, musitamos la palabra exacta que conjurase la tempestad. Un cielo que amenaza instalarse en la tierra durante un largo tiempo. La tormenta que avanza desde el sur, ahora está sobre el convento de las Carmelitas y el Jesús en sus labios demuestra cómo hasta las religiosas le temen a la naturaleza aunque busquen en ella un designio de Dios. En unos minutos más estará sobre el hospital. Los enfermos que se pasean por el patio, apresuradamente buscarán refugio. El cielo que se oscurece oculta el tren que marcha todavía más al sur, donde está el mar. Lugar al que sueñan viajar una vez que estén recuperados, sabiendo que su única esperanza se reduce a esperar a que ese tren que nunca pasa a la misma hora, transformado ahora en un buque fantasmal, en un ruido blanco, surja otra vez de la niebla.

Percibimos en el aire ese olor que viene de la tierra, como si ella impusiese toda su presencia en un combate secreto que se hubiera desatado enconadamente entre los elementos. La tierra con el olor de un animal en celo violentando nuestro pudor y nuestro pensamiento. Porque ninguno de los tres ignora que esa misma tierra mojada es tierra de muerte. Porque los tres cruzamos el río

al mismo tiempo, para encontrarnos con la muerte de Charles.

Tal vez el color del cielo me recuerda aquellos encuentros de nuestra juventud. Cuando con Charles nos encontrábamos con los machos de la costa, los patrones de las putas. Cuando el río todavía estaba protegido por esa costanera de jacarandaes y en la glorieta escuchábamos la marcha fúnebre de Gounod. Sus acordes llegaban hasta la casilla donde la puta desnuda se movía al compás de ese ritmo fúnebre. Nosotros éramos marionetas descompasadas mientras que el movimiento de ella era sacro, majestuoso, casi lírico; frío, de nieve; mientras que el nuestro era acalorado porque el tiempo de nuestra explosión contenida estaba regido por los machos de la costa haciendo sonar sus tacos brillantes sobre el muelle de madera. Y en esos pasos estaba medido, centímetro a centímetro, instante por instante, el tiempo de nuestro placer. Ese por el que habíamos pagado anticipadamente. Porque dependíamos de la suerte y de la música del cielo. Porque si había buen tiempo estaban los músicos y los machos de la costa, mientras que si había tempestad no había ni música ni machos de la costa esperando por sus putas. De la música, porque si el ritmo era otro, esa *Japonesita* de Brunelli, los movimientos rápidos de la mujer desnuda nos imponían la violencia de un espasmo casi enfermizo al borde de la desesperación. Porque si sus ojos y su risa bailaban al compás de esa música, la tristeza se quedaba en nosotros. Si no, eran los ojos de ella que al son de la marcha fúnebre se apagaban y entonces sus movimientos eran lentos, olvidada de su cuerpo, lo que nos permitía el derecho de disponer un instante más de ese placer. Siempre atentos a los pasos que venían desde el muelle.

Nuestra preferida se llamaba Biyú. Porque esa mujer debajo del pulóver no usaba corpiño. Le preguntábamos

si la lana no le hacía picar el cuerpo. Tan asombrados de encontrarnos así de golpe con sus pechos desnudos, y nos decía que no era lana sino banlon. Esta conversación fue interrumpida cuando el macho de la costa golpeó tres veces la puerta mientras ella terminaba de ponerse el suéter y hacía un mohín de conmiseración a Charles, sabiendo que tenía que atravesar tres cuadras con su vergüenza hasta llegar a la avenida. Cuando entre los dos tratábamos de disimular con pudor lo que había sucedido.

Entonces comenzamos aquella conversación sobre la Biyú. Es por la plata, la llaman así por la biyuya. Le gusta el dinero. No es por eso, me respondió Charles, es porque es francesa. *Bijou* quiere decir joya. Esos anillitos que vienen con los nombres. Ella es una joyita de la costa. Una joyita que el río trajo hasta la costa. No viste cómo tiene los dedos cubiertos de anillos y los brazos con pulseras. No viste el ruido que hace cuando se mueve, es como una música. Tanta música junta me desconcertó. Como si a cada música los ojos de ella cambiasen de color. No fue por los machos de la costa, nunca les tuve miedo ni a sus navajas ni a sus cicatrices.

Recordaba el final de aquella conversación con Charles, cuando me doy cuenta de que el puente ha quedado atrás. Ese no era su verdadero nombre porque todos nos llamábamos con nombres de artistas y él era Laughton. Laughton, cada vez que lo veíamos descender de la única casa de dos pisos arrastrando su cuerpo pesado. Su vejez prematura. Su muerte inminente. La condena que lo envolvía en ese polvo que perdía cada bolsa de aserrín que cargaba en sus espaldas. Esa joroba de arpillera que ya formaba parte para siempre de su cuerpo.

Fue en la puerta de ese mismo aserradero donde mantuvimos la conversación más dramática, más íntima que tuve con él. Más íntima incluso que nuestros cuerpos

temblorosos frente a la prostituta de la costa. Muchos años después, cuando teníamos que hacer un esfuerzo para recordar nuestros nombres de artistas.

La confesión de Charles había empezado teniendo como fondo las campanadas del convento de las Carmelitas. El no usaba reloj y calculaba el tiempo justo para llegar al aserradero por el sonido de esas campanas. Fue unos pocos meses antes de su muerte; sin duda, la confesión estuvo dictada por esa convicción que otorga su cercanía.

Nunca besé a una mujer, me dijo Charles. Me voy a morir sin saber cómo es el beso de una mujer. Pudo haber sido un beso aquella tarde en los campos del convento, durante una *kermesse* de Pascua. Donde lo santo se mezclaba con lo profano. Donde a medida que atravesaba cada centímetro de pasto se iba perdiendo la santidad y surgían unas luces de colores, una luminosidad radiante, como si fuese el sol o la luna misma. Pequeñas bombitas colgadas de los árboles como frutos del paraíso. Como si el pecado estuviese al alcance de las manos. Pero entonces, ¿de dónde surgía tanta luz? Si nosotros hacíamos ese recorrido todos los días, ése no podía ser el convento sino un baile en medio del campo.

Había una chica que atendía uno de los puestos; con una argolla de metal había que embocar a la cabeza y al cuello de los patos de madera que flotaban en una especie de pequeño lago artificial. Los premios, imágenes y objetos religiosos. Santos, vírgenes y animalitos de Noé. El premio mayor, una estrella de Belén hecha con papel plateado.

Ella era una desconocida. Creo que esa mujer de la ciudad se sentía verdaderamente en el campo. Los bomberos habían colocado altoparlantes en los árboles, se escuchaba *El paso del tigre*. Te juro que ni siquiera mi

mano o mi voz temblaron. En sus manos las argollas parecían rosquitas de azúcar. Siempre he tenido buena puntería. Los patos flotaban distensos y estúpidamente ofrecían el cogote. Cuando gané la primera estrella plateada se la regalé. Ella me miró, ya la había bajado y no sabía qué hacer con ella entre las manos. Entonces me dijo: "¿Por qué no la dona?". Tres veces más la volví a ganar y tantas veces la volví a donar. Yo no me podía apartar de ese lugar, estaba como hipnotizado. Conocía cada uno de los patos, sabía cuál se presentaba como presa más fácil. Incluso decidí errar algunos tiros, quería ver su piel mojada. Sus manos hundiéndose delicadamente en el agua. Me sentía ridículo y a la vez empezaba a sentir un oscuro rencor hacia ella. Me puse torvo. La invité a bailar. Ella me dijo dulcemente que no podía abandonar el puesto.

Me fui a recorrer el baile. Casi todos hombres. Muy pocas mujeres. Casi nadie bailaba. La música no era para bailar. Sabía que iba a volver, que nunca me olvidaría de su cara. Otra vez me encontré en el puesto jugando con el cogote de los patos. Acumulé santitos y animales. No sabía qué hacer con ellos. Lo cierto es que no me podía ir y no quería que transcurriera el tiempo. Aunque simultáneamente un dolor desconocido me hacía desear que viniese la tormenta para sacármela de la vista. Creo que el suyo fue un acto de piedad. Yo estaba apoyado sobre el mostrador y ella en vez de entregarme la estrella de papel me rozó con los labios la mejilla. Me di cuenta de que era la despedida. Que no podía pedirle al mundo nada más. Nunca iba a saber su nombre y ella me había dado la orden de perderme en la noche. Estuve a punto de decirle que aquí todos nos llamábamos con nombres de artistas. Estuve a punto de bautizarla. Pero me fui en silencio siguiendo el ritmo de *El paso del tigre*. Durante muchos años pensé que podía vivir de aquel beso pro-

ducto de la caridad y el hastío, ahora me doy cuenta de que viví equivocadamente.

De esa manera recordé la conversación con Laughton que con el tiempo se había convertido en un relato. Busqué en el cielo la tormenta. A nadie le gusta la muerte, mucho menos una muerte con agua. Llegaríamos a la casa con la lluvia. Una casa de hombres solos. Ahora sólo quedaba Emilio, el hermano de Charles, y su tío Hugo, al que llamábamos Víctor Mac Laglen. Una vida inútil. Un cuerpo enorme para arrastrar una valija cargada de baratijas por la villa. Emilio, tullido, había llegado demasiado tarde para que le pusiéramos un nombre. Tal vez ese brazo que se pegaba a su cuerpo le había evitado o lo había privado de un nombre de artista. A la muerte del abuelo siguió una sucesión de muertes. Una muerte pública. Entre terrible y patética, en medio del barro, aplastado por su propio carro y el caballo. También en medio de la lluvia. Se había quedado empantanado y comenzó a empujar desde adelante los ejes de las ruedas, caminando en dirección contraria al animal. Tal vez fue por eso, siempre habían caminado en la misma dirección. Como si ese cambio hubiese espantado al caballo, que asustado lo cubrió de estiércol. En ese instante una bosta caliente e interminable; él se moría y no se daba cuenta, y como toda su vida siguió peleándose con el percherón. Lo insultaba. "Gringo", le gritaba, él que era un gringo, le gritaba "Gringo". Casi ignorantes de la causa de su muerte, salvo por el dolor del cuerpo, se fueron muriendo la abuela, su hijo, hasta terminar en la nuera. Esta última quizá por no pertenecer a esa sangre fue cediendo su cuerpo lentamente. Primero una pierna, después la otra, resistiéndose a esa fuerza misteriosa que los arrastraba a la muerte, hasta quedar esos

tres hombres en la casa. Como si la muerte se hubiese apiadado de su soledad, se acostumbraron a vivir sin mujeres, usando la misma ropa, comiendo lo elemental, prescindiendo de lo que para ellos era el mundo femenino.

—Yo lo vi después del ataque de hemiplejía. Estaba realmente avejentado. Pero nunca pensé que iba a suceder tan rápidamente —dice en voz alta, casi hablando con el cielo, uno de los hombres que conmigo ha cruzado el puente.

—Más rápidamente que la tormenta, una epidemia. En dos años se los llevó a todos. Es la casa. Se tienen que ir para siempre de ella.

Escucho a mi otro acompañante. Lo escuché también después de muchos años. La muerte de Charles desgraciadamente o en la desgracia ha vuelto a reunirnos. Hablamos lo imprescindible por respeto al muerto. En vez de responderle prefiero recordar mi último encuentro con Charles. Justamente, cerca del convento. Lo vi venir desde el otro extremo de la calle. Caminando con dificultad, apoyado en un bastón que cuando se acercó reconocí que era el que usaba su abuelo. Tal vez por esas huellas en el cedro nudoso como si hubiese quedado la marca de sus dedos. Tenía la cara roja. Dos venitas azuladas cerca de los párpados que eran dos bolsas de elefante. Pensé, ahora lleva las bolsas en la cara. El pelo blanco, como si fuese una peluca empolvada. Era verdaderamente Laughton. Un ojo casi caído, una joya bruegheliana iluminándole la cara. Oí las campanadas y esperé vanamente a una gitana. Para que Charles pudiese cargarla sobre sus espaldas en el hueco que le dejaron las bolsas y correr hasta el aserradero, nuestro Notredame de madera, nuestra única casa de dos pisos que ya habían tirado abajo casi muy cerca de su muerte, no sabiendo precisar qué había comenzado primero. Por eso no se oía el ruido de una sola sierra, como si por un ex-

traño designio todo se hubiese quedado en silencio. Imponiéndose el desasosiego que la voz de Laughton, saliendo de su cara fofa, iba a provocarme. El calculó con un pequeño movimiento, un leve giro, si aún podía evitarme. La enfermedad no le había impedido conservar el pudor. Pero estábamos casi frente a frente en medio de la calle desierta sin poder evitarnos. Se oyeron las campanadas del convento. Lo imaginé a punto de morir atado al bronce, bamboleándose santamente. Pero estaba sólo a unos pasos de mí con su juventud perdida prematuramente. Sólo una referencia al pasado podía sacarnos de ese presente insoportable que era el cuerpo de Laughton muriéndose delante de mis ojos. Recuerdo que estreché su mano temblorosa. El se afirmó en el bastón, se irguió contra la enfermedad, contra los ciento veinte kilos que llevaba encima. Me dijo, parezco un boxeador retirado. Le pregunté si Laughton alguna vez había hecho una de boxeo. No, al menos que yo sepa, buscando en su memoria blanca y empolvada, porque la supuse cerca de sus cabellos. Recuerdo haberle contado que había conseguido una foto de Wallace Berry. Y era gordo. Siempre había pensado que era flaco. Y siempre me llamaron con el nombre de un gordo. ¿No te parece cómico, cómo, sin saberlo, es como si siempre hubiésemos sido hermanos?

—En la ficción, querido Wallace. —Me contestó sonriendo, haciendo un esfuerzo para que no resultara una mueca. Como si esa mueca me pidiese dignamente que no prolongásemos demasiado el encuentro. Sólo pude decirle que un día nos encontraríamos para contarnos películas. Hizo con la cabeza un gesto afirmativo con el resto de fuerza que le quedaba para mantenerse erguido. Nos despedimos y estoy seguro de que ninguno de los dos se dio vuelta para mirar atrás.

Ahora entramos con respeto en esa casa de hombres solos. Extrañamente habitada por mujeres. Tías lejanas, alguna prima, tratan de permanecer disimuladas, no sabiendo cómo moverse entre esos objetos, entre esas costumbres, no alcanzando a entender esa manera de vivir. Reconozco antiguas caras. Nombres de artistas. Como el dolor de la muerte no ha impedido que la belleza se borre de algunos rostros, es más, como el dolor las embellece aun más, quiero aproximarme al muerto. No demorar la partida. Saber que algún día voy a estar en ese lugar es lo único que extrañamente alivia mi pena. Como si fuese la única manera de representarme ese dolor. Lo veo ahí tendido. En un viejo ataúd. Imagino la mortaja como una impecable pechera blanca. Pechera de antiguo marino. Imagino la planchuela lista, el salmo breve, la rápida oración, fúnebre como el movimiento de la ola de ese mar que lo espera y pronto se lo tragará junto con la bandera púrpura. El último ruido sobre el mar, el último golpe mientras piadosamente alguien cierra una biblia. Pero él sigue inmóvil como si en la muerte se hubiese hecho dueño de su cuerpo otra vez, como si Laughton se hubiese ido de su cuerpo y de su alma para siempre. Porque el que está ahí me resulta un extraño, un absoluto desconocido.

Entonces recorro su pieza. Busco objetos. Alguna foto que me devuelva aquella antigua amistad. Su hermano, Emilio, me interrumpe en esa intimidad. Estoy vivo y me da pudor, mis mejillas se enrojecen y me separan aun más de esa carne blanca. Emilio levanta el vidrio de la mesita de luz y me entrega una postal. El beso de Klimt. Miro esos dos cuerpos confundidos, esa pintura que alguna vez me conmovió. Reconozco al dorso mi letra despareja. El encabezamiento. Querido Charles. Prefiero no seguir leyendo. Es tuya, siempre la tuvo ahí.

Una de las pocas cosas que conservó durante toda su vida. Lo miro a la cara, lo miro buscando en esos rasgos un nombre de artista. Le digo, pertenece a sus cosas. La vuelve a colocar debajo del vidrio. Respeta mi decisión. Me dice: debajo del vidrio parece un cuadro de verdad.

Caminamos hacia el patio. Lo cruzamos rápidamente para no mojarnos. Está preocupado por la lluvia. Se va a inundar, me dice. El fúnebre no va a poder salir. Mi hermano solía decir una frase: "El día que me muera no quiero que me lleven por Agüero. Tampoco quiero que me entierren en la Villa de los perros". La tierra de su muerte la pudo prever. Se compró una parcela de tierra en un cementerio de Olivos. Y si Agüero se inunda van a tener que llevarlo por otra calle. Los últimos domingos solía irse por la mañana y volver por la noche; seguramente visitaría lo que sería su tumba.

Aprovecho que alguien viene a presentarle sus condolencias a Emilio para alejarme y quedarme solo. Me imagino a Charles haciendo el camino de su propia tumba. Envuelto vaya a saber en qué pensamientos. Buscando el mármol lujoso, el paisaje aislado, buscando en la muerte evitar la promiscuidad de su vida. Encontrando un orden preciso, una disposición prolija. Recorriendo cada uno de los canteros. Afirmando su bastón, arrastrando su pierna, oliendo flores que en su vida conoció. Buscando su nombre para después olvidarlo. Embriagado en esas fragancias. Eligiendo el lugar en que pusieran sus huesos. Hacia el este o tal vez mejor hacia el oeste. Evitando el sur que conduce a la Villa de los perros.

Las horas que faltan son medidas por la anécdota y el temporal. La posibilidad de atravesar las calles inundadas. Siguiendo su voluntad, evitamos la calle Agüero. Atravesamos los puentes del ferrocarril. Después el puente del río. El viaje hasta la capital es largo. Emilio tiene una preocupación que lo obsesiona. Secretamente

me la murmura al oído: "Tan lejos, quién vendrá a visitarlo". Después se queda callado. Siento que esa responsabilidad me acompañará el resto de mi vida. Emilio vuelve a hablarme al oído: "Puedo venir los domingos cuando voy al hipódromo".

Los autos van entrando lentamente en la geografía que Charles eligió para su muerte. Una arquitectura simétrica, despojada. Todas las sepulturas se parecen entre sí. Una geometría perfecta que escamotea la muerte. Prefiero esas bóvedas barrocas, o esas fotos finadas que acompañan las lápidas. Esos monumentos que en su lujo o en su sencillez nos dicen: ella está ahí. Es una manera de cercarla, de arrinconar la muerte en la propia muerte, cavarle su tumba.

Mientras recorremos el camino con cierta dificultad, conversamos trivialidades. Noticias del otro lado del río. Otros nacimientos, otras muertes. Una regulación del orden universal.

Llegamos a la calle llamada de la primavera. Cada una recibe el nombre de una estación. En medio de la simetría perfecta de ese paisaje cubista está la bóveda que Charles mandó construir. Sobre la casa de mármol han levantado un extraño monumento. Una réplica perversa del beso de Klimt. Una copia casi perfecta. Lo miro a Emilio y él me dice: "Ahora entiendo para qué guardaba el dinero. A él siempre le gustó la pintura. Tal vez pensó que estando tan lejos lo acompañaría. Durante el viaje calculé que en auto queda justo a una hora del hipódromo".

La ceremonia es breve. Siento cierto regocijo secreto al saber que Charles Laughton descansa para siempre en un lujoso cementerio de la provincia de Buenos Aires.

El Camino del Real

Me lo contó Aguirre. Mientras caminábamos desde la plaza de toros hasta la torre. Bordeábamos el río. Todavía no estaban los carteles de Coca-Cola. No había yates, y el muelle era apenas una superficie tímida que se insinuaba en el agua. Yo lo había visto en la playa. Sentado en una silla, solo, gesticulando, sin pronunciar palabra alguna. Se diría vocalizando. Durante mucho tiempo lo contemplé secretamente tratando de adivinar los sonidos de su silencio. Esa boca que se abría en un oficio mudo. Hasta que un día descubrí que recitaba. Shakespeare, eso fue al menos lo que él dijo, cuando el sol era un infierno que se apagaba en el agua.

Con los años se transformó en un juego. El articulaba, y yo trataba de adivinar los parlamentos en sus facciones y en el movimiento de sus labios. Pude ver en los ojos y en la cara de ese hombre todas las tragedias de Shakespeare. Cómo su cara se volvía avara cuando el mercader veneciano se apoderaba de su libra de carne y cómo brillaban sus ojos describiendo el combate del moro contra el turco, hasta transformarse en dos bolitas de vidrio cuando pasaba del esplendor de Macbeth a su remordimiento. Y él quería ser Falstaff. Allí, en esa playa desierta; mientras yo soñaba con Dedalus, imaginando a Martello en esa torre.

En la cara de Aguirre busqué los signos de lo inefable. En la ciudad, el escenario perfecto para ese actor al que había que dirigir antes de que se lo llevase el río. La cara y el relato de Aguirre habrían de decidir mi partida y mi vocación posterior. Porque sólo después de esa conversación en el Camino del Real abandoné la ciudad. Y también, por los signos de su cara y por los restos de su relato, un día habría de volver.

Esa mañana en que él regresaba de sus ensayos matinales en la plaza de toros, empujando la bicicleta por el manubrio, por un momento nos olvidamos de Shakespeare y pudimos conversar, escuchamos verdaderamente. Yo abandonando mi divina comedia que recitaba en un estilo macarrónico como quien pretende escapar a la ignorancia de la juventud. Una vez, al menos una vez, pudimos hablar y sustraernos del paisaje monótono que achicaba nuestros cuerpos hasta convertirlos en dos sombras pequeñas atravesando el camino.

Fue esa mañana cuando Aguirre me contó lo de los toros. Una historia de toros y de turcos. Empresarios riquísimos que habían construido ese monumento ostentoso, esa bestia barroca que era una amenaza para la ciudad. Porque para ver sus gradas más altas había que levantar los ojos hasta el cielo, casi profanarlo. Una ciudad a ras del río. Todo al ras. Y apareció entonces esa babel de sangre y de raso que debió ofender el humanismo chato de esa ciudad, que la única altura que soportaba era el campanario de la iglesia. Y años más tarde, el faro. Porque todo lo que no significase esa unión entre Dios y la naturaleza caía por su propio peso. Por ese motivo la maldición había alcanzado a la torre que se erguía sobre el río y a esa mole inútil que apenas vio correr un poco de sangre, donde en sutiles floreos se combinaban un manierismo decadente y un antiguo coraje que la ciudad al ras no soportó.

Y digo raso, y digo sangre. Porque hubo una corrida en que el pasto se cubrió de flores y de pétalos. Flores compradas por los turcos, hombres alquilados, putas emperifolladas que simulaban ser damas elegantes tratando de atenuar ese público de hombres. Y digo raso, porque las chaquetas de los toreros eran de sedas y colores que nunca habíamos visto. Seda de putas, decían, encajes de París. Pero ninguna herida atravesó esos rasos que se fueron como habían venido, después de estar dos años en la ciudad, después de haber llegado en barco a Montevideo procedentes de Lima, México y algunos hasta de España. Pesados en sus movimientos, casi retirados, los matadores buscaban en el sur un antiguo esplendor que habían perdido en su imperio. Por eso descendieron como dioses. Vestidos con su ropa de gala, divisa blanca y verde.

Fue en enero de 1910. Y la plaza estuvo abierta casi dos años. Creo que en las corridas no llegaron a ser cuatro. Uno de ellos se quedó por amor. Salazar despidió a los otros toreros en el puerto. Aquella tarde de domingo en que se fueron como habían venido sin renunciar a sus galas, y terminó meneando ganado en una estancia.

Y no quedó de ellos ni un solo raso. Salvo alguna fotografía amarillenta, algún programa descolorido y algunos recortes que Salazar conservó hasta su muerte. Y en el museo, un pastel de un pintor desconocido. A Salazar lo aceptaron, porque públicamente renunció a su oficio y quemó sus ropas delante de los que iban a ser sus futuros padrinos. En medio del campo, el raso se transformó en cenizas. Las banderillas fueron un juguete, ya no en manos de los dioses sino de los chicos. Algunas veces, por las tardes, Salazar todavía practicaba sus floreos con una toalla sucia frente a algún peón mamado. Hacía sus fintas, su "pase de castigo", su "farol de rodillas". Despues del trabajo, los sábados, cuando sólo quedaban

hombres y todo se aquietaba con la siesta, hasta los animales que pastaban se detenían en el paisaje; ahí estaba Salazar con sus movimientos delicados, casi femeninos, sus manos blancas cubiertas de anillos, porque lo único que no abandonó en la rudeza del campo fue el brillo de esos anillos que le daban a ese trapo sucio un lujo y una luminosidad que en sus manos se teñían de rojo y se confundían con la tarde. Esa caída de sol que era el orgullo de la ciudad, ese color rojizo que cegaba porque sólo podía brillar de esa manera un sol puesto por Dios.

Cuando los turcos perdieron la plaza, por la ordenanza municipal emanada de Montevideo, se dedicaron a construir el hipódromo. Fue ahí donde Aguirre los conoció. Un hipódromo de cuarta en el que se ocultaban caballos de contrabando que provenían del Brasil. Contrabando de caballos en carromatos de circo. Caballos que transportaban caballos. Fue allí donde Aguirre comenzó su carrera de artista. Acompañando esos caballos que atravesaban la noche. Caballos del Brasil camuflados en Tacuarembó. Un carromato pintado con dibujos y caricaturas de payasos, malabaristas y faquires lanzallamas que arrojaban fuego por la boca, el mismo que parecía escapar de la boca de Aguirre cuando recitaba Shakespeare.

Aguirre viajaba dándole de comer a los caballos. Cambiando el agua de un balde que los caballos nerviosos pateaban por la noche con movimientos bruscos a pesar de tener las patas maniatadas y estar amordazados para silenciar los relinchos. Porque para la policía eran caballos de circo y Aguirre una improvisada *écuyère* que traficaba caballos en la noche: los pura sangre que reemplazaban el negocio de los toros.

A medida que Aguirre me hablaba, era como si una voz oscura respondiese desde el fondo del río, era darme cuenta de que la ciudad no iba a soportar un lujo que no

fuera clandestino. Caballos de raza que pasaban por ser caballos de circo. Ignoro si fue durante esas noches cuando Aguirre aprendió a recitar a Shakespeare o si ese arte de comediante lo aprendió mirando a Salazar en el tedio de esas tardes a las que nada les iba a seguir después, sólo la luz que al ir oscureciendo desaparece de los ojos. Artista ambulante, Aguirre me confesó que ahí aprendió a maquillarse. Porque subía al carromato vestido de payaso. Y que la noche de su peor humillación fue aquella en que, debido a que la vigilancia se había vuelto más pesada que de costumbre, tuvo que viajar desde Tacuarembó acompañado por un enano. Un hombrecito que apenas llegaba a los ijares del caballo. Un jinete diminuto que se atrevió a montar en el pura sangre. Ostentando unas espuelas doradas que en sus pies parecían alas gigantescas.

No se sabe en qué despuntaban sus días los toreros que se volvían cada vez más cebones como los propios animales. Un tiempo detenido, una morosidad que transcurría entre papeles que iban y volvían desde Montevideo. Esperaban la rehabilitación de la plaza. Ninguno de ellos había venido para quedarse, sólo un tiempo para adiestrar algunos mozos duchos en el manejo del ganado. En ese tedio y en esa incertidumbre parece que nació el amor entre Salazar y esa mujer. Una historia que Aguirre siempre me prometió contar a cambio de que yo hiciera de apuntador invisible a su frágil memoria.

La tarde en que se fueron los matadores, ellos mismos hicieron su marcha de desagravio. Caminaron con sus ropas desde la plaza hasta el puerto. Se detuvieron un instante ante la Virgen, pero no se arrodillaron. Los acompañaban los futuros aprendices, algunos turcos y las prostitutas alquiladas que habían hecho amistad con esos hombres. Toda la ciudad salió a mirarlos. Los chicos corrían tras cualquier cosa que se asemejase a un cortejo.

Salieron desde la plaza de toros, ese monumento obsceno, exagerado, que aplastaba a los hombres y a las casas que se insinuaban a su alrededor. Con los años, se fue transformando en un esqueleto de hierro y de madera. Las puertas de entrada se convirtieron en bocas oscuras y entre las gradas aparecieron agujeros que se tragaban las piernas. Durante muchos años nadie se atrevió a visitarla por considerarla un lugar de mal agüero. Y ese ruedo que conoció toros de Mihura, terminó con corridas de novillos.

Los turcos no estaban dispuestos a irse, a ceder por leyes que consideraban absurdas, y además injustas, producto de arreglos entre políticos y religiosos; es más, estaban dispuestos a pelear. No querían abandonar su fósil majestuoso en medio de esa tierra descampada. No renunciaron por cobardes sino por superstición. También dicen que alguno aprovechó para marcharse, junto con algún mozo diestro en el ejercicio de la espada y la verónica.

Pero nunca alcancé a oír aquellos otros relatos de la boca de Aguirre, porque él sabía la verdadera maldición que pesaba sobre la plaza. El sabía la historia de Salazar y esa puta redimida que se había convertido en su mujer. Porque no sólo tenía la versión de Salazar sino también la de un viejo picador venido de Dolores. Aguirre conocía las palabras de honor que Salazar había intercambiado con los otros en el puerto. De las cosas que se dijeron, teniendo al río por testigo. Porque eran hombres delicados en el manejo del cuchillo, de movimientos suaves, bailarines de la muerte, gráciles, un poco femeninos en sus ropas tan brillantes pero que de una estocada hundían la espada sin piedad. Como artistas, sólo como artistas, decía Aguirre, ni guapos, ni compadritos. Tampoco cuchillitos o facones. Sino que de pronto en esas manos delicadas, finas, enjoyadas con tantos anillos

como toros habían matado, de esas filigranas diminutas, un código secreto con las figuras de la muerte, surgía un filo imperceptible, una cuchillada que nunca llegaba a ser fatal, sólo un amague. Porque ellos no habían venido dispuestos a matar hombres. Vivían en el estupor de un arte del que nunca terminaban de saber si estaba en plenitud o en decadencia. Ellos no tenían motivos para quedarse si no formaban parte de un decorado lujoso donde sólo la sangre del toro, en corrida, podría mancharlos. Muchos años antes de que en nuestros ojos se hubiese fijado la imagen del cine, nuestra sangre y arena. Porque una cosa es matar un animal, y otra matar a un hombre. Algunas de esas cosas fueron las que Salazar le contó a Aguirre, casi antes de su muerte, cuando el matador ya ni siquiera se acordaba bien dónde quedaba la plaza de toros.

Debió de haber sido durante la noche, porque fue por la mañana cuando los encontraron. Nadie oyó nada, ni siquiera un quejido. Los encontraron los propios toreros. Tendidos en el patio de los caballos, había manchas de sangre. Las bestias golpeaban sus cascos, nerviosas, agitadas. Caballos picadores que hubiesen preferido tener los ojos vendados para no ser testigos de esa matanza. Sólo los caballos pudieron ver lo que sucedió aquella noche del amasijo bestial.

Los tiros fueron apagados por las campanadas de la iglesia. Ni uno habían dejado vivo. Formaban un extraño dibujo sobre la tierra. Una cosa era matarlos en caliente y, otra, en frío. Balearlos impunemente en la oscuridad de la noche. Y no es cierto que los toreros se marcharon cargando los animales y los arrojaron al río. Tampoco se supo si eran dos o tres, o acaso más, los animales muertos. Según Salazar, los propios toreros los arrastraron hasta el pasto. Una vergüenza que esos toros de Mihura no tuvieran sus caballos blancos. Ellos mis-

mos agarraron las palas y cavaron. Y ellos mismos los enterraron. Por eso se fueron, por superstición, porque nunca tocan los animales muertos. Durante un tiempo, quedaron salientes en el pasto, como cruces; con los años todo se fue emparejando nuevamente. Otros, según Aguirre, dijeron que no hubo entierro. Y que las vísceras se pudrieron y las osamentas se secaron al aire libre para que sirviese de escarmiento, y que más tarde una mulata dedicada a hacer "trabajos" se llevó las osamentas, y que para llegar hasta ella había que recorrer el camino de esos huesos.

Nunca se pudo averiguar quién fue el que mató los toros. Los turcos, tan vengativos, retrocedieron ante lo que ellos llamaban una señal de Dios. Para los toreros era una forma de la muerte y del honor desconocida. Todo quedó en el secreto de aquella noche. Salazar y el picador afirmaron haber visto el entierro con sus propios ojos.

Eso me lo contó Aguirre, ese día, mientras caminábamos desde la plaza de los toros hasta la torre por el Camino del Real.

Yo nunca supe si creerle, lo cierto es que ese esqueleto pomposo, esa vanidad que la ciudad no soportó, estaba allí, erguido, ruinoso, a merced de una tempestad que se avecinaba desde el río; estaba como el resto de un esqueleto de pescado arrastrado hasta la playa. Un río ancho que todos confunden con el mar. Un río de agua dulce que nada tiene de salado. Ahí me di cuenta de que la historia de Aguirre me había llevado a confirmar que la ciudad nunca soportaría el mar, como no había soportado los toros, como no soportaba a Aguirre recitando Shakespeare a la orilla del río. Así me despedí de Aguirre, pidiéndole que me prometiese que algún día me contaría la verdadera historia de Salazar y la puta, una historia de cuernos, donde se ignoraba quién había resul-

tado el verdadero redimido. Prometiéndome, a la vez, que algún día volvería para contar aquel relato que Aguirre me contó en el camino hacia la torre.

Un asunto de animales

Un hombre de la ciudad, se dijo Nelson para sí, nunca debería visitar el campo. Me sucede lo mismo cada vez que hago este camino. Y no por ser la última vez, debería ser diferente. Ahora ya sé que no es el descampado, tampoco la desolación. No pertenece estrictamente al paisaje ni a lo que se recorta detrás del pequeño bosque cuando los árboles se terminan y aparece la iglesita blanca que está ahí para que los hombres no se pierdan en la naturaleza. No es el paisaje, podría decir que es un sentimiento. La primera vez que lo experimentó se había dicho: es el paso del tiempo. Después llegó a la conclusión de que la muerte no lo inquietaba, estaba demasiado lejana para él. Más tarde pensó en la corrupción. En esos animales que se pudren al borde del camino. Sin embargo, no era ésa la imagen que se le aparecía si cerraba los ojos, sino que la obsesión que pudo descubrir consistía en la falta de movimiento. Era la quietud del paisaje lo que lo sumía en la desesperación.

La sensación comenzaba con un ligero hormigueo en los brazos hasta convertirse en una puntada que parecía coserle el corazón. Una fina aguja de acero se lo cosía de a poco. Las palabras eran siempre las mismas: ahora moriré en el polvo del camino. Pero sólo era una frase que pertenecía a otro paisaje porque no era ése un camino

atravesado por el polvo. Después esa sensación lo iba abandonando lentamente y Nelson concentraba sus esfuerzos en describirle minuciosamente a su compañero de viaje los matices de su obsesión. La falta de movimiento está en todos los pedazos de máquinas abandonadas. Cosechadoras, arados y trilladoras.

Nelson le pidió a Salguero, el hombre que lo acompañaba, que detuviese el camión. Nelson bajó y caminó hacia un galpón abandonado. Había unos motores cubiertos con arpilleras. Los protegen de la intemperie, murmuró Nelson para sí mismo, pero con una mezcla de curiosidad y de temor arrancó una de las bolsas para encontrarse con un antiguo radiador de Buick que parecía abrir su boca para tragarlo o sonreírle.

Ni la curiosidad ni el temor habían sido razones suficientes para que cualquiera de esos dos sentimientos se impusiera; más bien permanecían en un perpetuo equilibrio, lo que había hecho que Nelson nunca se convirtiese en un especialista. Ese equilibrio que era la balanza de su obsesión, quizás en un instante se inclinó, provisoriamente, hacia uno de los lados e hizo que abandonara en un momento de desazón la escuela industrial, el Politécnico, como solía decir lujosamente en su juventud cuando pretendía compararse con uno de los héroes preferidos de sus novelas, Lucien Leuwen. Durante esos años había vivido en la penuria y la incertidumbre que le producían esos objetos. Apenas aprobaba las clases teóricas en que esas máquinas se volvían objetos abstractos. Vivir en la ciudad, atravesar el río, dejar la costa, eran los únicos alicientes que sostenían sus esfuerzos cada vez más penosos. Pero sus empeños resultaban insuficientes cuando se presentaba la realidad concreta de manejar un torno o de comprender el funcionamiento de una dínamo, de la que hasta el género de la palabra le era extraño.

Nelson volvió a tapar el radiador del Buick porque

supo que se trataba de un Buick cuando Salguero desde la cabina le gritó: "Es un Buick". Nelson hizo el camino de vuelta, como alguna de las veces que había regresado del Politécnico a la costa y con el mismo sentimiento de pesadumbre y sopor. Cruzar el río siempre lo devolvía a una diversidad de ocupaciones inciertas, de amistades sospechosas. Fue en una de esas ocasiones cuando conoció a Rasmussen y comenzó el asunto de los animales.

¿Entendería Salguero la diferencia entre esas máquinas en movimiento y las otras quietas? Muertas, inútiles, peores que animales porque ni siquiera tienen olor. Lo envolvía entonces un sentimiento de rabia casi femenino y sacaba un pañuelo del bolsillo para secarse la frente. Un pañuelo de batista en medio del campo. Y su perfume era más intenso que todos los olores del campo, y el universo mismo se concentraba en esa pequeña batista blanca. Mientras lo apretaba, Nelson suponía tener el mundo en sus manos. Como si apretase el cuello de Rasmussen o la garganta de Salguero e hiciera de la batista blanca un paño que aliviase la frente afiebrada del ucraniano que los estaba esperando del otro lado del camino de las palmeras.

Una noche, un poco borracho, le había preguntado por qué no iba a ser capaz de tirar contra un hombre, si era capaz de tirar contra los animales. Lo cierto es que se encontraba en el medio del campo trabajando para Rasmussen aunque se hubiera prometido íntimamente que iba a ser la última vez. Apretando dulcemente el pañuelo para aferrarse al orden del mundo, tratando de escapar a esa vaga inquietud que él llamaba su obsesión.

Desde la cabina del camión, Nelson volvió a mirar el paisaje. Ignoraba el nombre de todos esos desechos mecánicos. Ruedas de tractores, aspas de molino, camiones que habían quedado reducidos a cabinas que apenas se diferenciaban brutalmente unos de otros. No nací para

ser un hombre de campo, no nací para tener que ver con las máquinas, era la conclusión a la que Nelson llegaba inevitablemente. Le intrigaba saber por qué conservaban esos desechos. Ignoraba el nombre de los árboles y de las flores que lo rodeaban. Desconocía el nombre y las costumbres de los pájaros. En resumen, ignoraba los nombres de la naturaleza y la mecánica.

El paisaje le recordaba las esculturas modernas, esas formas retorcidas y delgadas, aparentemente iguales entre sí para alguien que desconoce su técnica y sus leyes. Entonces todo ese fierro a la intemperie le producía una congoja inexplicable. No le sucedía lo mismo con los animales. Podían moverse, podían oler. El fierro oxidado permanecía indefenso, soportando el paso del tiempo. Nelson vivió la mayor parte de su vida ignorando el valor de cada cosa o conociendo únicamente su significación más elemental. La chatarra, sin embargo, lo acongojaba aunque pudiese conocer el nombre exacto de cada una de las piezas mecánicas que abarcaban sus ojos. Su ilusión era volver cada pieza a su función original. Reintegrar esos mecanismos deshechos a un funcionamiento anterior, perfecto. Un orden que funcionara por sus propias leyes, más allá del misterio y de lo desconocido.

Ahora mismo no sabía si el encuentro con el ucraniano iba a ser en una cantera o en una calera. Sólo recordaba que en las dos se oían explosiones. Pero ésta era una cantera abandonada, como si se hubiesen marchado de repente, ahí también había máquinas cuya función le era inexplicable. Sólo podía distinguir las ruedas y las partes de una carretilla y lo que parecían ser restos de explosivos. Por lo tanto, en una cantera había explosiones y algo se transportaba, seguramente un mineral. Cobijados bajo las paredes blancas e inmensas bajarían la carga y cerrarían el negocio con el ucra-

niano. Las paredes de piedra se prolongaban en el agua estancada y eso las volvía repentinamente irreales como si por un momento perdieran el amparo de la cantera y el paisaje se volviese desconocido.

—Salguero ¿alguna vez tuviste miedo de las cosas que te rodeaban?

—Depende, según las circunstancias. . .

—Yo sí, siempre sentí su presencia, densa, pesada. Evito caminar por estos lugares llenos de desechos porque tengo miedo de lastimarme.

—El tétano. . .

—Sí, el tétano aguarda detrás de cada uno de esos fierros. Si no fuera por el dinero yo no me habría metido en esto. Pero el dinero se termina porque se terminan las presas. Tantas pieles, tanto dinero, ése es el cálculo que siempre hace Rasmussen. Y ya no quedan osos, a los últimos los abandonamos apresuradamente, apenas desollados, allá en el sur, entre las costas de Quilmes y Berazategui. Ni siquiera los pudimos enterrar para ocultarlos. No hay tantos osos en una ciudad. No los hay. Y yo no puedo seguir consiguiendo osos para Rasmussen.

—Verdaderamente, ¿este es el último?

—Sí, pero Rasmussen sólo quiere las pieles. Tantas pieles, tanto dinero. Conseguir este que llevamos no fue nada fácil, casi nos atrapan en el circo, en medio de los gruñidos. La gente habla como si fuese natural que esté lleno de circos y de osos. Rasmussen ahora quiere lobos, ¿hay lobos en este país? Hay que conocer sus costumbres, estudiar sus hábitos, y eso lleva tiempo, no es tan sencillo. Hay que buscar una geografía, sólo una vez los vi en el zoológico, no paraban de caminar. Siempre en movimiento, eso me atraía. Una marcha febril, incesante. La piel tenía un color raro, entre la ceniza y la nieve. ¿Los viste alguna vez?

—Sí, en el sur.

—En el sur están las manadas. Hay que leer, ser meticuloso; no se puede matar lobos todos los días como pretende Rasmussen. El solamente se imagina bellas damas envueltas en pieles; cuando ve una mujer, ve una nutria, un oso o un zorro. ¿Nunca hablaste con él de mujeres? Así las mira. Las divide entre las que tienen piel y las que no la tienen. Por una piel se puede conocer a una mujer.

—Pero en algunos lugares las mujeres no usan pieles.

—Es verdad, Salguero, pero esos lugares no existen para Rasmussen.

—¿Cuántos años llevan juntos?

—Más de los necesarios.

—Se dice que se conocieron en la costa.

—Sí, una vez Rasmussen me curó una herida. Llegó hasta cuarto año de medicina pero abandonó porque le impresionaba la sangre. Después heredó la peletería del padre. Más tarde empezó a tener amistades con gentes de las curtiembres. Para devolverle ese favor, le tiré a un zorro fueguino. Fue la primera vez, todo legal; en ese tiempo teníamos permisos, estábamos habilitados como cazadores, allá en la nieve, en los bosques del sur. El nunca disparó un tiro, solamente me acompañaba. Y entre dos hombres que pasan juntos tantos días en un paisaje así, o nace una gran intimidad o se transforman en desconocidos. Creo que nos sucedió lo último. No sé en qué momento él comenzó a darme órdenes y yo a acatarlas. Quizás como un hábito, en ese lugar todo se reducía a determinados hábitos en determinadas horas porque el tiempo transcurre de otra manera. Casi naturalmente aprendí a obedecerle, como si obedecer fuese parte del paisaje.

—Todavía no dejaste de hacerlo.

—Es verdad, pero presiento que este será mi último viaje.

Nelson interrumpe bruscamente su diálogo con Salguero temiendo que sus propias palabras lo empujen a una decisión. Quizá le resulte cada vez más insoportable a través de los años volver a oír de su boca esa misma amenaza incumplida, reducida con la vejez a la dimensión de un hábito.

Cuando llegan a la casa del ucraniano, después de haber atravesado el largo camino de palmeras, Nelson desciende del camión; como otras veces, le pide a Salguero que aguarde en la cabina mientras él lo conversa al ucraniano en busca de un arreglo que ya está convenido de antemano pero que tomará el aspecto de una persuasión velada de la que Nelson saldrá aparentemente triunfador y el ucraniano más que derrotado, resignado, obligado por las circunstancias, como si en silencio los dos convinieran al mismo tiempo, casi con vergüenza, como si fuesen de putas, que esa vez iba a ser la última.

El ucraniano le estrecha la mano de manera natural, parece que lo hubiese estado esperando desde hacía mucho tiempo o que ayer mismo se hubieran despedido. Después retorna a la mesa a continuar tomando su plato de sopa. La cuchara recoge obstinadamente hasta el último grano de arroz, cada grano representa un diamante; con la cuchara excava las paredes de una roca que oculta un mineral a punto de extinguirse. El paisaje de aluminio brillante es una cantera abandonada.

Nelson le pregunta por su mujer, y el ucraniano no interrumpe su tarea. Demorará unos instantes antes de responderle. Falta aún la miga, un lienzo suave que lustre el plato hasta volverlo un brillante despojo.

—Seguramente su mujer no ha regresado.

—Hoy tuve una idea. Más que una idea, un presentimiento. La fui a buscar a la Capital, en el lugar donde

salen los aviones. Recorrí la costanera, había muchos pescadores. Lo extraño es que era un río sin peces. Sin embargo, esperaban; algunos conversando, otros en silencio. A ella la hubiera reconocido por su dialecto, su catanzaro.

—¿Sólo catanzaro?

—Sí, a pesar de los años transcurridos fuera de su patria, sólo catanzaro. Ni siquiera sus hijos la entendían. Bueno, también los conejos. No es muy difícil entenderse con ellos. Para darles de comer los llamaba de una manera muy extraña, los imitaba.

—¿Cómo hacen los conejos?

—No sé, un sonido que sale del hocico. De esos animales siempre se apiadaba, por los ojos. Tenían una manera particular de mirar al cielo. Hoy fui a buscarla al aeropuerto. Si el cielo se la llevó, el cielo me la devolverá. Pero ¿puedo seguir esperando del cielo? Ya van cinco años. Pobre, vivía espantada.

—¿De qué manera la buscó? ¿Sistemáticamente o al azar? ¿Cómo estaba vestida?

—Como siempre, de luto. Distribuí la única foto. Todas las otras se perdieron en la guerra. Era la del documento, tuve que arrancarla. Estaba sellada. Entonces era tan joven. De su juventud sólo conservaba esa foto.

—Disculpe que lo interrumpa, Krans, pero está anocheciendo y debemos irnos.

—Antes debo lavar el plato.

—Mire que nada se puede esperar del cielo cuando está oscuro.

—Siempre se puede esperar. Ya ve que hoy la niebla nos favorece. Durante mi juventud trabajaba en un matadero, prefería los días de niebla; entonces, las vacas eran sombras, mejor dicho, nubes. Nubes que pasaban lentamente en un cielo tormentoso. Mi oficio era sacrificarlas de un mazazo, casi con el golpe brotaba un lí-

quido rojo, una lluvia que mojaba mis guantes. Era tan certero que ni siquiera mugían. Una a una caían camino del río, porque el frigorífico estaba junto a él y por la mañana el agua parecía teñida de rojo; por eso prefería la niebla. Manejaba la maza al ritmo del agua, la música del río; los brazos se movían acompasadamente y en mi cabeza trataba de no perder la cuenta. Una bestia, dos bestias. Una nube, dos nubes. Así uno avanzaba sobre la mañana.

Nelson se queda en silencio esperando a que Krans termine de lavar el plato. Siempre lo sorprendió tanta bestialidad y refinamiento en un mismo hombre. Sabía que para su trabajo era un artista y trataba las pieles como si fuesen joyas. Más de una vez su mirada se había detenido en lo delicado de esas manos; no eran las manos que suele tener un matarife.

Krans se pasaba horas escuchando música. Juegos de agua, ruidos del bosque, escenas infantiles. La búsqueda del espíritu en la naturaleza. Un sueño que no pertenece a estas tierras. Nelson no lo llegaba a comprender, y a pesar de ser un hombre de la ciudad se dijo para sí: "Somos un agujero en medio del campo, una tumba abierta. Esa es nuestra maldición. Ellos tuvieron otras tumbas. Una historia sostiene cada cruz; entre nosotros la música es sólo un exotismo. Nuestra tierra palpita por un exceso bestial, sacudida por sismos e inundaciones. Todo lo demás es una afectación ridícula y acá estamos el ucraniano y yo dispuestos a hacer nuestro negocio. Sólo en estas tierras dos hombres como nosotros podrían encontrarse en estas circunstancias". Tal vez por eso, como si su misma reflexión lo sacara del sopor en que pareciera sumido, Nelson, sin mucha convicción, le pregunta a Krans por qué su mujer se ha marchado.

—Por los aviones —dice Krans—. Cada vez que oía el motor de algún avión se arrojaba al suelo; en el cincuen-

ta y cinco la tuve que atar a una silla. También la amordacé para que no gritara, si no podían llevármela. Cuando oía los aviones, ella se orinaba encima. Vivíamos en medio de la naturaleza, aislados del mundo; en un orden que casi podría ser perfecto.

—De todas maneras ella se fue.

—Seguramente oyó el motor de algún avión; alguno que habrá salido a fumigar. La falta de disciplina del hombre altera las estaciones. Habitualmente fumigan durante el verano, entonces la encerraba en una habitación y el sonido de la música era más fuerte que el de los aviones. Después ella se enfermó y creo que por eso volví a hacer esos trabajos. Finalmente, si el espíritu está libre no tiene por qué contaminarse con las cosas de este mundo. Soy un artista. A veces me pregunto qué otra música la llevó tan lejos.

—Espero que algún día la encuentre, pero ahora, Krans, es hora de irnos. Me esperan en la capital. El camión y Salguero están aguardándonos.

—¿Sabe, Nelson, por qué me hice taxidermista? Porque es el arte de conservar lo inerte, aunque sólo en apariencia. Entonces el pájaro deja de ser el pájaro, el ciervo deja de ser el ciervo. Ya hemos discutido otras veces sus teorías acerca del movimiento, pero lo importante, Nelson, es poder recrear el espíritu de lo que se quiere conservar. Nunca trabajé para aquellos que hacen de la presa un trofeo de caza. Jamás he puesto mis manos en una bestia destinada al orgullo del cazador. Sólo pequeños trabajos para conservar recuerdos. Hombres solitarios que traen algún animal doméstico que los acompañó durante la mayor parte de su vida. Tal vez porque aquí la vida y la muerte son más naturales, ya que lo que sobra son animales de Dios. Ella algún día podría volver. Necesito dinero. Además, a veces necesito ocupar las manos.

—En pieles, huesos, vísceras, ojos.

—La técnica no atenúa lo cruel que pretenden ser sus palabras.

—Tal vez en alguna ocasión pensó en conservarla a ella.

—Su crueldad no me hiere porque ese pensamiento no me resulta tan ajeno. Es raro, a veces contemplo alguna de las piezas que conservo conmigo y me da una sensación de eternidad. En medio de la desolación de este desierto, de esta tierra en la que cada vez que se inunda hay que empezar nuevamente, me hace pensar que la taxidermia nació en algún lugar parecido. Esta tierra tiene nombres tan lindos. *Las Cuchillas de Montiel,* no debe haber nombre más lindo en el mundo, casi tan lindo como *Ojo de Agua.* Se imagina, Nelson, una especie de diamante sangrante en medio de la tierra seca; sin embargo, es tan sólo un hilito de agua. También la música sacra me da una sensación de eternidad, a lo que se agrega el espacio, por lo tanto, también de inmensidad. Un fulgor que está más allá del cuerpo pero lo conserva. Es lo contrario del despojamiento. Uno cierra los ojos y se siente sostenido por esa fe barroca. Uno sueña con vírgenes de oro, imagina santos con ojos de diamante, llagas de color púrpura. Usted vio, Nelson, lo que es esa iglesita blanca. Vio sus ex votos. Sus Jesusitos. La vida siempre a punto de terminarse. Los bancos están gastados, el San Antonio descascarado, ni la súplica ferviente ni el rezo logran embellecerlo. Quiero decir que siempre es un murmullo triste. Entonces se me ocurrió poner esa música en medio del campo, y esos coros majestuosos, esa potencia que sólo otorga el Señor, transformó a la iglesita en un fasto grandioso.

Nelson escucha atentamente a Krans pero a veces se pierde en sus propias reflexiones. Tiene la sospecha de que la cantera es una tumba blanca de paredes altas y que si le cuenta a Krans su obsesión, éste podría llegar a en-

tenderlo. Basta mirarlo a los ojos para darse cuenta de que él también está poseído por una. Nelson se detiene al borde de la confesión y prefiere que Krans siga pensando que su obsesión es sólo una teoría extravagante. No es el pudor lo que lo detiene sino que no debe olvidar que fue a lo de Krans por un asunto de animales. Se imagina la cantera como un enorme anfiteatro desierto que Krans podría llenar con su música; transformando esas paredes despojadas en un templo. Pero él sólo tiene con Krans un asunto de animales que debe resolver lo antes posible para después poder volver a la ciudad.

—Se hace tarde, nos hemos demorado demasiado tiempo conversando y Salguero debe estar inquieto. Además, el oso puede despertarse y eso sería peligroso.

—Nelson, usted siempre me sorprende, le juro que esta vez no pensé que se trataba de un oso.

Cuando los tres hombres llegan a la cantera hablan sigilosamente porque en medio de esas paredes la palabra adquiere la dimensión del trueno y están temerosos de despertar a la bestia. En medio de la jaula está ese enorme oso de nieve, tan blanco que ilumina la oscuridad de la cantera. Aun así, Salguero enciende los dos faros del camión para que Krans pueda hacer su trabajo. También entre los tres bajan la jaula que se desliza por unos rieles de metal, tan sencillo que parece un juego. Después despliegan unas sábanas en el suelo y hacen un enorme mantel en la tierra de tal manera que podría celebrarse un funeral o un banquete. Mientras tanto, Salguero prepara el revólver. Sabe donde apuntar para que la bala no destroce el cuerpo. Sigue instrucciones de Rasmussen para conservar la piel.

Krans se acerca a la jaula y detenidamente mira al oso todavía dormido. Después les pregunta a los dos hombres:

—¿De dónde lo robaron? Es tan majestuoso y tan viejo a la vez. Parece un rey. Está muy bien conservado.

—Lo robamos de un circo —le responde Salguero—. Hacía piruetas, andaba en bicicleta, practicaba acrobacia.

Krans se lo queda mirando. Después vuelve a observar al animal tendido sobre la superficie blanca. Le acerca el farol y mira fijamente la cara del oso dormido. Vuelve a levantar el farol y con él alumbra la cara de los dos hombres cuyas sombras son manchas oscuras en el cuerpo del animal.

—Nunca vi un oso con esa cara, parece humano —les dice a Nelson y Salguero, quienes al escucharlo se alejan tan bruscamente que el oso pierde sus manchas oscuras y vuelve a ser tan blanco que se confunde con las sábanas donde está tendido.

—No puedo, es mi última palabra —afirma Krans y comienza a caminar hacia el camino que conduce a la salida de la cantera, dejando a Nelson y a Salguero tan sorprendidos que todavía contemplan al animal en el suelo como si lo viesen por primera vez. Nelson piensa en lo que dirá Rasmussen. Salguero, en cómo volver a meterlo en la jaula y cargarlo en el camión, sabiendo que no han traído la droga para volver a dormirlo; piensa en cómo saldrán de la cantera, atravesarán el campo y regresarán a la ciudad. Entonces lo arranca a Nelson de su estupor.

—Hay que matarlo igual. Es una pena porque es una piel valiosa y Rasmussen se lamentará. Pero no podemos correr el riesgo de que se despierte. Y además, al atravesar el campo para llegar a la ciudad, podrían detenernos en algún puesto policial y no tenemos ningún papel.

—Podríamos dejarlo aquí en la cantera, dormido, sugiere Nelson, sabiendo que es imposible y que sería aun más peligroso. Tratando de ignorar que la muerte inútil del animal lo privará a él del dinero, pero le dará el pla-

cer de contemplar la cara de Rasmussen, imaginando esa piel valiosa desperdiciada en medio de la cantera abandonada.

Cuando Salguero comienza a caminar hacia el animal, Nelson da vuelta la cara y mira esas paredes enormes, abandonadas, casi dormidas, como la bestia; y cuando los tiros retumban es como si el trueno hubiese revivido de golpe toda esa piedra muerta. Piensa en la música de Krans. Es su coro, se dice. Comienza a caminar hacia una de las paredes y la golpea. Comprobar que es sólida y dura le produce un placer en el que no puede demorarse porque Salguero ya ha puesto en marcha el camión y tiene que correr para alcanzarlo. Salguero conduce lentamente como temiendo que por el esfuerzo la antigua cantera se derrumbe. Marchan a esa velocidad hasta que divisan a Krans atravesando el antiguo camino de la cantera. Están cerca de la salida. Salguero detiene el camión para levantar a Krans. Después busca velozmente el camino de las palmeras.

por la Calchaquí hasta el río. Todos sabían, entonces, que Antonio había pasado por allí, envuelto en aceite y humo.

Nelson lo veía a Antonio encandilado por el sol, vagando a tientas por unas calles que lo llevaban a un río oscuro, confundido con la tierra, casi seco, y tratando de devolver los pescados al río. Que era una forma de devolvérselos a Dios, porque nunca se podía enterar de que se trataba de pescados muertos, teniendo la certeza de que si llegaba con ellos hasta el agua, los dorados revivirían. O los pondría en un balde con agua de río mientras arreglaba la moto, porque no había dificultad mecánica que Antonio no pudiese reparar, aunque él ignorase la mecánica de la naturaleza. Esa naturaleza de los dioses cuyas leyes se le escapaban.

Allí Antonio se movía en su medio; los animales lo querían, los corderos no se le morían en esa agua verde que los mata en verano; los chanchos, cosa extraña, encontraban en sus manos una muerte silenciosa, casi benéfica. Sin embargo, siempre había algo que escapaba al cálculo. Entonces ya desde lejos se podía oler ese pescado que se había podrido, y se podían oír los golpes que Antonio le daba a la moto. Y si uno se acercaba aun más podía verlo arrancándole pedazos como si descamara un pescado metálico al que es imposible volver a la vida. Como si la falta de movimiento lo llenase de estupor. Entonces, los ojos se le ponían rojos de rabia e impotencia. Esos ojos rojos eran lo que Nelson suponía le quitaba el sueño a los otros dos hermanos.

Fue después del accidente de su mujer cuando Antonio dejó de dormir. Se pasaba la noche despierto, con los ojos abiertos. Pensaba que se iba a quedar así, duro, con los ojos abiertos para siempre. No muerto sino despierto para siempre.

Los otros dos nunca sabrían cómo le había llegado el

dolor a ese hermano, dónde estaba el dolor que no estaba en las palabras. Fue Nelson quien tuvo ese extraño pensamiento de que el dolor le había ido a parar al color rojo de los ojos. Había que mirar esos ojos para saber dónde sufría, dónde sangraba por la herida.

No era la muerte de su mujer lo que lo había desvelado, sino el juicio. Antonio apenas podía recordar cómo ese ómnibus se les había venido encima y los había arrollado. Ese desconocido que, sin embargo, con el tiempo fue adquiriendo en su relato las formas conocidas de la desgracia. Cuando Antonio inició el juicio a la empresa de ómnibus, a los designios de la naturaleza se le agregó otro orden mayor: el judicial.

Hasta que decidió ir a hablar al cementerio con la finada para preguntarle qué haría con la plata, dando por hecho algo que todavía era incierto. Entonces se rectificaba y le preguntaba qué haría con la plata cuando la cobrara. Todos los días hacía la misma pregunta, pero la muerta no le respondía. El atribuía su silencio al hecho de que poco tiempo después de su muerte se había llevado otra mujer a vivir con él.

Su vida había quedado detenida. Sólo esperaba el resultado del juicio. En su cabeza había una sola idea: cobrar el dinero. La maquinaria judicial se le volvía más complicada que las leyes de la naturaleza. Buscaba una salida propia: coimear, pegar, insultar, pero el color rojo iba a parar a sus ojos y entonces permanecía sentado en esa plaza, en el mismo banco en que miraba el colegio donde su madre había estudiado juguetería. Vagamente la recordaba estudiando cosas insólitas para una mujer de su condición y de su edad. Hacía muñecas de paño lenci. Siempre se había preguntado por qué a él, que era un hombre, le había regalado una. Con dos enormes aros. En la vida nunca encontró una muñeca parecida. Tampoco una mujer que se pareciera a esa muñeca. Sólo los

Los Glosters

—No es agua del cielo, es agua del río —dice el tío, mirando hacia una superficie lejana donde el agua del cielo y el río se juntan para formar una figura extraña, un color que no les pertenece y que nunca hemos visto antes en la tierra. Y que creo que sólo estaba en su relato y en la manera en que el tío se disponía para mirar las cosas de este mundo.

—Son agujas de Dios que descienden, una a una, bajo la forma de una gota piadosa que nos clava a la tierra como una mariposa muerta. Los aviones son agujas voladoras. Heladas. Son ángeles que a veces se precipitan en llamas a la tierra. Como un anuncio. Ya no hay aviones en el cielo. Aviones de guerra. Como aquellos Glosters que atravesaban el río.

Sólo me animo a preguntarle por qué los aviones se llaman como la marca de los cigarrillos. El detiene el movimiento de la navaja en una de las alas. Conoce las formas de memoria. Ha fabricado cientos de aviones de madera. Sólo entonces me responde:

—Porque los nombres de los aviones quedan en la cabeza de la gente. Seguramente éste no saldrá perfecto, porque hay poca luz o tal vez esté perdiendo la vista.

Lo miro a los ojos. Los ojos del tío son tan negros como el cielo. Tengo miedo de que sus ojos se llenen de es-

tupor, que nadie sepa qué cosa extraña está mirando.

Le pregunto cuánto falta para que llegue la sudestada. Estamos sobre la mesa del comedor buscando en el cielo los aviones que vengan a salvarnos. A veces logro dormir un rato. Lo cual es más desesperante porque el agua podría subir de golpe. Sin embargo, el tío mide el peso exacto de las aguas. Cada tanto, escupe hacia el suelo y observa hasta qué nivel han llegado. La referencia son las patas de la mesa, uno de los pocos muebles que quedan en la casa.

No puedo entender por qué no la abandonamos. La respuesta es definitiva. La abuela se niega. Hay que aguantar hasta último momento. Trato de adivinar cuál será ese último momento y si me encontraré despierto.

Con su permiso bajo de la mesa y camino por el agua buscando la pieza de la abuela. Está como una reina a punto de abandonar sus feudos. Prepara sus petates. Prolijamente sube cajas arriba del ropero. Con ropa, un poco de vajilla y con recuerdos.

—¿Qué es petates? —le pregunto. Ella ignora dónde aprendí esa palabra. Le cuento que petates es una palabra mejicana que creo haber escuchado en alguna película. Y una vez en boca de mi padre. De pronto, una ráfaga de viento entra a la pieza y abre la puerta que da al patio y esa fuerza extraña le arranca a la abuela un paquete de las manos y lo arrastra a la corriente de agua.

El paquete comienza a deshacerse. Ahí está el traje de jockey del abuelo. Aquel con que solía correr en Temperley. Otra vez la chaquetilla granate. Las botas livianas, que un día se me permitió usar para un disfraz de fantasía. La fusta que como una culebra se retuerce en el agua. La gorra que por ser la brújula del jinete lleva la delantera. La seda de las bombachas y sus colores inflados por el viento que se confunden con los del relámpago. Es como si lo viese al abuelo cabalgar en el agua.

Detrás, solitario, me parece ver el sable, como si se le hubiese caído al propio jinete en su lucha con el agua.

La abuela comienza a gritar. Ese grito me arroja al agua y desesperadamente voy asiendo cada una de las prendas. Se las entrego como si le entregase el cuerpo del abuelo muerto. Ella aprieta contra el pecho cada una de las cosas. Las seca, las protege. Me dice que es lo único que queda del abuelo. Miro la fusta, y lo que ayer fue instrumento de castigo hoy es una reliquia en la mano de la abuela.

—¿Y el sable? ¿Qué pasó con el sable? —le pregunto buscando en el agua oscura la hoja brillante.

—El sable se perdió en la otra sudestada.

—¿En cuál? ¿En qué año?

—Ya no recuerdo. En alguna anterior al cincuenta y cinco.

—Pero un sable no se puede perder, no se consigue en cualquier parte.

—Era de tu tío abuelo. Lo robó en la milicia. O en una revuelta durante la Semana Trágica, cuando los corceles y sus jinetes, desde lo alto, parecían dominar el mundo. Los ijares de los caballos estallaban como granadas. Las bestias latían como bestias. En el empedrado, brillante, plano y rojo, el tío abuelo se encontró con el sable entre las manos. Había quedado oculto por un cuerpo. Todos escapaban. El se hizo el muerto y aprovechó para quedarse con el sable. Seguramente era de algún milico que había perdido la vida o el caballo. Por un momento creí que la ropa se iba con la sudestada. Tan veloz que parecía una flecha.

Ahora la voz de la abuela es apacible como si se sustrajera por un instante a la tempestad y me devolviera la paz. Pero el grito de la abuela hizo que el tío abandonara su puesto y viniese hasta nosotros. Mira las prendas del abuelo.

—¿Se mojaron? —pregunta con ese color del cielo que a veces suele inundar sus ojos.

—Sí, pero poco —le responde la abuela.

—Entonces se secarán pronto. ¿Y los documentos?

—Los documentos están guardados en la urna.

—En la urna están seguros.

Nunca supe cómo esa urna había llegado hasta nosotros. Una urna para votos, donde el tío oculta sus secretos. Monedas y fotos de mujeres.

—¿Y las revistas? ¿Dónde están las revistas?

—La colección está encima del ropero, a salvo de todo.

Entonces, tranquilo, el tío regresa hacia la mesa. Es el vigía. La colección son revistas de aeronáutica. Aviones de la Segunda Guerra. También aviones de Corea, Sabres. Fortalezas volantes. Agujas de acero que apuntan hacia el cielo. Por los relatos del tío acerca de esos aviones conocí los países, la nieve y el desierto, los hombres y las razas. Supe dónde estaba Saigón, y que en Saigón hay un río oscuro que según su curso cambia de color. Vi por primera vez una pagoda bombardeada y en medio del templo destruido un buda de piedra que permanecía intacto. Aprendí una música bélica, me bastaba escuchar el motor de los aviones para saber su marca. Aprendí una música celestial, potente, que me elevaba líricamente sobre la tierra negra.

Regreso al puesto de vigía junto a mi tío. El avión está casi terminado. Después lo regalará. Siempre los regala, nunca los colecciona. Aguardamos con resignación. La lluvia no nos impide darles de comer a los animales. Nada debe impedir dar de comer a los animales.

Caminamos hasta la puerta evitando pisar los cables electrificados. Las calles están cubiertas de agua. A lo lejos divisamos un bote que se acerca lentamente. Más que verlo, oímos el chapoteo de los remos en el agua. Se iluminan con un farol de noche. Los enfocamos con

la linterna. Les preguntamos de dónde vienen y nos dicen que del otro lado del cementerio, más allá de la barrera, cerca de la estación de ferrocarril. Que navegan siguiendo las vías, y que a pesar del agua siempre tenían miedo de que viniese un tren, pero que al ser la mejor dirección para no perderse, siguieron hasta que les pareció oír un ruido en la noche y pensaron que era un *rápido*.

—Los *rápidos* son como un relámpago; en una de las barreras nos apartamos de las vías. Ahora no sabemos bien dónde estamos.

—En Echenagucía.

—¿Eso está cerca de los bomberos?

—Sí, a pocas cuadras está el cuartel.

—Buscamos el cuartel para refugiarnos.

—Es inútil, está lleno de gente. También el hospital, la iglesia, las dos escuelas. El Regatas. Dicen que sólo queda el comité.

—Sí, pero nosotros en el comité no entramos. Antes preferimos seguir remando. Algún lugar tiene que haber. Nunca vi tanta agua. Parece Venecia.

—Sí, parece Venecia. ¿Usted no escuchó aviones?

—Aviones no, tal vez un helicóptero.

—¿Por qué no se refugian en el comité?

—Porque no queremos saber nada con los políticos. Preferimos seguir solos en la noche. ¿Y ustedes hasta cuándo resistirán?

—Esperaremos hasta que pase el temporal. Consultamos.

—Escucharon noticias en la radio.

—Sí, acerca del estado del temporal. Pero tenemos un familiar vidente que presagia que mañana la lluvia se detendrá de golpe. Y ni una nube va a quedar en el cielo. Ni una nube ni un relámpago. El cielo estará limpio como para poder volar.

—¿Pero ustedes lo creen?

—Sí, por eso vamos a esperar. Para llegar hasta el cuartel tienen que seguir derecho y en el lugar en que se encuentren con un mástil doblar hacia la izquierda. Seguramente la bandera flameará con el viento.

—¿Se puede distinguir en la oscuridad?

—Hasta ahora el agua nunca lo tapó. A veces suelen colocar una antorcha que arde durante la noche. Mucho antes ya se puede oler el querosén.

—Lo encontraremos. ¿Quieren un poco de caña?

—Gracias, pero no tomamos alcohol.

El bote se aleja en la oscuridad. El tío me dice que es bueno que un hombre, hasta en el peligro y en la muerte, respete una decisión.

—Yo hubiera podido hacerlo. Ya hace bastante tiempo. Un día decidí abandonar los aviones de madera. Fue una decisión. No me quería morir sin volar. Siempre había querido ser piloto. Bordear el arco iris. Un día fui y me anoté en la escuela de aviación y comencé la carrera de piloto civil. Era ya demasiado grande y temeroso para ser un alumno brillante pero pude aprender lo más elemental. Me gustaba estar en el cielo. Volar al ras. Sobre el río, sobre los edificios. Me gustaba escribir con humo palabras en el cielo. Dibujar anillos que se confundieran con las nubes. Fue después del cincuenta y cinco, cuando cayó Perón. No puedo decir ni siquiera que era peronista. Tal vez fue por esa historia del sable del abuelo, en nombre de un valor y de un honor que nunca tuvimos. Verdaderamente lo ignoro. En el cielo, cuando recordaba mis avioncitos de madera, me embargaba cierta alegría. Fue por esos días cuando me acometió la idea. Fui hasta el aeroclub de San Fernando y me subí a un avión. A un Cessna. Volé sobre las islas. Me gustó distinguir desde el cielo el pedazo de tierra donde nació tu abuela. En su homenaje volaba bajito. La isla tenía la forma de un esqueleto de arena. Sabía que otros pilotos en esos

homenajes habían encontrado la muerte. Yo había trabajado haciendo propaganda. La idea que se me ocurrió fue volar sobre la ciudad y escribir en el cielo los nombres de Perón y Eva. Desde la torre, por radio me ordenaron bajar. Sabía que perdería la licencia y que nunca más iba a poder volar. En el aeroclub me estaba esperando la policía. También algunos periodistas y fotógrafos. Tomaron algunas fotos. En la cárcel volví a empezar con los aviones de madera. De esa manera mataba el tiempo. Como sólo había puesto los nombres sin ningún partidismo, cuando el abogado me propuso alegar como defensa un desequilibrio nervioso lo acepté para no permanecer en la cárcel. Esa fue mi decisión, la que me hará morir recordando mi cobardía. En la urna están los recortes de los diarios. Esto no está escrito; por eso te lo cuento.

En realidad, parecía que la confesión estaba destinada a la oscuridad, a la de su alma, a la de la noche, casi como si hubiese hablado a una sombra.

La confesión de mi tío fue peor que la tormenta. Lo miré con piedad y con rencor. En ese instante pensé que no tenía derecho a decirme lo que me dijo. Ni siquiera el miedo justificaba esa debilidad.

El tío me sorprende. Me dice que podríamos mirar las revistas de aeronáutica durante la noche. Así el tiempo pasará más rápido. Sólo hay que esperar que alcancen las velas. Si no, deberemos usar las velas consagradas. En esta situación no hay lugar para el castigo o el remordimiento.

Ahora va hasta la ventana a mirar el estado de las aguas. El agua y los pantanos.

—Parece La Florida —me dice.

—¿Hay muchos caimanes allá?

—Una isla de caimanes siempre en movimiento. Dicen que se ponen de acuerdo para arrojarse al río al mismo tiempo, es como un baile. Cuando caen en el agua hacen un ruido más fuerte que este temporal, más fuerte todavía que un avión.

—Prefiero el ruido de los aviones.

—Una vez en la Villa, en otra sudestada, hubo camalotes. Llegaban cargados de plantas y animales. Plantas y animales que nunca habíamos visto. Una vez, hasta llegó un yaguareté. En la tempestad le brillaban los ojos. Los rugidos se oían desde el cementerio hasta la iglesia. Dicen que en la oscuridad muchos se guiaron por esos rugidos. También aspiramos fragancias desconocidas que provenían de esas plantas. Hubo gente que entró en un sueño profundo. Otros en mutismo. Otros veían imágenes que nunca habían conocido. Hablaban de colores extraños. Hablaban con voces para ellos mismos ignoradas. En el río y en la noche se oían hablar lenguas extrañas.

—¿Y cuál era el nombre de esa planta?

—No sé. Como nunca supe verdaderamente qué fue del yaguareté.

Por un momento, los ojos del tío iluminan la noche. Como si buscase el yaguareté o tal vez ofreciendo sus ojos encendidos al bote que se pierde en la noche.

Con los años lo perdoné. Le otorgué mi conmiseración en nombre de los dioses que habitaban estas aguas. En nombre de los dioses de la tempestad y de todos los lugares que conocí a través de sus relatos. Ese oscuro río de Saigón que según su curso cambia de color.

El fondo de las cosas

Maci me había citado para hablarme de mi hermano. Yo lo llamaba por su apellido aunque era mi padrastro. Todavía no me acostumbraba a ese apellido en boca de mi madre. Me había citado en Palermo en la estación del subte. El lugar y la hora tardía de la cita me habían sorprendido, Maci no llegaba y yo sabía que era demasiado tarde para pensar que se había retrasado en la pajarería, salvo que se hubiese quedado como guardián nocturno de los pájaros.

Tal vez fuese una señal, un coro que Maci necesitaba para la conversación que íbamos a mantener porque desde la estación tan cercana al zoológico se puede oír el chillido de algunas aves nocturnas; aunque yo espero que el rugido de alguna fiera interrumpa esta selva sonora en medio de la ciudad. En una de las bocas del subte ya han colocado las rejas, y la sombra de un caballo de mármol ha quedado presa entre ellas.

Miro el paisaje que los murales me ofrecen. Vasijas abandonadas, indios de labios groseros, la boca del conquistador apoyada santamente sobre la tierra conquistada, la espada al lado de la cruz. En un río que se mezcla con el mar, las velas flotan tensas. Unos hombres que se acercan o se alejan en un bote, según desde donde uno los mire. Jesús es sólo una herida sangrienta y el color de su carne mortificada se confunde con el color de

las velas. El oro, la plata, los frutos del paraíso parecen estar al alcance de la mano. Pero esa arboleda de chozas que rodea la costa ya hace pensar que los salvajes han traído todas sus riquezas hasta la playa y que más allá de esta arboleda sólo se abre un descampado inmenso. Que todo el secreto y todo el poder residen en la boca de ese lenguaraz que en su relato insinúa conocer lo oculto, lo secreto de esa tierra, que ese marinaje descastado ha venido a buscar de manera desesperada, impulsado por un catolicismo ferviente y una ambición desmedida. Y desde el fondo de ese paisaje, como surgiendo de una de esas armaduras de latón, la figura de Maci, caminando al son de *La dama de las camelias* en tiempo de marcha, como si otra vez, como cuando formaba parte de la banda militar, tocara el trombón dorado, transformándose de repente de antiguo burócrata en la sombra de un imponente guerrero que atraviesa a paso lento el campo de batalla, y avanza hacia donde estoy sentado, trayendo extraños ruidos de pájaros en la cabeza, él también como un lenguaraz que viene a contar su propia versión del balazo que disparó contra mi hermano.

Frente a ese paisaje marítimo, empezamos nuestra conversación. Interrumpidos esta vez por una nube morosa, que son esos vagones que atraviesan lentamente las vías gastadas; de tal manera que si el conductor se extraviase por algún ramal abandonado, quedaría olvidado para siempre en una de esas bocas oscuras. Hablamos mirando esa escena inmóvil a la que sin embargo cada uno le otorga su propio movimiento. Evitando mirarnos a los ojos, arrepentidos, cobardes, temerosos por algún acto cometido, por razones diferentes, contra ese hombre que es mi hermano y al que ya hace diez años Maci le disparó en la oscuridad.

Maci comienza su descargo ante la Justicia que está allí con los ojos vendados. Una diosa de rasgos españoles y mulatos que sostiene una balanza despojada que contrasta con los adornos que recargan su cuerpo que parecería haber conocido desde el tatuaje egipcio hasta el fenicio. Mientras, trato de pensar si ese es el paisaje que Maci ha elegido para su confesión.

—Su hermano no ignoraba que yo al busto lo quería. No era la primera vez que se metía con él, ustedes siempre tuvieron la costumbre de hacer esas cosas. La historia de la tortuga pintada con leyendas políticas. Ya sé que no fue por cuestiones políticas porque él nunca le tuvo aversión sino que la admiraba. Fue por otra cosa, por hacer el mal. Lo que me desconcertaba era pensar que las formas que puede tomar el mal son imprevisibles.

Maci interrumpe su relato para tomar un respiro. Su voz es agitada, sospecho que no es por el contenido de lo que está diciendo sino por esa extraña relación que estableció con los pájaros desde que comenzó a trabajar en la pajarería. Como si quisiera hablar al mismo ritmo de esos chillidos, buscando en su memoria el nombre de esas aves exóticas y de raros colores que oscurecen el cielo de los conquistadores y que en la mirada de uno de ellos se revela como un funesto vaticinio.

—Yo sabía que era él y lo mismo tiré. Lo sabía porque él siempre silbaba la misma canción y esa noche no dejó de hacerlo. Al busto yo lo quería y lo tenía siempre cubierto y adornado con flores. No era una sospecha sino una certeza de que era su hermano quien lo había robado; no por dinero sino por hacer el mal. Si usted mismo fue testigo de que estando frente al cajón de su padre lo despidió con un insulto. Podría haber averiguado a quién se lo vendió pero cuando uno está cerca de la muerte ya no sabe qué va a pasar con las cosas que deja; y siempre pensé qué iba a pasar con el busto cuando me

muriera. Seguramente, lo iban a ultrajar con navajas y cuchillos, iba a ser usado como una hoja en blanco para escribir palabras obscenas. Ahora sé que está seguro porque alguien que compra un objeto así no es para venderlo, sino por veneración.

¿Por qué razón me callaba? ¿Qué íntima vergüenza me imponían las palabras de Maci para no hacerlo callar? Quizá me enfrentaba a una cobardía desconocida. Aquel día tan lejano de la muerte de mi padre, la sorpresa ante la boca del hijo que se abría para proferir el insulto. La maldición del muerto que lo iba a seguir toda la vida, tal vez porque ya había nacido con ella. Como si fuera una manera de despedirse, diciéndose de una vez lo que siempre habían callado. Pero acaso el odio y el amor por mi hermano podían justificar que fuese de la boca de Maci de donde salían esas palabras que hablaban de mi padre, de la maldición del hijo. Haber guardado silencio aquella vez me condena para siempre.

—Le tiré a las piernas para asustarlo pero también para que por un tiempo no pudiera correr ni montar un caballo. Al menos era eso lo que yo quería. Nunca pensé que podía perjudicarlo en su carrera de jockey. El sólo pensaba en el dinero pero nunca creí que podía llegar tan lejos. Recuerdo que después del robo jugamos al sapo. La boca del sapo se abría en la noche esperando las monedas robadas. Su hermano nunca erraba un tiro, esa noche las piezas brillantes temblaban en sus manos. En medio de ese nerviosismo arrojó los bronces relucientes y erró. Su mano temblaba. La boca del sapo era un agujero en la noche que sólo se podía llenar con fichas y cada una de ellas significaba dinero.

Miré sobre la playa los arcones abiertos. Las rústicas biblias desbordaban las cajas sagradas en cuyos herrajes oxidados se herrumbraban las armas de la corona. Más allá, otro cofre cargado de monedas de oro. Por un ins-

tante dudé de lo que Maci me estaba contando y pensé que su cabeza alucinada por el chillido de los pájaros sólo inventaba una historia a medida que sus ojos recorrían ese paisaje subterráneo.

—Le conté a su hermano la historia del busto una tarde en que me descubrió lustrándolo. Le expliqué que le pasaba un líquido especial para que no se ennegreciera. Después me vio cómo la cubría con un trapo y cómo, finalmente, la envolvía en una bolsa de arpillera y la guardaba en la pieza de herramientas. Siempre con sus flores, porque nunca le faltó una flor aunque estuviese cubierta. El observó en qué posición estaba el busto, cuántas vueltas le daba al trapo, hacia qué dirección de la puerta miraba, dónde estaban las flores y cuántas eran, porque nunca le faltó una, ni siquiera cuando estuve preso. Carmen, su madre, vigilaba que no se marchitasen. La pregunta de su hermano me sorprendió porque era simple pero llegaba al fondo de las cosas. Me preguntó para qué lo quería después de tantos años. Eso me hizo pensar en toda mi vida, en darle un sentido a todos esos años. Eso fue lo que me hizo abrir la boca. Nunca debería haber abierto la boca ante él, pero la abrí.

Yo trabajaba en la misma maternidad que su madre, donde nacieron todos ustedes, los tres hermanos. Era ecónomo. Fue en el cincuenta y cinco, después de los aviones. Intervenían los lugares públicos y se llevaban los bustos de Eva y de Perón para destruirlos o llenarlos de pluma y alquitrán. Yo sabía que iban a hacer lo mismo con el busto que había en el jardín del hospital porque el primer día que llegó la intervención lo primero que sacaron fueron los retratos y los escudos. Entonces esa noche decidí llevármelo antes de que lo viniesen a buscar. Por la noche era difícil entrar en el hospital por-

que los auditores habían ordenado una vigilancia estricta en torno de los papeles. En la puerta revisaban a cada uno que entraba. Como una sombra, atravesé ese parque lleno de estatuas. Temía la vigilancia desesperada de algún enfermo que en su paseo nocturno me sorprendiese desde alguna de las ventanas; o encontrarme con alguna de esas sonámbulas que cubiertas de túnicas blancas deambulaban por el parque envueltas en sus sueños y que sus gritos llamasen la atención de los soldados que custodiaban el hospital. Tomando la mayor cantidad de precauciones, llegué hasta donde estaba el busto; me extrañó que no hubiera ningún soldado custodiándolo pero pensé que quizá había ido a hacer su ronda; y con un cortafierro y un pico, atenuando los golpes con la misma bolsa que le iba a servir de refugio, lo saqué de su base y lo guardé en la bolsa. A pesar de la hora, me fui a hablar con el cura. El padre me debía muchos favores, y aunque no podía olvidar las iglesias quemadas él necesitaba alimentos no sólo espirituales para sus almas y sólo un ecónomo un poco réprobo podía proporcionárselos; sabía que iba a ayudarme pero nunca pensé que se atrevería a tanto. La colocamos en una vitrina santa y la cubrimos con una mantilla. La rodeamos de candelabros y de velas. La adornamos con flores y le cubrimos la cabeza con un pañuelo de iglesia. Estuvo dos días oculta y nadie se dio cuenta, a pesar de que cuando notaron su desaparición la buscaron por todo el hospital, pero a la capilla no fueron; los profanos llegaron hasta la morgue y abrieron las puertas de las cámaras heladas. Yo aguardaba el fin de semana en que disminuía la vigilancia para poder sacarla en una ambulancia como si fuese un enfermo pero necesitaba la complicidad del chofer y no estaba dispuesto a confiar en nadie. Ese domingo todo el hospital escuchó misa sin sospechar que el busto estaba allí. Me arrodillé y recé a Dios para que me ilumi-

nara y me permitiese llevar a cabo mi plan antes de que la profanaran; yo no me sentía un profanador, nada se podía decir de mí por ocultar un mármol muerto como si fuese santo. Aunque si uno miraba toda esa gente arrodillada, no sabía verdaderamente dónde estaba el fondo de las cosas.

Y esa misma noche la llevé. Ella tenía que comprender que no era ningún pecado envolverla en una bolsa de arpillera, si era por su bien y no iba a sufrir ninguna ofensa, ninguna injuria. Con el peso blanco sobre la espalda, atravesé el camino del parque bordeado de estatuas y llegué hasta la cocina. No miento si digo que una de ellas no era una estatua sino una sonámbula que envuelta en su túnica blanca se había agregado, inmóvil, como una más, a lo largo del camino. Logré pasar al lado de ella, sigilosamente, sin despertarla. Tenía que confiar en alguien que me ayudara y ya había arreglado con Carmen para que me esperase en la cocina. Ella había estado juntando gasas y algodón durante esos dos días y envuelta en ese material, adentro de la bolsa, la metimos en uno de esos enormes tachos de basura que hay en los hospitales. Era todo blanco, pero si uno hundía la mano entre los algodones y gasas, parecía nieve.

Ese secreto me unió para siempre a la vida de Carmen. Esperamos hasta ese momento cercano al amanecer cuando uno todavía se puede ocultar en la noche. Yo mismo busqué la carretilla y cubrí el tacho con un montón de hojas y de ramas, de tal manera que se lo podía tomar por un manto o una hoguera. Nadie desconfió de mí porque yo solía realizar esa tarea. Carmen me esperaba con un pariente de ella en una camioneta. Era un hombre del partido y se podía confiar en él. Sin embargo, el hombre nunca preguntó qué sacábamos de la maternidad. De esa manera le conté a su hermano, casi como le cuento a usted, palabra por palabra, cómo fue que

pude sacar el busto del hospital. Lo oculté y por años no lo volví a descubrir. Sólo Carmen sabía que lo tenía pero también a ella dejé de verla durante años. La volví a encontrar después de la muerte de su marido, su padre.

Pensé en mi padre, que siempre había detestado a esa mujer. Pensé que por imprimir volantes clandestinos antes del cincuenta y cinco había sido puesto preso y pensé en mi madre, en la vida que había llevado con uno y otro hombre; en por qué había elegido hombres tan distintos. Seguramente nunca le había contado a mi padre aquella historia con Maci. El le había perdonado, a lo largo de la vida, estar con otros hombres; ella le había perdonado estar con otras mujeres, pero él no le hubiera perdonado nunca que fuese capaz de hacer eso por un hombre. En eso pensaba cuando la voz de Maci me interrumpió para seguir con su relato, mientras mis ojos se encuentran en las páginas de esa Biblia de caracteres coloniales con un salmo que recuerda la relación del pecador con el pecado.

—Fue cuando le pintó los labios que casi le tiro por primera vez. No puede haber sido otro que su hermano el que cometió el ultraje. Recuerdo que había mucho sol en la pieza de las herramientas, por lo que se me ocurrió dejarlo unas horas descubierto. Mientras tanto me puse a recoger las hojas caídas en el jardín. Lo recuerdo porque tenía la horquilla en la mano. Lo cierto es que cuando entré me encontré con la boca pintada; el carmín resaltaba nítidamente en los labios, le juro que parecía una herida abierta. El se encontraba merodeando, casi al acecho, como disfrutando del momento en que se descubriese lo que había hecho. Pensé en matarlo con la horquilla, pero supuse que si moría de esa manera iba a ir al infierno. Por un instante tal vez quise pensar en que ha-

bía sido mi hija. Ella pocas veces estaba en casa. Estaba en el jardín comiendo unas hormigas muertas. Le pasé un pañuelo por los labios. Las hormigas rojas inflamaron la tela blanca. Le pedí a Dios que me perdonara por haber pensado castigar a una criatura que ya él había elegido para el castigo. No sé qué sentimiento me impedía encararlo directamente a él, como si demorara algo que podía tener el carácter de lo inevitable. Prosiguiendo con esa demora, fui hasta la pileta donde Carmen lavaba la ropa. Al principio pensé que había sido ella, que había hecho otro de sus "trabajos" porque me pareció ver correr un río rojo por el piletón. La hice jurar. Ella me dijo que nunca se metía con los muertos. Cuando lo escuché silbar, siempre silbaba la misma canción, me di cuenta de que había sido él. Entonces fui a buscar el revólver a la pieza de las herramientas. Cuando regresé él ya me estaba esperando. Fue lo que me contó lo que me hizo dudar en mi decisión; también porque introdujo el demonio de la duda en mi pensamiento, estuve el resto de esos días y esas noches meditando acerca de lo que debía hacer, si era culpable o inocente. Decidí cargar con el remordimiento del error antes que arrepentirme de no tomar venganza. A la muerta la vi en el cajón, me dijo. Habíamos hecho cola toda la noche para verla, y a la madrugada me descompuse. Me llevaron a un puesto de socorro donde una enfermera de la Cruz Roja me dio Licor de las Hermanas. Después me hicieron pasar sin tener que hacer la fila, junto a dos inválidos; uno iba en silla de ruedas; el otro en un carrito con rueditas, sólo tenía medio cuerpo. Con una ojota en cada mano empujaba el carrito, como si el mundo estuviese al revés. Así entré y la vi y besé el vidrio. Me impresionó porque el cristal estaba empañado por los besos, el aliento de las bocas frías.

"Su relato me conmovió de tal manera que por segu-

da vez volví a arrepentirme. Fui a buscar un algodón para limpiarle los labios. Volví con el algodón y se lo mostré para que lo viese. Creo que sonrió, casi dulcemente. Fue cuando lo robó para venderlo que me decidí a hacerlo. Porque me di cuenta de que era él por los ruidos y los perros y porque lo escuché silbar la misma canción. Aparte de Carmen y mi hija, quien como usted sabe no podía hablar, sólo su hermano sabía dónde lo escondía. Después que le pintó los labios, pensé en enterrar el busto en el jardín porque a pesar de su dulce sonrisa, me dije, no va a parar aquí, va a seguir toreándome hasta que lo deje seco. Empecé a pensar en los perdigones y en tirarle a las piernas, no para matarlo sino para que no pudiese montar por un tiempo. El quería ser jockey pero iba a terminar en una silla de ruedas. Creo que de todas maneras él iba a terminar así. Quizá Dios sólo quiso que yo fuese el instrumento que apretara el gatillo.

Cuando Maci terminó de hablar, sólo me quedaba una curiosidad. ¿Por qué me había citado en ese lugar? Le pregunté y no se sorprendió; parecía haberlo esperado toda la noche, casi emboscado detrás de esa frondosa conversación.

—Como le dije antes, los llenaban de plumas y alquitrán. Tenía un amigo que trabajaba en los subterráneos. ¿Se acuerda de que las estaciones también estaban adornadas con bustos de Eva o de Perón? El día que vinieron a buscar el de esa estación, empezó a correr de un vagón a otro en un tren que estaba detenido llevando el busto con él. Cuando se vio casi perdido se metió por un ramal abandonado. Los milicos que lo perseguían no se atrevieron a seguirlo por miedo a quedar fulminados. Se tomó su tiempo y lo enterró en alguno de esos túneles.

Salió con las manos vacías. Lo tuvieron preso un tiempo y finalmente lo dejaron en libertad. Siempre se prometía volver a buscarlo y nunca quiso contarle a nadie dónde lo había ocultado. Un ataque al corazón lo llevó a la muerte antes de que pudiera hacerlo y tampoco le dio tiempo para que se lo contase a alguien si es que alguna vez pensó contarlo.

Fue en ese instante cuando Maci dio por terminada la conversación. Impulsado por sus propias palabras se levantó de golpe y comenzó a caminar por el andén. Atravesó la blanca sombra del caballo. Lentamente, recorrió la arboleda de la playa como si caminara hacia el río buscando las velas que se agitaban tensas. Su sombra se iba perdiendo detrás de las chozas y ya casi al final de ese paisaje marítimo pareció encaminarse decididamente hacia la boca oscura que lo esperaba al final del andén.

La razón principal

Un paisaje helado. Atravieso la hilera de pinos que ocultan y custodian el chalet suizo que está al final de la calle. Trato de afirmar mis pasos en la nieve del otoño. Me invade un sentimiento oscuro donde se mezcla la esperanza y el rencor. Se aproxima el fin de un encuentro que se ha demorado durante muchos años.

Camino eludiendo racimos de piñas plateadas que amenazan mis pies; animales de formas indefinidas, frutos de antiguas obsesiones, convergen como un ejército perfectamente alineado que marcha hacia su objetivo. Por un momento se me cruza el extraño pensamiento de incendiar la nieve, incendiar esas formas perversas de la pesadilla. Los frutos se parecen entre sí. Por eso dudo antes de separar uno. Es una brasa fría, quemante. En ella calculo todo el peso de la infancia, aquellos años en que la vida del hombre que ahora me espera era para mí un enigma. El animal de madera agoniza, la materia inconsistente se deshace entre las manos. Lo arrojo lo antes posible, se desliza sobre la poca nieve que aún queda pero que es suficiente para atenuar el golpe. Todavía no ha terminado de detenerse porque ha encontrado una pendiente imprevista, cuando me doy cuenta de que en ese gesto he arrojado aquel tintero que durante años adornó mi escritorio, aquel estilo grotesco que tomaba

la forma de una piña y que había sido regalo de Néstor, quien sorpresivamente me ha mandado llamar.

Pronunciar el nombre de Néstor siempre significó para mí algo sagrado. Creo que nadie de la familia escapaba a su influjo. El magnetismo que irradiaba no era ajeno a su origen. Un hombre que había nacido en el sur y que había pasado su infancia entre la nieve. Más de un familiar atribuía a ese mismo origen los diferentes matices de su voz. Glacial y majestuosa, eran los adjetivos más justos para definir ese tono que nos sumía en un estado de sublime admiración. Había elegido el paisaje perfecto para su voz. Había encontrado una tumba de cristal donde refugiarse, esperando quizás una muerte cercana, una sentencia y un alivio que nunca acababan de llegar.

Al acercarme a la casa puedo ver una mujer detrás de la verja que trata de arrebatarle unas flores a la helada. Para ella los pétalos caídos aún pertenecen a la flor y los acaricia delicadamente queriéndoles transmitir el calor de sus manos, como si en cualquier momento, después de llevar a cabo ese rito profano, esa hoguera en medio de la nieve, estuviese decidida a reintegrar los pétalos a las flores que aún permanecen erguidas como las últimas representantes de una especie en extinción. Para mí es una flor particular que distingo por su aroma y que hasta con su tersura muerta sigue conservando el perfume de antaño. La fragancia que impregna el aire actualiza el recuerdo de aquella noche de Navidad en que Néstor fue el invitado.

Néstor fue siempre un pariente lejano. Debo haberlo visto dos o tres veces en mi vida. Envuelto en un halo misterioso, detrás de una copa de cristal en la que bebía champán con cierta actitud despótica que no coincidía con la beatitud del personaje de Homero. No podía soportar la obsecuencia de los miembros de la familia que

se inclinaban servilmente frente a Néstor. Descubrir esa misma actitud en mi padre me llenó de odio y de desprecio. El lugar que se le reservaba en la mesa, la diligencia con que era servido, las presas que elegían para él, mostraban los signos de una preferencia que le dispensaban las mujeres; incluida mi madre, a la que nunca había visto arrobada por un hombre. En alguna de esas fiestas, y bajo el recuerdo de la fragancia de ese perfume, los vi bailar juntos. El, erguido, delicado, haciendo movimientos que nunca había visto en un hombre. Una flor oscura, un azul casi mortuorio adornaba la solapa de su saco. Vi con estupor cómo, sin discreción, se la quitaba del ojal y se la regalaba a mi madre. Sin pudor, como si a él todo le estuviese permitido. Encontrar los pétalos de aquella antigua flor en un libro de mi madre hizo que quisiera encontrar desesperadamente alguna relación entre esa flor y la historia que el libro narraba, desesperación que llenó muchas noches de insomnio. Suponía que en alguna de esas frases que leía encontraría la clave de aquel regalo de Néstor a mi madre. Ignoraba por qué razón establecía una extraña relación entre esa flor y la voz de Néstor. En el recuerdo, el contraste violento entre la diafanidad de su voz y el color de la flor parecía reflejar algo de lo oscuro de esa historia.

El viento frío, que insensibiliza mis sentidos y hiela el dolor, resulta un alivio para poder despojarme de ese aroma y me permite caminar libremente hacia Néstor sin que nada del pasado pueda perturbar nuestro encuentro. Sospechando que para hablar con él voy a necesitar adquirir la misma majestuosidad, impostar la voz hasta volverla glacial como si fuese necesario descarnarme y que nuestro encuentro se limite al enfrentamiento de dos relatos y en esa atmósfera aterida los cuerpos se sustrajesen para dar paso a un diálogo entre dos espíritus que, finalmente y a pesar suyo, tienen que asistir a una fata-

lidad premeditada y cuyo destino desconocen. Expulsados hacia la noche que tenuemente comienza a cernirse sobre ambos para envolver la conversación en la oscuridad; imponiéndose la necesidad de levantarse cada tanto y caminar hasta la ventana para buscar en el paisaje el color de la nieve.

La mujer se sorprende. Ante mi llamado, se da vuelta en forma abrupta, ruborizada hasta en el frío por haber sido descubierta en una ceremonia privada, en el diálogo secreto que mantiene con sus plantas. Me da la sensación de que he interrumpido una conversación recién comenzada y a la que solamente la luz de la tarde hubiese podido ponerle fin. Unica hora que ella consigue, obstinadamente, robarle a la presencia imponente de ese hombre, aceptando con resignación que a eso se ha reducido su mundo, cuando mi voz la saca de un sueño en que estuvo sumida durante mucho tiempo. No la he visto antes, seguramente es la mujer de Néstor. Ese matrimonio casi en secreto, producto de la vejez y de la soledad que permaneció oculto para la familia aún durante los años posteriores a su consumación, hasta que en una carta concisa nos comunicaba la noticia de su casamiento. Después habrían de sobrevenir esos años de un retiro aparentemente voluntario o producto de circunstancias penosas, manteniendo con la ciudad que había abandonado una extraña relación que iba desde la indiferencia y el olvido hasta la desmesura de una memoria enfermiza que recordaba de manera minuciosa hasta el último detalle. Hechos que iban sucediendo en la vida de Néstor, de los cuales nunca pudimos comprobar su veracidad, y que nos llegaban a través de cartas escritas por él o por noticias fantasmales traídas por algún familiar que había viajado hasta el lugar donde Néstor había decidido refugiarse.

La mujer sabe que él me espera, porque se acerca

amablemente y llamándome por mi nombre me pide que entre en la casa.

—Usted es Federico. Hace días que está esperando que usted llegue. Noté cierta inquietud en su persona, abandonó ciertos hábitos y repentinamente volvió a hablar de la vida en la ciudad.

—Señora. . .

—Regina.

—Regina, le agradezco.

Entramos en una especie de comedor y me ofrece que me siente en unos sillones oscuros enfrentados al color blanco del paisaje. El suelo está cubierto de pieles de animales. Las piñas arden en el fuego. Al amparo del hogar, su chisporroteo es ahora un sonido natural. Las sombras inclinadas de los ciervos se incendian entre las llamas.

—¿Piezas de caza? —le pregunto a Regina.

—Donaciones. Trofeos. El es tan amable que no puede negarse. Aun aquí la gente no termina de olvidarse de él. La casa está llena de animales.

—¿Tantos?

—Hay una pieza entera llena de ellos. Puedo regalarle una... Disculpe, no quise ofenderlo.

—No me ofende, lo que sucede es que nunca se me ocurriría tener en la pared una cosa así.

—Si uno se acostumbra a las personas, ¿por qué no habría de hacerlo a esas formas inofensivas?

—Es cierto. Aunque aquí todo parece tan inmóvil, demasiado muerto, salvo sus flores. Tan vivas que sobreviven hasta a su propio color.

—Sí, ellas siempre ahí. Parecen marchitarse, pero al acercarse el final de la estación siempre florecen. No lo distraigo más. No quiero demorar este encuentro. Voy a buscarlo. El está en la pieza de arriba, escuche, ya me está llamando.

Mientras Regina sube la escalera, aún me siento conmovido por haber escuchado la voz de Néstor. Podría decir que con los años se ha mantenido intacta. Esa voz que mantuvo en vilo a toda la familia. Ese pariente lejano, casi desconocido, que vino desde el sur para hacerse un porvenir en la ciudad. Ese destino artístico que eligió y que suscitó en los demás una mezcla de admiración y de rechazo. Fue así como poco a poco su voz trascendió el ámbito familiar hasta llegar a dar las noticias por la *cadena nacional.* Anónima y personal a la vez. El prestigio que habría de adquirir a partir del acontecimiento de aquella noche desde la cual habían transcurrido casi treinta años, cuando la voz de Néstor interrumpió nuestra intimidad para sacarnos del sopor en que nos había sumido esa muerte.

Temo encontrarme con un Néstor farsesco, envejecido, cubierto con un abrigo de piel, descendiendo operísticamente por la escalera, haciendo gestos ampulosos, impostando la voz, maquillado de manera grosera, defendiendo su piel hasta el último resquicio del frío y de la muerte. Cubriendo su garganta con un pañuelo de seda gitano de modo que al verlo no se pudiese evitar pensar en su garganta tomada por la enfermedad. Imponiendo una senilidad perversa para dominar teatralmente la situación y, como hace años e imitándose a sí mismo, pronunciar aquella frase que le otorgó celebridad.

La voz de Néstor, la que escuchó Agamenón en su sueño anunciarle el destino de Troya. Cuando el caballo de madera todavía era un artificio lejano en la memoria de los hombres. Su voz sentenciosa imponiéndose entre los hombres y los héroes. ¿Con qué parte de ese Néstor me encontraría en el instante en que descendiese al escenario del mundo interponiendo su figura a mis sueños, interrumpiendo bruscamente mi adolescencia perdida?

Quizás nunca sabré lo que estuvo primero, si la muer-

te de esa mujer o la voz de Néstor anunciando su muerte. Sumidos en la perplejidad por un desenlace que se prolongaba demasiado tiempo. Atónitos ante esa crueldad que se ensañaba con ese cuerpo bello y delicado. La voz de Néstor sacándonos del trance que nos produjo aquella muerte para sumirnos quizás en un trance más profundo hasta que la realidad nos arrojó de golpe hacia los restos de aquella mujer. Después fue una ceremonia rutinaria que oíamos durante la cena. Los días se iban sucediendo unos a otros y el recuerdo de aquella muerte se iba reduciendo a un aniversario. Cada vez que oíamos la voz de Néstor se reinstauraba, aunque fuese por un instante, todo el duelo y el fasto de aquel día. Por eso yo esperaba secretamente ese tono fúnebre y épico a la vez que desmentía esas voces familiares entusiasmadas por el fervor de una derrota momentánea. Murmurando a espaldas de Néstor la infamia, el escarnio y el impudor. Tentado ahora de preguntarle cuándo fue la última vez que lo dijo, ignorando si le podría exigir a su memoria la precisión de una fecha.

Néstor se encuentra envejecido. Casi diría con un aire de ligero cansancio, producto de un desvelo reciente. Me parece que sus días han tomado el color de la flor marchita. Su voz, aunque no es la misma, no ha perdido su antiguo esplendor.

—Te he mandado a llamar para contarte una historia. Me enteré por tu madre de tus reproches y tu rencor.

—Me sorprende, Néstor. No sé por qué el reproche y el rencor. Pero debo admitir que siempre estuve interesado en saber la historia de aquella flor oscura.

—¿Qué flor?

—Esa que usted llevaba en la solapa de su saco y que una noche de Navidad obsequió a mi madre.

—Ya no la recuerdo.

—Tal vez no haya nada que recordar. Quizás para usted sólo fue un acto de galantería. Estaba un poco alegre y decidió entregarle aquella flor.

—¿Y por qué tanto interés?

—Por la forma en que lo hizo delante de todos, sin importarle los que lo rodeaban. Se miraban a los ojos como si solamente estuviesen ella y usted. Después con los años volví a encontrar esa flor, ya marchita, en un libro de mi madre. Para mí usted era sólo una flor, un baile y una voz que junto con mis hermanos esperábamos volver a escuchar. Usted marcaba una extraña temporalidad, una regularidad perfecta, un orden sólo comparable al orden de una naturaleza divina.

—Y con eso construiste una historia. Parecés proclive a construir historias. Tu madre me escribió contándome que escribiste acerca de aquella otra historia. Fue por eso que te mandé llamar.

—Es verdad. Pero ignoraba que mantuviese una correspondencia con mi madre.

—Escribirnos, mantener una correspondencia, me parecen términos muy presuntuosos que no se ajustan a la realidad. Esporádicamente, alguno de los dos, interrumpe un silencio, digamos, poco saludable. Supongo que tu historia incurrirá en esa misma presuntuosidad.

—Fue poco lo que inventé. En realidad fui fiel al relato familiar.

—Es verdad, escribiste esa versión que yo conté de cómo Eva me descubre. Es verdad que conté que la primera vez que me encontré con ella le dije: "Desde que la vi en aquella película, *La pródiga,* siempre sueño con su sombrero y su pelo rubio, detrás hay unas montañas o tal vez sólo son sierras". Entonces ella decide mi destino y su suerte con una frase que ahora me parece extremadamente retórica: "Su voz ya es para la causa y creo pre-

sentir que forma parte de mi destino". Nada de eso fue cierto. Lo sucedido fue producto del azar. Yo no la conocía, no la había visto nunca.

—¿Por eso me mandó llamar?

—Sí, para que escucharas la verdadera historia. Tal vez para que escribieras otra o para aliviar mi conciencia.

—¿Cuándo inventó esa historia?

Inventé la historia después de su muerte y con los años le fui agregando detalles. Yo sólo la vi cuando ya estaba muerta. En el cajón. Donde mi voz no podía alcanzarla. Fue por eso que musité un murmullo que era una oración. La primera vez que hablé para que no me escucharan, o quizás sólo hablé para ella, no fue un rezo, no fue una oración fúnebre, fue un sueño. A ese cuerpo de cera muerta me atreví a contarle un sueño. Pensé que la muerte no la profanaría, porque a ese cuerpo no lo alcanzaban las profanaciones, aunque la trasladasen como una muñeca por todo el mundo. Ella se acerca caminando. Nos separa un río. Ella está en la otra orilla. Es un río cenagoso y estrecho de tal manera que un bote que está atravesado horizontalmente ocupa todo lo ancho del río. A los costados hay malezas y piedras. Me llama desde el otro extremo del río. En ese momento me doy cuenta de que estoy desnudo; avergonzado, corro a ocultarme detrás de los arbustos. Mi única preocupación es recordar dónde he dejado la ropa. Miro hacia un extremo del río y me doy cuenta de que éste comienza a crecer. Es época de inundaciones. Ella está con un vestido floreado. Tiene estampadas todas las flores del mundo. Al menos las que le gustan. Magnolias, jazmines y violetas, y en ella estaban todos los perfumes del mundo. En un momento deja de llamarme, se da vuelta y se marcha. La veo alejarse sin poder hablar. Los remos del bote yacen abandonados en una de las orillas como manos inútiles. Igualmente, en ese río no hubiese

podido remar. Tampoco nadar. Leo el nombre del bote, o puedo descifrar lo que está escrito. Recuerdo que era un paisaje gótico. Un yermo borrascoso. Sólo que del otro lado del río. Como si en todo el sueño hubiésemos estado en paisajes diferentes. El río se ha vuelto navegable y el bote está aguardándome. Los remos se hunden con dificultad en ese río pantanoso y palúdico, hasta que una nube de mosquitos me envuelve con un sonido de aguijones. Me despierto.

—Pero ¿por qué? No puedo entender por qué.

—¿Por qué habrías de entender en un instante algo que a mí me llevó muchos años? Si fuese así, creerías en las revelaciones. También yo, a mi manera, escribí una historia. Montones de hojas que fui rompiendo a medida que me daba cuenta de que no encontraba la razón principal. Me llevó tiempo esbozar una explicación consistente, no por falta de meditación, sino tal vez por haberme excedido en ella. Primero podría decir que no fue por motivos políticos que inventé esa historia. En ese momento debía ser una de las pocas excepciones que un puesto de esa naturaleza no estuviese ocupado por una persona con fe partidaria. Quizá mi carácter siempre ha sido muy afable. Tal vez el tono de mi voz. Nunca desconocí que tenía un efecto cautivante, podría decir que su encanto residía en ese tono neutro, desapasionado, eso fue quizá lo que me salvó.

—La voz justa para anunciar un hecho de esa naturaleza.

—Sí, algo de eso pensé. Pero para mí no fue una oración. Tampoco fue algo que estuviese exento de emoción. Podría decir que sólo fue un comunicado.

—Sí, pero el peso de la historia. . . Los acontecimientos que sobrevendrían después de su muerte.

—Nada de eso tuvo importancia para mí. Es verdad que de todo lo que fue pasando nada tuvo que ver con el

momento exacto en que pronuncié aquellas palabras. La pesadilla comenzó después. Con el correr de los días, de los años. Creo que fue hace poco, cerca de la muerte, cuando descubrí la razón de esa pesadilla. No era un secreto porque no se trataba de nada oculto, no significaba para mí un instrumento de poder. Tampoco es una confesión. Aquello que se entiende estrictamente como una confesión. No espero, ni quiero, absolución alguna. Primero lo adjudiqué a una lógica supersticiosa, lógica a la que soy proclive, y a partir de esa perversa causalidad quiero explicar el mundo. Yo odiaba lo que esa mujer representaba. Ni siquiera por razones políticas; podría decir, sin riesgo a equivocarme, por cuestiones estéticas. Una aversión exagerada, demasiado apasionada, seguramente producto no de mi juventud sino de mis lecturas.

—Pero ¿y su sueño?

—Es obvio que en el sueño ella aparece como una heroína de *Cumbres borrascosas.* Al menos ése es su paisaje. Bueno, quizá nunca dejó de serlo. Pero esto último me parece una frivolidad que hoy no puedo decir sin que me pese. No creo en el pecado sino en las consecuencias del pecar.

—En todo caso tenía a la Iglesia de su lado. Hubiese encontrado un viático espiritual en cualquier confesionario.

—Tal vez la historia me llevó a eso. Cuando digo la historia, quiero decir que no fue el arrepentimiento. No se trata de una cuestión estrictamente filosófica. Quiero decir que fueron dos momentos diferentes. En el primero, la frivolidad me empujaba a rechazar ese estilo para mí degradante; en el segundo, la ética se impone a la frivolidad. Simplemente, quizá no por la belleza de mi voz, sino por los rigores del cuerpo. Cuando se ha vivido en medio de vacilaciones tan profundas, la vejez se vuelve cruel, deja sentir todo su peso. Sería preferible incluso que uno hubiese sido un idiota todo el tiempo. Pero esa

vacilación a la larga inclina la balanza hacia uno de los extremos.

—Pero esa desaparición, ese retiro voluntario.

—Bueno, no únicamente por eso, ni tampoco absolutamente voluntario. A veces la historia ayuda a justificar una causa personal. Después de la caída todo tomó un giro inverso, hubo persecuciones. Mucha gente tuvo que dejar de actuar. Un cambio de política nos enfrentaba con nuestras posiciones. La política cambia una vida. El mundo tomaba un giro diferente al que hasta entonces había tenido. Sin embargo, la gente seguía conservando cierto espíritu, no se quebraba fácilmente. Quizá para mí eso tuvo el carácter de una revelación. Quizá sea un pensamiento un poco místico para disimular mi cobardía o tal vez la admiración que me despertaba el hecho de que hubiese cierta fortaleza de espíritu.

—Le quedaba su voz.

—Sí, mi voz hubiese podido salvarme nuevamente. Yo no estaba comprometido y tenía amistades entre los que habían triunfado. Sí, fue una cuestión ética la que me impidió seguir. No sabría decirlo. Ahora, sería otorgar a una decisión el peso que quizás en ese momento no tuvo. Siempre es difícil reflexionar sobre los actos del pasado desde un presente en que los años van modificando la razón de una decisión. Uno se siente más inclinado a otorgarle una razón determinada. Quiero decir que, a veces, se obra de acuerdo a la imagen que uno se ha hecho de sí mismo. Quiero decir que ya no recuerdo, que quizás hubo un poco de azar, que nada fue tan calculado, tan definitivo, sino algo que se fue sedimentando con los años. A veces pienso que sólo se trata de un juego perverso con mi propio pasado. Sabés que estamos cerca de la isla de los experimentos atómicos. Unas paredes cósmicas y lunares. Un sueño de grandeza. No puede haber un sueño de grandeza que no se acompañe de un paisaje

majestuoso. La curiosidad y el tedio hacen que los turistas viajen hasta ella. Para mí es un viaje muy particular. Esas paredes heladas permiten una acústica casi perfecta. Estar en ese lugar me produce una sensación muy particular, incluso cierto temor. Siempre traté de explicar nuestro pasado desde un desierto seco, caluroso. Sin arquitectura, sin plantas y sin rocas. En el sur estaba la nieve, ella me trajo hasta aquí. Regina me acompaña. Me espera en el hotel. No puedo explicarle lo que siento. Porque la senilidad no me impide todavía no darme cuenta de que la voz no es la misma. Tampoco he perdido la razón para ignorar lo que hago. Al contrario, en ese momento me invade una lucidez absoluta.

—Pero, ¿qué busca?

—No busco nada, ni siquiera un eco. Sólo voy a repetir esa frase. Las veinte y veinticinco, hora en que Eva Perón entró en la inmortalidad. No diría que la repito para mí mismo, sino para ese paisaje, para esa inmensidad que se abre ante mis ojos. Dicen las malas lenguas que ya me han oído y que hasta hay algunos que esperan mi viaje para poder espiarme. Para mí, no cambia nada, estoy absolutamente solo. Yo y el mundo en una extraña comunión.

—Eligió un lugar que es un símbolo. Tiene que ver con el pasado.

—Ningún símbolo, para mí sólo se trata de la acústica, las paredes heladas. Durante el viaje voy recordando cada detalle. Voy reviviendo las sensaciones que acompañaron a aquel hecho definitivo. Bueno, esto no puede resultarte extraño porque recordaste el perfume de aquella flor. Quizás en medio de esas paredes hay como un frío que llega hasta el alma. Una tumba de hielo donde podría conservar mi voz. Para ir hasta la isla tardo un día. Primero tomo un tren. El resto del camino lo hago en automóvil hasta llegar al lago donde tomo una lancha.

A veces el agua del lago está helada y no se puede navegar. Entonces alquilo una pieza en un hotelito alemán y me quedo unos días hasta que el lago se vuelve navegable. Me gusta encontrarme en medio de esa colonia alemana. Los oigo hablar e ignoro lo que dicen. Es raro escuchar a alguien e ignorar lo que dice. Uno los mira desesperadamente a la cara tratando de adivinar qué es lo que están diciendo. Con el hombre que conduce la lancha solemos tener largas conversaciones acerca de la isla. El estuvo en la época de los experimentos y de la construcción mayor. Recuerda haber visto nubes púrpuras iluminando el cielo. Recuerda diez mil pescados muertos flotando en la superficie del lago. Casi se podía caminar sobre ellos. Le pregunto acerca de la geografía de la isla, sus animales, las piezas de caza, las especies que se extinguen, el nombre de los árboles y las plantas. Mi intención es escribir un libro haciendo un relevamiento topográfico. Un libro donde lo científico forme parte de la memoria. Suelo quedarme algunos días en la isla. Me la paso tomando notas. Por la mañana me gusta leer las notas del día anterior, después camino hasta el lago. Muchos años busqué en el agua la clave de aquel acto por el que decidí abandonar mi profesión. No me resultó fácil. Tenía éxito, cierto dinero, un lugar social. Tampoco fue algo repentino. Fue una serie de pequeños sucesos que se fueron acumulando hasta llevarme a aquella decisión. No es que no intenté seguir. Pero no podía hablar. Olvidaba las letras. Todo me resultaba banal. Nada podía tener el peso de aquello que había dicho. Ni la misma solemnidad, ni la misma emoción. Los primeros días oía mi propia voz y me estremecía. Prefería oírla entre desconocidos. Entrar en un bar, en un lugar en que a esa hora inevitable se iba a oír mi voz. Ellos no me conocían. Yo estudiaba cada una de sus facciones. Desagrado, hastío, ternura. Algunos hasta apagaban

la radio. Yo me volvía cada vez más anónimo. Viajé por la provincia de Buenos Aires. Ya era distinto, la voz tenía el mismo peso de la naturaleza. Casi venía del cielo. Si no la hubiese reconocido, hubiera dicho que era celestial. Era una ceremonia densa, parsimoniosa, como se hacen las cosas en el campo, con esa perplejidad donde a la vez parece que se dispusiera de todo el tiempo del mundo y por otra parte se tuviera conciencia exacta del tiempo. Cada minuto es ése y no otro. Eso fue quizá lo que me llevó a alejarme de allí. Mi voz era cada vez más pública y yo resultaba cada vez más anónimo. Me producía cierta extrañeza, yo no perseguía el éxito, era que esa voz ya no me pertenecía. Tampoco se trataba de la inmortalidad. Ella sí había entrado en la inmortalidad y mi voz se disolvía lentamente. No me asustaba el anonimato, es más, lo prefería. Lo que me hizo retirar lo descubrí muchos años después de que conté aquella historia. Yo estaba frente a las aguas del lago mientras veía cómo el hielo comenzaba a resquebrajarse. Mientras esperaba la lancha que me llevaba hasta la isla, me di cuenta de que en esa frase que yo le había adjudicado a Eva había algo de verdad, sólo que al revés, era mi destino el que ya nunca más habría de separarse del de ella. Mi voz habría de quedar para siempre ligada a aquellas palabras. Era como si llevase la inmortalidad en la voz pero estando vivo. Si hubiese sido actor, o tal vez cantor, habría podido decir otras letras, otros parlamentos. Esa frase la llevaba conmigo. Era como arrancarse un animal de adentro. La espina en la carne. Y ese día cuando arrojé una piedra y el hielo se resquebrajó, me di cuenta de que por más que la piedra rasgase la cortina helada la superficie pertenecía a otra más vasta y así sucesivamente desde la más ínfima laguna hasta el océano. Así era la relación de mi voz con esa frase: una piedra arrojada en un lago infinito.

Presiento que es el final de nuestra conversación. Néstor se dirige hacia un almanaque que está colgado en la pared y busca una fecha marcada con un círculo rojo. Como si se hubiese olvidado de mí, enciende la radio. Se oye música. Mueve la perilla de manera vertiginosa. Intuyo lo previsible, ahora busca su voz en el éter. Sin embargo me equivoco, oye el informe meteorológico. Probablemente espera que haya buen tiempo para viajar hasta la isla.

Patio español

Desde la ventana enfoca con la cámara la cúpula de la iglesia rusa. Rusa ortodoxa. La están refaccionando, parece que van a pintarla. Vuelve a mirar a través del lente, y la vidriera de la casa de buceo deportivo se aproxima. Entra de ese modo en la intimidad de esas carpas, de esos botes inflables donde ve asomarse la escafandra de un buzo, lo ve erguirse con un arpón en la mano. Un poco más allá, unas patas de rana han abandonado a un hombre. Todo está muy sucio y descuidado, en un estado de ruindad poco apropiado para la precisión técnica que exigen esos instrumentos. Observa al vendedor detrás de un largo mostrador de mármol, un coral blanco y pegajoso que le impide moverse. Se ahoga en su negocio. Se hunde con su propio barco.

Ha adquirido la cámara en su último viaje. Vuelve a desviarla a una puerta que se abre a la oscuridad y al misterio de un patio español. Piensa cómo su hermano mirará el mundo a través de ese ojo. Nunca podrá adivinarlo.

Arturo abandona la máquina en la mesa y se dispone a mirar las ilustraciones del libro de botánica que ha traído para el otro hermano. Los espera mientras mira esos croquis, esas extrañas ramificaciones. Y piensa en su garganta. La garganta de un tenor siempre está ame-

nazada por ramificaciones. Esos tubérculos podrían proliferar y los líquenes aferrarlo al mármol blanco del enmudecimiento.

Se aleja de esas figuras de nombres incomprensibles, quiere olvidar las ramificaciones. Una colección de óperas, otra de las cosas que ha traído en este viaje, lo distrae un momento, pero el temor de perder la voz reaparece. Su voz, otro liquen en el fondo del mar.

Oye voces. Hubiera pensado en la suya si no fuese porque recordó en un instante los lamentos y los cantos que provienen de la estepa sonora y que cada vez que los oye lo sobresaltan. "Siempre están refaccionando la cúpula, me voy a morir y van a seguir refaccionándola", murmura quedamente. "Voy a morir en la estepa blanca y sonora. No en la que imaginé muchas veces, esa estepa silenciosa, a lo sumo con un lejano aullido de lobos. Mi ojo dentro de la cámara. Mi voz dentro de la cámara."

En la otra habitación su mujer canta música *country*. Su mujer, envuelta en sahumerio y vestidos vaporosos. Al verla pasar recuerda aquella insolencia de la juventud oculta ahora por las telas vaporosas, y experimenta cierta nostalgia. Ahora, sólo su voz se conserva firme y juvenil. No sabe si odia más esa carne que se corrompe con los años, esa flaccidez que aguarda detrás de los pliegues, o la voz que aún conserva intacta. La guitarra aumenta la vejez de esas manos custodiadas por el oro y por un bestiario de anillos en movimiento. Cada uno representa un símbolo astrológico, como si todo el cielo estuviese en sus manos. Esa voz desperdiciada en un Oeste desértico, exaltando de manera melancólica antiguas marcas de automóviles, estaciones de servicio o gasolineras. Ese gótico moderno de las figuras de Hooper. La resignación al ras del macadam.

Además de sus hermanos, espera más gente. María Martín, una blusera. "¿Conocés Memphis?", le preguntó

alguna vez. Y él respondió que sí. La voz del Mississippi, una voz oscura que sale desde la profundidad del río. *La octava maldición.* Un barco jugador, un viejo rugido de aletas. Ella lo saca de la confusión. Memphis es un conjunto de bluseros. Ella es guitarrista y cantante. Su padre fue un famoso director de cine. La blusera siempre llega con la guitarra y un manto negro. Un manto negro, verdaderamente, la cubría. Un manto negro de historias amorosas. Historias con actores y boxeadores, hombres que, al final, siempre aparecen quebrados. Ella pone la vida de esos hombres en las canciones. El le temía hasta que terminó por considerarla una amistad de su mujer. Sabe que lo admira por su voz, pero nunca se animó a decirle que no trajese más el perro a su casa. No puede entender cómo alguien puede tener un animal tan grande. Por otro lado, su mujer con esos animales brillando en las manos, el destino siempre en movimiento. María Martín con esa bestia negra pasea por la casa. Esa y alguna otra gente es la que espera.

Su mujer le contó lo sucedido durante su ausencia, pero él no sabe cómo hablar con su hermano; en realidad, nunca supo hablar con ninguno de los dos. Es verdad que con el botánico tiene más afinidad, es tan sensible a las cosas de este mundo que siempre termina por estar en otro lado. Le fastidia que venga acompañado de la mujer. Ella y su facilidad para hablar de cosas tan diferentes con el mismo tono terminan por irritarlo. Su hermano mirará el libro nombrando cada especie por el nombre científico, mientras ella le preguntará cada vez el nombre vulgar.

Su mujer se lo contó. El sólo le dijo que la Navidad había pasado hacía mucho tiempo. Ahora rogaba que su hermano apareciese antes que la blusera hiciera su entrada con la bestia shakespeariana. ¿Cómo contarle a su hermano, tan sensible, lo que había pasado con el

otro, con el menor? Su mujer se lo dijo de la misma manera que cantaba *folk*. La balada de Francis James. La cantaba por la casa. Francis James quema a su mujer. La quema con el cable de la Navidad. Con el cable del arbolito la sacude y ella se ilumina como si fuera el arco iris. Así le cantaba su mujer la balada de Francis James, su hermano Francisco Jaime, mientras él se preguntaba por qué con el cable de la Navidad, y hasta llegó a pensar que la mayor crueldad consistía en que fuese con el cable del arbolito. Un cable que se usa para las fiestas. ¿Y dónde había estado él para la Navidad? Se pone a pensar qué le dirá a Francisco cuando atraviese esa puerta. Mientras Maggie continúa la balada que cuenta cómo Francis James vendió en una casa de empeño la máquina de fotos que su hermano le trajo del Oeste.

Primero llega la blusera, la blusera envuelta en llanto. Y su mujer, acompañada por la guitarra, la recibe cantando. Y cantando le pregunta por el manto negro y por el llanto. María Martín le cuenta cómo le han robado la guitarra. Fue a la salida de la Roca azul donde fue a cantar. Fue a comprar cerveza con un hombre, y su hermana y unas amigas se encargarían de llevarle la guitarra. Fueron ellas las que se la olvidaron en un taxi. Era eso, ellas se la olvidaron y el chofer se la robó. Arturo quiere hacer lo posible para que la recupere. Averigua el color y la marca del automóvil. Ella no vio nada y no recuerda nada. María Martín en serio se quiere matar. La guitarra había sido de un cantor famoso; el padre, director de cine, la había usado en una de sus películas.

El tenor insiste en consolarla. Puede prestarle una guitarra española. Española o criolla no importa, tiene que ser eléctrica para que María Martín pueda cantar sus blues y baladas. El insiste una vez más hasta que su mu-

jer lo lleva aparte y le susurra al oído para que María Martín no pueda oír lo que ya sabe.

—La guitarra estaba llena de blanca.

—¿Blanca?

—Sí, blanca.

—¿Mucha blanca?

—Mucha para lo que ella puede disponer. Ahora tiene que comprarse una guitarra y devolver la blanca.

—¿Devolverla?

—Sí. Gramo por gramo. Línea por línea.

—¿Pero si era tan valiosa cómo se confió?

—Por un hombre. Perdió la cabeza por un hombre.

—Es raro que le haya pasado eso. A un artista nunca debería pasarle.

De los dos hermanos, el menor es el primero en llegar. Cuando Arturo le entrega la máquina, Francisco enfoca la iglesia rusa. Entonces Arturo le sugiere visitarla.

—Tal vez podamos tomar fotografías de la cúpula.

—¿Para qué? —pregunta Francisco—. Para qué visitar una iglesia que están refaccionando, no tiene sentido visitar una iglesia que están refaccionando. Ni siquiera visito las que no están refaccionando.

Para Arturo el argumento es inapelable. Francisco le pregunta por la Cuarenta y dos y la Séptima. El pecado y la electrónica. Arturo se recompone y elabora una de sus frases filosóficas: el pecado electrónico. El otro insiste y pregunta por precios y modelos, por largavistas y muñecas.

Con la llegada de Carlos todo se vuelve más apacible. Al ver a su cuñada envuelta en sus vestidos le dice: —Sos como un jacarandá florecido, Maggie. El violeta haciendo juego con el rosa, la combinación perfecta. Dos flores en un mismo árbol. Un tenue perfume de jabón

florido y la dureza del mármol. Si no fuese por tu voz... Tu voz te devuelve el paisaje urbano. Y tus ojos son octubre en Leningrado. Enfrente, el parque. Los cadáveres y la gente atravesando la calle. Sólo por la voz, los vivos se distinguen de los muertos.

Arturo lo interrumpe: —¿También escuchaste los lamentos dominicales?

—Yo vengo de las landas, Arturo. Vengo de los húmedos pantanos. Del país de los mirtos, de Brabante, donde una sombra de hojas dentadas se agita con el viento. No vengo del Oeste. El Oeste te pertenece.

—Del Oeste traje este libro, la *Althea Rosea.*

—¿Qué hace esa flor del desierto en el Oeste de piedra? Aunque ellos también tienen su desierto. Esas mañanas de domingo. Una mujer sentada en la estatua del parque, si no fuese porque se apartaba algo pegajoso de la cara, como si tuviese una babosa en la frente, parecería que formaba parte de la piedra. Me lo contó un amigo, alguien que conoce bien esa ciudad. Algún día debería visitar su flora.

—Bueno, nosotros también tenemos la nuestra. ¿No es cierto, Francisco? Para Navidad tenemos los árboles cargados de regalos. Y las luces se prenden y se apagan. En el Oeste los árboles iluminaban la noche como si la Navidad estuviese en la calle.

—¿Y adentro?

—Adentro, querido Francisco, cada uno por su lado. Pero cada Navidad tiene su estrella, como cada árbol tiene su ahorcado.

—No entiendo lo del ahorcado. ¿Es por el Tarot? dice Carlos mirando a sus hermanos.

—No se trata de ninguna baraja —responde Arturo—. Preguntale a Francisco. A él que le gustan tanto los automóviles, los cables, la electrónica. ¿Y tu mujer, Francisco? ¿Ella también tuvo su Navidad?

—Sí, y su regalo. Le compré un cuchillo electrónico. Brasileño. No sé si le va servir para carnear los chanchos.

—¿Todavía los tenés?

—Sí. Y engordan. Los últimos me los trajo el chueco antes de morirse.

—¿El chueco murió? —pregunta Arturo sorprendido.

—Sí, murió en el auto. Chocó contra la columna de luz y se quedó música. Música porque llevaba el auto cargado de estéreos. Música robada. Y cuando se estrelló se empezaron a oír todas las músicas. Como si su muerte hubiese sido un baile. Un popurrí. Venía por la Panamericana. Escapaba de la policía a la que ya había dejado atrás muchos kilómetros antes. Le falló el corazón. Roberto venía atrás. En otro automóvil. Se bajó y se dio cuenta de que el chueco estaba muerto, sacó los estéreos que no se habían roto y se los llevó a la viuda. También la plata. No tocó ni un peso ni un estéreo. Eso sí, la música no se la podía sacar de la cabeza. Pero no tocó nada porque al chueco todos lo querían en la Villa de los perros. Porque conseguía todo lo que necesitabas. Necesitabas un chancho, y tenías un chancho. Necesitabas llantas y al otro día las tenías. ¿Y saben por qué en la Villa de los perros todos lo querían? Porque siempre robaba en otro lado.

—¿Era joven el chueco? —pregunta María Martín.

—Tenía mi edad. ¿Acaso yo no soy joven todavía? —responde Francisco ignorándola porque habla con una desconocida, extraña a sus costumbres.

—Pero no entiendo qué tiene que ver el chueco con Navidad —dice Carlos.

—En la última Navidad el chueco me regaló un Rolex. Un Rolex de verdad. Me preguntó: "¿Qué querés para Navidad?". Y yo le dije: "Me gustaría un Rolex, eso sí me gustaría". Y para Navidad me trajo un Rolex. ¿Y saben qué me dijo? "Ahora sí que tenés muñeca."

—¿Y si tomásemos fotos del patio español? Para probar la cámara. Así te enseño a manejarla. —Le dice Arturo a Francisco, como si estuviese urgido por usarla.

—A Arturo no le gusta hablar de la muerte, siempre cambia de tema. Pero ¿para qué fotografiar un patio español o una iglesia? Si la tenés enfrente todo el día. Uno saca fotos de aquello que no va a volver a ver.

—Nunca más voy a volver a ver la guitarra —dice con pena María Martín.

—¿Tenías alguna foto? —pregunta Arturo irónicamente.

—No es para reírse. ¿No es cierto que no es para reírse? —dice la blusera mirando a los otros dos hermanos. Mientras se pregunta por qué las mujeres siempre la dejan sola con los hombres.

—A nadie le gusta que le roben —contesta Francisco, sin mirarla, como si no se dirigiese a nadie.

Arturo le propone a sus hermanos dar un paseo por el parque. Quiere hablar con Francisco del asunto de la Navidad. No sabé cómo decirle, cómo insinuarle, cómo introducirse en su crueldad. En realidad se siente más apenado por la distancia que existe entre ellos que por lo que le sucedió a la mujer de Francisco.

Se sientan en el Británico y toman café. Arturo le pregunta a su hermano si es verdad lo que le han contado acerca de lo que ocurrió en Navidad.

—¿Quién te lo contó?

—Eso no tiene ninguna importancia. No se trata de quién me lo contó sino de lo que pasó realmente.

Mientras tanto, Carlos busca en los frondosos árboles del parque, un nombre, una referencia, para entender lo que sucede a su alrededor. Impulsado por la insistencia de Arturo, él también se atreve a preguntarle a Francisco

qué había pasado en la Navidad. Y un antiguo aroma a pinos invade sus sentidos. Era de noche y debía atravesar una calle rodeada de pinos. Entonces hablaban de Mondragón, aquel hombre que aparecía entre los árboles. Un dragón arrojando fuego por la boca. Pero si perseguía a las mujeres, ¿por qué debía temer él que era un hombre? Un hombrecito, como decía su madre. Y quizás eso era lo que lo asustaba, que él no sabía bien qué era un hombrecito. Entonces se embriagaba con el perfume de los pinos. Podía distinguir a cada uno por su aroma. Sabía en qué lugar de la calle se encontraba con sólo aspirar el perfume. Después, con los años, cuando descubrió el hotel de citas que llevaba ese nombre, presintió que su vida sexual había seguido un destino particular por esa conjunción del dragón con los pinos. Un bosque de hadas encantador y terrible.

—Pero entonces, ¿es verdad? ¿Es verdad que maltratás a tu mujer? —pregunta Arturo con una voz de tenor que amenaza hacer estallar los cristales, como si todo el vidrio del mundo estuviese a punto de quebrarse.

"Es un tenor haciendo su papel, si pudiese recordar de qué ópera. El tiene su parlamento como yo tengo mi rosa, pero los dos olemos a podrido", piensa Carlos mientras escucha hablar a su hermano y observa cómo Francisco mira hacia el parque como si ignorara lo que se dice a su alrededor. Aunque de pronto se vuelve hacia Arturo y le responde, incluyendo también a Carlos porque desvía hacia él su mirada.

—Ahora que tengo la máquina, la próxima vez les voy a mandar una foto para que vean cómo lo hago. Con lujo de detalles. Una postal para las fiestas.

Después de esas palabras permanece en silencio. Uno de los hermanos decide que ha llegado el momento de irse. Cruzan la calle y comienzan a atravesar el parque. Se encuentran con un espectáculo de mimos. Las más-

caras blancas gesticulan delante de un público desconfiado.

—Siempre buscan plata —dice Francisco a su hermano Carlos.

En el medio del parque se encuentran con las tres mujeres que habían salido antes de la casa. La mujer del botánico, Cristina —él siempre le ha reprochado que no tuviese el nombre de una flor—, trata de hallar en la feria artesanal una joya fina y valiosa que nunca encontrará en ese lugar. Busca ávidamente algún objeto decadente. Al final se desilusionará en medio de ese cuero crudo que huele a nuevo y está tan lejos de lo antiguo.

Maggie canta *country* en ese Soho del sur. Imagina un parque cubierto de nieve a la sombra de edificios gigantescos.

María Martín esta vez viene acompañada con su manto negro.

Francisco se acerca al animal. Es como si se oliesen. Simpatizan mutuamente. Confiado, el perro se deja acariciar. Francisco mira a la mujer y piensa que si tiene un perro no debe ser tan extraña. Entonces le habla por primera vez. Le habla a ella, a María Martín; no le importa que los otros estén ahí. Ni la iglesia rusa, ni el patio español, ni sus hermanos y sus mujeres. Le toma una foto, después le habla.

—Es una lástima.

—¿Qué es una lástima? —le pregunta ella.

—Una lástima que el chueco se haya muerto. ¿No es una pena que el chueco se haya muerto?

—¿Porque era tu amigo?

—Sí, eso también. Pero no es por eso que lo digo.

—¿Entonces?

—Digo que es una lástima que el chueco se haya muerto.

—Eso ya lo dijiste, pero no entiendo.

—Dije que era una lástima. Eso fue lo que dije. Porque si el chueco no se hubiera muerto, si estuviese vivo, seguramente te habría conseguido otra guitarra.

Un monedero de terciopelo azul

Atravesamos el río en lancha; está oscureciendo y hay que aprovechar el resto de luz que aún le queda al día, mirar el paisaje antes que desaparezca. El camino de la glorieta que lleva a esos santos barrocos martirizados por el agua que incesantemente gasta la piedra de sus pies.

Al llegar al embarcadero, tomo a la anciana de la mano para que pise suelo firme. La vieja dama pasea su andar vacilante y orgulloso. Quiere llegar hasta las aguas del Uruguay. Pero antes nos detendremos en el hotel decadente que conserva de su antiguo esplendor un ruinoso casino. Carmelo, un antiguo aguantadero de tahúres y exiliados, se ha convertido ahora en una pujante ciudad donde se fabrican motos, las Suzuki que atraviesan día y noche las calles silenciosas con un rugido extraño que interrumpe la siesta.

Ella pide descripciones exactas. No se conforma con vagas referencias. Todavía queda un poco de luz y tal vez podamos llegar hasta la reserva de animales, en otros tiempos tan majestuosos que parecían estatuas. Hoy sólo quedan unos pocos cisnes y unos viejos ciervos que recuerdan a un tapado de piel gastado. Hace unos años llegó a haber un leopardo. Los jugadores mantenían con su dinero un zoológico privado. Estaban siempre dor-

do osamentas, pieles y hasta un pavo real del cual todavía se oye el canto, y cuando abre las alas los jugadores van a leer en los miles de ojos azul dorado de esas alas las cifras de su suerte. Muchas fortunas se perdieron en un abrir y cerrar de ojos. Cosas de otro tiempo. Conversaciones de antaño entre jugadores empedernidos a la sombra de los álamos.

Hay que mirar el paisaje antes de que la oscuridad llegue hasta la catarata de sus ojos. A esas aguas del color del río que hoy amenazan con cubrirlos. Cada instante que pasa el paisaje se achica un poco más para los ojos de la anciana. Hay que llegar hasta el final del viaje, a Palmira. Pero antes, la abuela quiere recorrer el camino que por última vez recorrió su hermano antes de ser ultimado en esas mismas aguas por cuestiones de dinero. Una pelea a cuchillo entre jugadores de naipes, dados y ruleta. Al cuerpo lo encontraron flotando en el río, enredado entre los líquenes que vestían los pies de los santos, como si en un postrer acto de arrepentimiento la cabeza se hubiese inclinado a besar la piedra.

Cuando el Paraná todavía no hace cruz con el Uruguay, cuando el ruido del motor confundido con el agua apagaba su voz, empezó a revelarme la historia de su hermano y aquella antigua pendencia por las tierras.

Tengo la absoluta certeza de que ella quiere ver alguna cosa con sus propios ojos. Pensé en las tierras y las cruces. En ese exiguo promontorio que en su relato parecía un continente. Antes de su muerte quería ver el primer paisaje de su vida. Contarme la historia de esas tierras. El dinero que por su venta habíamos esperado tanto tiempo. Ese dinero que antes de recibirlo ya habíamos invertido en las cosas más diversas. La Gilera, los dientes de porcelana de la abuela y una bóveda para el abuelo. Con los años se fue resignando. Para qué tanta plata en la boca de una anciana, ya en su vejez sólo que-

daba esperar su propia muerte y construir una sola bóveda. Tal vez por eso me pregunta por las motos.

—¿Son Gileras?

—No, son Suzuki.

—¿Cuál es la diferencia?

—Son más potentes, más veloces.

—Entonces son más caras.

—Sí, son más caras.

—¿Cuánto más caras?

—No sé, me olvidé cuánto valían las Gileras.

—Eso sí que es raro. ¿Cómo alguien puede olvidar el precio de lo que quiere?

Eso conversábamos en el río; cuando atracamos en el amarradero me pidió que fuésemos un momento a la glorieta. Aprovechando todavía la luz de la tarde, se desprendió de mi brazo y decidió caminar sola hasta donde estaban los santos y se inclinó para hacer una oración.

Recordé que durante unos cuantos años habíamos esperado la venta de esas tierras, que llegase el sobre con noticias de la isla. Una vez, antes de mi nacimiento, el hermano viajó a Buenos Aires; habían puesto un aviso en el diario buscando a Francisco López. Alguien que atravesara el río cargado de dinero y relatos misteriosos. Todo se resumía en una frase que me resultaba enigmática: paradero desconocido. Pero, entonces ¿dónde estaban verdaderamente esas islas? La abuela tenía recuerdos vagos, mezclaba los datos. Según su memoria, el origen se volvía una cuestión incierta. A veces era uruguaya nacida en Salto, otras una entrerriana nacida en Gualeguaychú y su lugar de origen iba de una costa a la otra como si dependiese del capricho de ese bote que la trasladó de una orilla a la otra cuando la bautizaron.

Recordé la visita a los cementerios viejos. El largo recorrido de la muerte hasta el cementerio israelita que se abría para mí como un secreto, ya que la muerte no es-

taba acompañada de cruces; eran otros muertos, otras tumbas. Piedra y mármol despojados, al ras. Ese secreto y esa atracción que me producía a la vez una vaga inquietud y me hacía marchar hacia donde la muerte se llenaba de caballos y de ángeles.

Ibamos a ver muertos. Llovía y a lo lejos se oían truenos. La abuela decía: —Se está cayendo el cielo.

—¿Adónde? —le preguntaba.

—Allá donde se pone más negro, más allá de los árboles, más allá del molino, donde se pierden los ojos, casi al llegar al tambo.

—¿Y qué es lo que cae?

—Piedras, rayos y maledicencias. Envidia de la gente. Yo tuve que padecerla. Muchos ojos. Ojeándome. Entonces corríamos a buscar refugio hasta que el cielo dejara de caerse.

Me envidiaban por la tierra, más allá del Delta. Frente a Entre Ríos después de atravesar el arroyo del Cuzco. Tantas tierras que de mirarlas se perdían los ojos. Una fortuna en maderas y naranjas. Teníamos un bosque. Tener un bosque despierta la envidia de la gente. Y allá cerca del Uruguay teníamos un bosque y una isla; está en el mapa. El amarillo para las naranjas. El marrón para los árboles y el color azul para ver por dónde llegaba el río. Viejas herencias, antiguas sucesiones. Nunca supimos quiénes habían sido los primeros dueños. Parientes lejanos, muy lejanos. Madrinas y padrinos. Están enterrados en la isla. Entonces se podían enterrar a los propios muertos. Aunque olvidé los nombres, todavía recuerdo el lugar de algunas cruces.

Esos ríos azules eran en realidad de un marrón desbordante. Hasta allí fui a buscar sus papeles perdidos. Una ciudad aun más pequeña que Carmelo. Hasta allí

llegué y me encontré con un río que carcomía el muelle. Siempre amenazante, como si todo el movimiento y la riqueza de esa ciudad muerta estuviese en esas aguas, que eran a la vez su posibilidad y su condena. No un río desbordante que tranquiliza sus aguas en faroles coloniales siendo preso de rejas barrocas destinadas a detener su movimiento. Nunca me sentí tan solo como en aquel invierno con mis pasos en la madera solitaria esperando que la mujer me fotografiara para llevarle ese paisaje desolado a mi abuela. Un cartel de Coca-Cola donde se podía leer Nueva Palmira. Que me sonó a Palmera porque eso fue lo que imaginé, un camino de palmeras que me conduciría hasta la isla de los López.

Visité la iglesia y busqué mis ojos en los ojos de los santos. Cuando quise mojar mis dedos en el agua bendita me encontré tocando unos anteojos que yacían santamente. Alguien se había vaciado de sus ojos en la iglesia. Busqué en la piedra de la antigua pila bautismal alguna huella que me hablase de mi abuela. Hablé con el sacerdote. Buscó en viejos libros pero no pudo encontrar su nombre. Se disculpó diciendo que él también era un recién llegado. Visité el juzgado de paz, la junta vecinal. En ningún lado aparecían los papeles de la abuela. Era el suyo un origen oscuro dispuesto a cambiar como el color del río. Porque si ella no lo había cruzado nunca, ¿qué otra versión me esperaba a mi regreso? ¿A qué otro lugar del mundo me iban a arrojar sus palabras?

Trataba de no perder detalle. La avenida de álamos que conducía hasta el puerto. Los sauces que bordeaban el río. Los jacarandaes que estaban frente a la iglesia porque pensaba que los árboles eran lo único que podía haber permanecido. Buscaba la naturaleza, quería llevármela en los ojos para despertar la memoria olvidada de la abuela. Busqué en los mapas. Conversé con la gente. Averigüé a qué altura estábamos de la costa de Buenos

Aires cuando por las noches hay tormenta y a la luz de los relámpagos se puede llegar a ver Escobar.

Quería escapar del río pero me era imposible. Como una serpiente enrrollaba la ciudad. Caminaba sin rumbo pero en algún momento me encontraba con el ruido del agua. Volví hasta el muelle, tratando de evitar que mis zapatos se quedaran clavados en los agujeros que el agua le había hecho a la madera. Miraba el río, y a lo lejos alguna vegetación. ¿Qué esperaba encontrar después de noventa años? Si ahora me parecía desierto, qué podían recordar esos ojos, casi cubiertos por las manos, de esa niña de tres años traída de algún lugar del Delta a la espera de ser bautizada.

En una pelea entre lancheros su hermano había encontrado la muerte en el puerto del Tigre. Después el agua arrastró el cuerpo hasta los santos. El era el único sobreviviente que podía traerle alguna noticia de la isla; tierras vendidas a los nazis que buscaban un oscuro refugio; aumentaba aun más el prestigio de aquellas islas. Como si por un instante me fuese a encontrar con extranjeros, antiguas bayonetas, granadas que como piñas pendían de los árboles y alguna sombra blanca que evocara en la oscuridad la forma de un paracaídas abandonado apresuradamente. Animales ocultos, como esas nubes blancas y temibles que eran cada carta que esperábamos. Esa carta que traería el matasellos de esa tierra extraña y familiar al mismo tiempo.

Sentado en un *pub* frente a una concesionaria Volkswagen veía pasar las Suzuki como flechas que le daban movimiento a esas casas detenidas en el tiempo. A los rostros de esas mujeres que detrás de los visillos de las ventanas miraban pasar a la gente, detenidas un instante antes de la muerte, confundidas ellas mismas con los retratos antiguos que cuelgan de las paredes, formando parte ya de esa galería de antepasados marinos, nombre

que le otorgaba un abolengo inédito a esa ciudad de pescadores.

Mi ómnibus estaba por salir. Pensé en el espíritu perverso de ese río que de a poco se iba tragando la ciudad. En los bancos solitarios y audaces que por ocupar un lugar de avanzada en el espigón han quedado reducidos a un esqueleto de madera. Las agujas doradas del reloj de sol, esa estrella de mar en medio de la tierra, se confunden con el color oxidado de los fierros que emergen entre los parapetos de cemento. Un río orgulloso y egoísta que todo se lo lleva y que sólo alguna vez devuelve un pedazo de madera. Un río mezquino que no devuelve un cadáver o los restos de un naufragio. Como si hubiese estado esperando que me trajese alguna señal, algún vestigio que viniese de esa isla. El monstruo combinado, la transgresión del elemento, la molécula descompuesta de un antiguo y fracasado experimento.

Pasaremos la noche en el hotel antes de seguir viaje a Nueva Palmira. Por la noche buscaremos la tumba del hermano. Después iremos hasta lo que queda de la isla.

Desde la habitación no se oye el graznido de las aves sino el silencio de los ciervos. No hay nada más inquietante que el silencio de un zoológico. El único ruido humano proviene de los pocos comensales que cenan en el restaurante del hotel y de los jugadores que prueban suerte en el casino.

En ese mismo casino, me entero por boca de la abuela, Ignacio se jugó el dinero de las tierras. Pocos días antes de que lo mataran. La abuela lo supo desde siempre y, sin embargo, seguimos esperando. Ahora ya no se puede esperar más. Por las cataratas. Quiere ver ese pedazo de tierra antes de que el mundo desaparezca de sus ojos. Después, sólo quedarán recuerdos. Recuerdos de cuando podía ver.

Le pido que me acompañe a cenar. Nunca cenamos juntos en un restaurante. Tomamos vino y los ojos de la abuela se ponen chispeantes. Está contenta. En sus ojos el fuego desplaza poco a poco a las cataratas.

En una ceremonia lenta, casi premeditada, en un afectamiento que quiere atribuir a su memoria gastada, me va entregando la historia de su hermano.

—Me vino a visitar unos días antes de su muerte. La última vez que viajó a Buenos Aires. Nos encontramos en el Tigre, en un recreo parecido a este hotel; también había una glorieta, pero no había santos sino una mujer desnuda. Era un hotel de citas. Recuerdo que él tomó una rosa que había sobre la mesa y me la puso en el pelo. En cada mesa había una rosa. Era muy galante. Recién después me di cuenta de que era una despedida. Por eso hoy vine a devolverle esa rosa a su tumba. Fue esa vez que me confesó lo de la plata. Se la había jugado toda. Mis otros hermanos ya hacía tiempo que habían muerto. Trató de consolarme. Era poco dinero. Yo lo miré a los ojos y le pregunté: "¿Te jugaste todas las tierras?". Porque para mí no era dinero, sino naranjas, bosques y madera. Era un enorme pedazo de tierra. Tomé su silencio como una respuesta y me fui sin saludarlo. El me alcanzó antes de llegar al amarradero y me volvió a entregar la rosa que se me había caído del pelo en medio de la conversación. Me quedé dos horas sentada en silencio, esperando la última lancha de la tarde. Nunca más nos dirigimos la palabra. El estaba sentado frente a mí. Hicimos el viaje de regreso como dos desconocidos y lo vi por última vez haciendo un gesto de despedida en el hall de la estación del tren. Ese día me juré que nunca más volvería al Delta. Sin embargo, la vista me hizo romper el juramento. Hoy he vuelto a devolverle esa rosa.

La invito a que me acompañe al casino. Estoy seguro de que me traerá suerte. Le pido que me susurre núme-

ros al oído. Ella se niega a hacerlo. Pienso en la jugada fatal del hermano. La dejo sentada en un extremo de la sala de juego y me pongo a jugar con suerte diversa. Gano y pierdo. Después de una hora me doy cuenta de que es bastante tarde y que ella debe descansar para que mañana podamos continuar el viaje hasta Nueva Palmira. Voy a cambiar las fichas que me quedan. Desde donde está me hace señas para que me acerque. Tiene en la mano un monedero de terciopelo azul que me parece recordar y que hace muchos años que no veo. Me lo entrega. Lo abro y me encuentro con una suma considerable de dinero. Mucho dinero para una anciana que nunca lo tuvo. Me pide que le compre fichas. Lo pide con tal decisión y autoridad que no me atrevo a contradecirla. Me dice un número, supongo que es el último al que jugó su hermano. Que esa tarde en el recreo, él le dijo el número al que se había jugado las tierras. Casi de manera automática coloco las fichas en el casillero señalado. Quiero que el tiempo se detenga. Veo brillar los ojos de la abuela con una luz desconocida. Está feliz. Veo en esa bola de metal todo el fulgor de la Gilera, toda la delicadeza de la porcelana, toda la blancura del mármol y el esplendor de la rosa. Miro cómo sus ojos quieren decidir el destino del pequeño metal que gira locamente.

Studebaker

Tres hombres están en el puerto aguardando la lancha de las doce que trae un contrabandista de Carmelo con el cual harán un negocio de pieles. Dos de ellos conversan y toman cerveza. También se ríen de manera estruendosa. El tercer hombre permanece abstraído. Contemplando el paisaje. Como está de espaldas al río, a veces se vuelve para mirar hacia él. De los tres, pareciera ser el único que realmente está esperando alguna cosa. Se entretiene contando las figuras de yeso que adornan el jardín de ese hotel que alguna vez fue lujoso. Cabezas de león, cuerpos de tigre a los que les falta algún miembro, garras, pedazos de yeso que se convierten en animales indefinidos. Con esos restos de piedra, trata de armar la forma de la esfinge. Su rostro es blanco, nada se puede leer en él. Recuerda haber estado alguna vez en ese mismo hotel, paseando con una mujer por esos mismos jardines; entonces, todo resplandecía, hasta el amor.

Los otros dos hombres acercan la cabeza como para contarse un secreto. En realidad, miran una foto sobre la que hacen comentarios jocosos. En la fotografía está uno de ellos junto a un automóvil negro. El paisaje circundante parece tragado por la inmensa mole negra. La figura del hombre es apenas un punto, casi una mancha ciega.

—Tuve un Studebaker, es verdad que tuve un Stude-

baker que heredé de mi padre —le dice uno al otro, casi con violencia, y apartando la cabeza deja de formar esa figura bifronte que ha atravesado ríos, burlado a la policía, desafiado la tormenta y la noche. Finalmente, se dirige al hombre que hasta ahora ha permanecido apartado de ellos, más que para interrogarlo para que certifique lo que acaba de decir.

—¿No es cierto, Sayago, que una vez tuve un Studebaker? ¿Que alguna vez viste los papeles?

—Sí, Trevor —le responde Sayago, lacónicamente, tratando de no distraerse en la cuenta en que ahora se halla sumido. Cree recordar que alguna vez Trevor le contó lo del Studebaker. Se lo contó en una ocasión mientras Trevor curaba un perro herido. Un dogo agusanado. Entonces, custodiaban un depósito de pieles. Zorros de la Patagonia para vender en Nueva York. Trevor era caritativo con los animales. Se lo contó mientras curaba al animal y esos gusanos blancos formaban extraños anillos en sus dedos. Vaya a saber qué figura, qué forma se apoderó de las manos de Trevor que se le hizo necesario contar lo del Studebaker. Porque fue como si el relato hubiera durado todo el tiempo en que esas hebras finas y delgadas recorrían el dorso de la mano y con delicada sinuosidad buscaban la palma pretendiendo quizás mezclarse con los hilos de la vida y entonces, por un instante, Trevor hubiese vislumbrado todo su pasado y todo su porvenir. Lo mismo que para Sayago en este momento esas hormigas negras que están recorriendo las fauces del león se superponen con los anillos blancos, formando una geometría de espirales infinitos donde se confunden el blanco con el negro, el negro con el blanco, haciéndole perder la cuenta.

Trevor busca en el bolsillo una billetera para guardar la foto. Con la delicadeza con que se guarda un pétalo o una mariposa. Un instante antes de guardarla la vuel-

ve a mirar y se pregunta, quizá por primera vez en su vida, por el paisaje que lo rodea. Dónde se habrá sacado aquella foto. Sospecha que en algún lugar del estado de Missouri. Nunca había pensado en eso, tan ocupado como estuvo durante todos estos años tratando de demostrarle al mundo que él era el dueño de ese automóvil.

Ante la insistencia de ese Jano descabezado, ese que los otros dos hombres llaman Garrido, que vuelve a dirigirse con insistencia a Trevor como provocándolo pero en realidad como si solo en medio del río, bajo el sol, no supiese qué hacer con su cabeza y buscase nuevamente acercarse a Trevor para formar un extraño ramillete de flores isleñas que hasta pueden confundirse con la maleza. Y, entonces, Trevor, para restaurar ese Jano primigenio, saca otras fotografías. Fotos tomadas en zoológicos. Trevor siempre aparece al lado de un animal. Un tigre, un leopardo, un jabalí.

—Me gusta fotografiarme en los zoológicos —les dice a los otros dos—. Tengo una foto en el jardín zoológico de cada lugar del mundo donde estuve. En Nueva Orleans hay un tigre blanco, tan blanco que las rayas doradas se pierden en el blanco, como si fuera de un solo color. También hay un gorila que cuando brama se golpea el pecho de tal forma que hace temblar la tierra y también el corazón. Ven, esa es la bestia. Saqué la foto en el crepúsculo, cuando estaba en silencio. Esta otra, en que la bestia me acompaña, tuve que esperar horas hasta que me la sacaran. Nunca confío mi cara a cualquier extranjero que anda por ahí. ¿Ven cómo en el tigre las rayas doradas se pierden en el blanco? Es tan perfecto que parece pintado.

—Seguramente tendrás una foto en Palermo. Con el monumento, la puta y el conscripto. ¿No es cierto, Trevor —lo azuza Garrido—, que te gustan más los animales que los hombres?

—Si ustedes observan con cuidado, se darán cuenta de que cada hombre tiene la cabeza parecida a un animal. Unos parecen pájaros, otros felinos, otros delicados ciervos.

—¿Y Sayago, a qué animal se parece? ¿A un delicado ciervo cornudo? Aunque un cornudo nunca es delicado. Sayago nunca nos terminó de contar qué pasó con aquella mujer de la cual comenzó a hablar, aquella vez cuando en medio del río, perseguidos por la prefectura, pensábamos que no íbamos a poder escapar.

—Sayago es noble como un oso. Un poco carnicero, un poco torpe, come de la misma manera que juega. Quizás un oso hormiguero, siempre con la cabeza hundida en algún pozo. Ahora, por ejemplo, no sé lo que está pensando. En cambio, por su insistencia, Garrido, por su avidez, por su perfil avaro, no encuentro nada más parecido a un carancho. Siempre volando en círculo, incansable, formando parte de la presa hasta confundirse con ella.

—Y Trevor Esopo, ¿cuál es la forma, cuál es la fábula, cuál la moraleja?

—Como los elefantes, conservaré el pudor de mi propia muerte. Como los lobos, nunca dejaré de estar al acecho; como los peces guerreros, sólo nadaré en mis propias aguas. Bueno, pero hasta ahora sólo les he hablado de los animales pero no de los zoológicos. Si hay tiempo les contaré la historia del zoológico. Pero no antes que Garrido acepte que soy el dueño del Studebaker. Puedo hablarles de la potencia del motor, de su velocidad, del color de la chapa, del cromado, del número de la patente, de la cantidad de veces que lo he jugado a la lotería. Todo eso que en la foto en blanco y negro no se puede ver.

—Es una foto de hace casi treinta años —dice Sayago, interrumpiendo esa fábula entre Trevor y Garrido. Co-

mo si él mismo fuese un animal superior que pudiese terciar entre ellos. Imponer cierto orden. Como si ante su sola presencia, ante su benignidad solícita sólo quedara obedecer naturalmente. Porque cualquier gesto excesivo, cualquier ampulosidad desmentirían ese mismo poder que él se ha arrogado.

—Estaba en Atlanta, Georgia, entonces todavía vivía Marylin. Ella estuvo una vez en ese lugar. Caminé por las mismas calles. Fui a bailar a los mismos bailes. Visité los mismos bares. Sólo que diez años después.

—No fue más que una actriz. ¿Por qué tanto entusiasmo, Trevor?

—No lo sé, Sayago. Es como una idea fija, siempre que tengo un ídolo me gusta seguir sus pasos. En mi juventud me pasó con un jugador de fútbol. Me transformé en su sombra. Casi podría decir que me hice su amigo: al menos me llamaba por mi nombre cuando iba a verlo entrenarse.

—No se pueden seguir los pasos de otro, Trevor, porque uno pierde los propios. —En cuanto terminó de decir estas palabras, Sayago se arrepintió. Como si él también hubiera entrado en la fábula que le habían propuesto y le hablase a Trevor con un tono sentencioso que ahora ya se reprochaba, trató de retomar el cauce de la conversación inicial. Restablecer el orden perdido porque él estaba ahí para garantizar con su sola presencia que el trabajo saliese bien. No había que apartarse del río como no había que olvidar la foto de la que Trevor hablaba. Mantenerse en la línea. Mirar el horizonte. Fue por eso que preguntó: —¿Y qué pasó con el Studebaker?

—Era de mi padre, él lo había comprado. Un día se murió del corazón. Así de repente, de un día para otro ya no estaba más. Yo creo que al principio el auto, verdaderamente, lo extrañó. Quiero decir sus cuidados, su mano. Cuando yo le tomé la mano, apenas pude disfrutar de él.

Garrido lo interrumpe: —Las lanchas siempre tardan en atracar. Tardan en llegar. Algún contratiempo siempre las atrasa. Aquí cerca del amarradero, parece que el río se vuelve más violento —también Garrido con el espíritu revuelto. Violento, intranquilo, casi moviéndose al ritmo de las aguas.

—Tal vez las aguas presientan la presencia del delito. Tal vez se agiten por el secreto de nuestra conversación.

—Siempre cerca del desenlace del negocio, Trevor es recorrido por cierta veta supersticiosa. No sé si es un verdadero arrepentimiento, una coquetería o un mero conjuro que encierra una cábala perversa —dice Garrido como extrañado por la reflexión que lo llevó a provocar a Trevor.

—Si dejasen de discutir, oirían el motor de la lancha. Todavía queda tiempo para que Trevor cuente la historia del Studebaker. Por otra parte, Lady Fire siempre nos ha traído suerte. Y por el ruido, poco falta para que la dama esté ante nosotros.

—Espero, Sayago, que nos ardamos en su fuego.

—No interrumpás de nuevo, Garrido; no demorés la historia que Trevor necesita contarnos.

—Es raro que hombres como nosotros podamos hablar de estas cosas y de esta manera. Es decir, que Sayago tenga razón, que se haya dado cuenta de que necesitaba contarlo. Tal vez por un ligero presentimiento, por una vaga inquietud de que cada vez pudiera ser la última.

—Demasiado sentimental, Trevor, para ser un americano. Acaso te avergonzás de un poco de sangre española o de un antiguo antepasado.

—No se puede ignorar, Garrido, que la superstición es un sentimiento y, como tal, es universal... y por lo que puedo oír, Lady Fire está cada vez más cerca para seguir interrumpiendo a Trevor.

—Estuve en una cárcel modelo. ¿Quién no estuvo de

joven en una cárcel modelo en esa parte del Estado? ¿Quién no ha cometido de joven un pequeño robo? Cerca de los dieciocho ya había cometido el mío. Eran reformistas, entonces, y querían probar que podíamos volver a ser como todos los hombres; nos enviaban a trabajar al zoológico; les dábamos de comer a los animales, limpiábamos las jaulas, cortábamos el césped, podábamos los rosales. A veces les regalábamos rosas a las mujeres que visitaban el zoológico. Según la cara y el rubor en las mejillas, sabíamos si eran para ellas, para sus hijos, para algún hombre, para un muerto o para que se marchitaran. Así aprendimos a conocer a las mujeres. ¿No era acaso una monstruosidad pedagógica? El paisaje dentro del paisaje. A nosotros nos trataban como a hombres, nosotros tratábamos a los animales como a animales, pero ese orden perversamente sutil hacía que poco a poco nos fuésemos diluyendo en el paisaje. No nos preguntábamos quiénes éramos afuera, sino quiénes éramos adentro. Ahora me doy cuenta, éramos las débiles rayas del tigre. El paisaje nos tragaba, no había diferencia entre el hombre y la bestia. No me refiero a una dualidad moral, sino a una regulación armónica de la especie. Nos mostraban como a esos animales. Había un orden cósmico que nos sobrepasaba. ¿Pero dónde residía la perfección del método? Si no estaba en la tarea de limpiar las jaulas, si no usábamos uniformes, si los números estaban bordados imperceptiblemente en las chaquetas, la inicial era una brújula para nosotros mismos. También teníamos permisos, respirábamos el efímero aire de la libertad. ¿Saben dónde estaba el secreto de meternos en ese paisaje? En que no supiéramos quiénes éramos, ni si éramos verdaderamente culpables. El paisaje no acompañaba nuestra culpa ni tenía la dimensión del castigo, por eso siempre volvíamos sobre lo mismo. Entonces, ¿qué habíamos hecho para estar allí metidos en ese paisaje?

¿Se dan cuenta? Nos habían encerrado en un paisaje. Cada noche, para recuperar nuestro cuerpo, nuestra carne, para saber quiénes éramos, indefectiblemente, estábamos obligados a recordar lo que habíamos hecho. Era el método perfecto. Pero en la oscuridad, cuando mi sueño se poblaba de rugidos, de chillidos extraños, cuando las bestias carniceras me arrancaban algún pedazo en ese zoológico privado, entonces recuperaba mi libertad.

El sistema perfecto consistía en habernos puesto a cuidar animales presos. Animales y no hombres, lo cual no dejaba lugar a ningún remordimiento. Por las mañanas, los animales nos esperaban para recordarnos el pecado que nos había reunido. No había vigilancia y en cualquier momento podían concluir las condenas. Por lo tanto no podíamos contar los días que íbamos a estar encerrados. Lo peor es estar encerrado en un lugar y no poder contar los días, eso nos sumía en la desesperación; creo que es la única falla que le encontré al método. Un hombre envuelto en la desesperación puede llevar a cabo cualquier acto. Pero a la vez, cualquier día podíamos quedar en libertad, para qué escapar. La monstruosidad es que el pecado perdía consistencia y adquiría el matiz de una interrogación perpetua que ni el sermón, ni la oración, ni todas las variantes retóricas del arrepentimiento lograban calmar. Sólo permanecía la misma pregunta en el fondo de todas las cosas. Eso me llevó a leer muchos libros de teología, incluso filosóficos. Por eso les mostré las fotos de los zoológicos. Porque es como si no estuviese en esas fotos, como si fuese un punto. Por eso las llevo siempre conmigo, para preguntarle a la gente qué es lo que ve allí y si logra ver algo que yo no puedo ver. Simplemente que me digan dónde estoy y ¡por Dios!, sólo escucho estúpidas palabras porque nadie encuentra el secreto del asunto. ¿Cuál es el verdadero paisaje? ¿Cuál la réplica? Por eso la foto del Studebaker

que alguna vez fue propiedad de mi padre; en esa foto estoy con un jean azul, un suéter de jugador de béisbol en algún lugar del Estado que todavía no puedo recordar pero que algún día se me revelará de golpe. Porque nadie puede negar que ese automóvil es un Studebaker negro, modelo cincuenta y tres, con las ventanillas bajas, con los faros de un cromado brillante; que es verano y sin embargo sopla un poco de viento algodonero que viene del sur y que yo estoy posando para la foto junto al Studebaker, tan seguro como estoy ahora de verlo a Ramírez bajar de esa lancha llamada para nuestra suerte Lady Fire, caminar hacia nosotros, hundir los zapatos en la arena, quitarse la corbata, hacer una visera con las manos para evitar que lo ciegue el sol, ocultando en ese mismo gesto su ambición, calculando vaya a saber qué cifra entre los labios.

Salazar

Salazar no era español, era portugués. Regresó a España después del treinta y seis. Siempre había estado contra la Falange, siempre había sido republicano. Cuando llegó a Colonia tendría alrededor de veinticinco años; era muy joven. Las tropas de Franco lo fusilaron a los cincuenta y dos.

Salazar fue uno de los toreros que se quedaron en Colonia después que se construyó la plaza de toros. Se quedó por amor. Regresó a España más de veinte años después, no por un desengaño amoroso sino por honor y cuestiones políticas. Un honor perdido por no haberse marchado aquel día de 1910 junto con los otros toreros. Solía pasarse algunas tardes en el antiguo muelle con la vista clavada en el agua esperando tal vez ver la sombra de algún barco.

Nos vimos con cierta asiduidad hasta unos pocos meses antes de que decidiera volver a España. Durante ese último tiempo la conversación se volvía áspera, difícil, se había encerrado en un obstinado mutismo; eso había comenzado desde la historia del cuadro. ¿Cómo nos llegó la noticia de su muerte desde tan lejos? Porque justamente en los lugares más apartados del mundo siempre llegan las malas noticias. Siempre alguien viaja, recibe una carta. ¿Quién en estas costas no tiene un pariente

en España? Aunque le vuelvo a repetir que Salazar no era español, era portugués.

Dicen que murió con el nombre de la República en la boca. Aunque también dicen que eso es imposible porque antes de fusilarlos los amordazaban y les vendaban los ojos. Salazar siempre había sido un hombre de honor. Aunque tuvo su momento de debilidad. Esa historia de amor que vivió con esa mujer que se llamaba Raquel. Un nombre exótico para esos años. Siempre pensé que era un nombre de artista, un seudónimo que usan las actrices, y ella trataba de serlo. Porque Salazar cuando empezó a torear usaba su verdadero nombre. Después en esta tierra se puso un nombre más acorde, Hipolyto. Creo que ese nombre se lo puso ella.

Al principio, la historia fue diferente. Esa mujer, que había venido con otras, paraba en el hotel donde estaba el casino. La habían traído de Buenos Aires, cuando con el muelle, la plaza de toros y el casino querían hacer de esta ciudad un Las Vegas rioplatense. El sueño y el imperio duraron poco tiempo. La plaza de toros nunca fue aprobada legalmente. Las maderas del muelle se fueron pudriendo hasta que se las tragó el agua.

Dije que al principio la historia fue diferente porque la mujer se sintió atraída por todo el esplendor, por las ropas que Salazar vestía en las corridas. En ese lugar y en ese tiempo una mujer como ésa no podía pasar inadvertida, y cuando el segundo día le arrojó una flor al ruedo Salazar se enredó con ella.

Con la mujer y con la flor, porque fueron meses en que todo el mundo parecía haberse detenido. Yo era el que regenteaba el hotel y todavía me parece verlo a Salazar tirado en el pasto con el cabo de un jazmín en los labios, o tal vez se haya tratado de otra flor. Jugando con ese cabo entre los labios, entrecerrando los ojos en una expresión donde se mezclaban la modorra y el éxtasis.

Los toreros, mientras tanto, iban engordando junto con los toros. Mientras duraron las tramitaciones les pagaron viáticos, que consistían en vivienda, y un poco de dinero para cigarrillos y ginebra. Y en esos vicios y esas morosidades se pasaban el día. Algunos comenzaron a jugar a la taba en el ruedo mismo, hasta que creció el pasto en demasía, cuando los empleados de la plaza abandonaron la disciplina de cortarlo prolijamente una vez por semana, y se transformó en un yuyal. Si los otros disponían su ocio en esas morosidades, Salazar contaba en cambio con el amor de Raquel.

Por otra parte, es mentira que él quemó su vestimenta de torero en un acto de arrepentimiento o para demostrar vaya a saber qué valentía. La conservó con él y se la llevó en la valija que llevaba cuando se marchó para España. Y digo marchó, porque no dejaba de haber cierto porte y solemnidad en sus pasos que me recordaban una marcha.

Nunca supe cómo hacía ese hombre tan republicano, tan humanista, para convivir con un arte tan sangriento. Si es que para él fue un arte y no un oficio. Yo creo que se trató de lo segundo. Porque cuando comenzó a faltar dinero, Salazar se empleó como peón calificado en una estancia. Más de una vez lo vi enlazar y castrar un toro con una habilidad en la que se notaba la precisión que sólo otorga la experiencia.

Cuando hablo de dinero, me refiero a Raquel. Siempre que hablo de dinero me refiero a ella. Aunque ahora con los años haya perdido esa certeza de que a ella lo único que verdaderamente le interesaba era el dinero. Creo que los hechos posteriores me demostraron lo contrario. Porque durante un tiempo fue ella la que, con su trabajo, mantuvo a Salazar. Cosa que él se reprochaba de una manera casi enfermiza, repitiendo una y otra vez: "Nunca debí, ni por un instante, permitir que ella me

mantuviese". Porque poco a poco Salazar se fue haciendo de una posición económica muchos años después de que saliese la resolución definitiva clausurando la plaza de toros y sus compañeros se hubiesen ido de Colonia. Trabajaba en la estancia *Los membrillos*, donde poco a poco fue encontrando su lugar, no únicamente porque era de confianza para los patrones, sino que debido a su conocimiento del portugués empezó a utilizar ese conocimiento con gente del norte. Contrabandistas brasileños que usaban la estancia para pasar ganado negro. Se lo veía a veces en algún lugar del puerto hablando un fino portugués, económico, fluido, que se oponía al ampuloso y alambicado que hablaban los hombres que lo acompañaban.

Fue su momento de mayor esplendor económico. Hasta se compró un pedazo de tierra en la que levantó una chacrita. Pero Raquel extrañaba el hotel, que para ese tiempo todavía conservaba su lujo antes de que pasara a manos del ejército y lo transformaran en un cuartel. Fue allí donde me quedé sin trabajo y le pedí cierta suma de dinero a Salazar para viajar e instalarme en Montevideo. Suma que Salazar me prestó y que con el tiempo pude devolverle. Eso consolidó nuestra amistad. Pero como le dije antes, no era un problema de dinero. En realidad, Raquel extrañaba el hotel. No me refiero al lugar, sino al modo de vivir. Música, ropas, perfumes y pinturas. Le diría que más que extrañar a los hombres, extrañaba el contacto con otras mujeres. Aunque la decadencia de Salazar esté signada por ese día en que ella empieza a coquetear con ese oficial recientemente asignado al cuartel. Como si se hubiese producido una misteriosa conjunción entre el hotel, la plaza de toros y el cuartel, que arrastraba fuerzas extrañas y que Raquel, Salazar y ese oficial sólo eran marionetas que representaban cada uno de esos lugares y que sólo hubiesen ac-

tuado en función de ese destino que ya se les había impuesto de antemano. Fue entonces cuando Salazar se empezó a emborrachar y a vestirse de torero para torear con otros peones a la hora de la siesta. Fue allí donde le quedaron ciertas manchas de vino y de grasa que nunca más pudo quitarle a la seda. Y también fue cuando Raquel empezó a verse con el oficial no tan a escondidas; él estaba verdaderamente loco por ella. Se paseaban por la alameda del Real, él vestido con uniforme de gala; ella siempre decía "a una mujer le atraen los uniformes".

Salazar empezó a descuidar los negocios que tenía en el norte con los traficantes de ganado. También dejó de ser un hombre de confianza para el patrón de la estancia; poco a poco fue cayendo en desgracia y hasta llegó a perder la tierra que había comprado.

Fue en ese momento en que Salazar casi no tenía dinero, cuando llegó a Colonia ese pintor francés. Con mucho dinero al principio, que después fue perdiendo en el juego. Como si desde el principio hubiese sido la otra cara de Salazar. En realidad, vino a esconder la mediocridad de su arte a este lugar apartado del mundo. Pero lo cierto es que el francés le ofreció a Salazar una fuerte suma de dinero para que posara para él vestido de torero. Raquel todavía tenía influencia sobre Salazar y terminó por convencerlo.

Durante un mes seguido Salazar posó delante del francés, vestido de torero, tratando primero de quitar las manchas de sus ropas con jabón para después taparlas con las manos en una pose rebuscada que el pintor atribuyó al arte del torero. Usted se dará cuenta mirando el cuadro que no se trata de ningún efecto buscado, ni de un simple amaneramiento sino que estaba tratando de ocultar las manchas de la ropa. Si ese dinero era para Raquel o para sumirse aun más en su propia deca-

dencia o, como dije antes, si sólo eran pasos que respondían a la extraña conjunción, lo cierto es que Salazar había perdido su antiguo esplendor.

Raquel se marchó poco tiempo después cuando al oficial lo trasladaron a una guarnición casi desierta. Un caserío correntino que se llamaba Curuzú-Cuatiá. Porque por ese tiempo los milicos pasaban de una frontera a otra, según el dinero que les ofrecían. Raquel parece que verdaderamente amaba a ese hombre. Porque fue detrás de él a hundirse en ese caserío donde no había nada de lo que ella decía querer. Nada, salvo ese hombre.

Durante ese tiempo fue cuando más lo vi a Salazar porque me lo llevé al negocio de ramos generales que había instalado en Durazno; allí encontró una familia y vaya a saber qué paisaje que le devolvió la tranquilidad a su cabeza agitada. Poco a poco dejó de hablarme de Raquel para comenzar a hablar de su infancia y de sus antepasados. De un día brumoso en que llegó a Colonia. De alguna corrida de toros en la que por un momento se sintió tocando el cielo con las manos. Como si en ese momento lo acompañase un sentimiento de triunfo y no la desgracia que después lo acompañaría.

Si bien durante esos años se olvidó de Raquel, otra idea comenzó a atormentarlo. No había día que no hablase de esa idea que le daba vueltas en la cabeza. Quería volver a Colonia a buscar al francés y comprarle el cuadro en que él le había servido de modelo. Traté de disuadirlo diciéndole que seguramente no lo iba a encontrar. Pero Salazar ya había decidido hacer ese viaje hasta Colonia y encontró al francés casi en la misma situación en que él mismo estaba cuando el pintor le ofreció el trabajo. Salazar durante esos años había hecho su dinero. El francés estaba borracho, sin dinero, viviendo en un conventillo allá en el sur. Había vendido algunos cuadros a la iglesia, al cuartel; había retratado a alguna

dama pero todavía tenía en su poder el cuadro del torero. Ese mismo que usted vio en el extremo del salón y que atrajo su atención. Salazar se lo compró por la misma suma que el otro le había pagado para posar para él. Entre los dos hombres el dinero parecía haber perdido valor. Otra vez le contaré la historia del francés que quería usar ese dinero para volver a Europa pero nunca pasó de Montevideo. El gesto de Salazar es un poco exaltado, el pintor quiso hacer resaltar cierta mística, por eso utilizó de esa manera la luz en la cara. Creo que vaciló entre darle un matiz épico o místico. Quizás esa vacilación es natural a todos ante el arte del toreo. Pero esa osamenta a los pies de Salazar siempre me ha parecido de mal gusto. Como si se le hubiese asegurado un destino glorioso que nunca fue posible. Producto de esa convicción a veces me parece que en realidad Salazar no está pisando la arena, sino que se hunde en ella.

Los últimos años antes de declararse la guerra, Salazar se empeñó minuciosamente en reconstruir su vida anterior. Volvió a comprar la chacrita, volvió a vivir en ella. Caminó por los mismos lugares. Respetado por todos, no hablaba con los otros nada más que lo necesario. Durante ese tiempo se quedaba absorto mirando el cuadro que había colgado en el comedor de su casa. De tal manera que el que entraba no podía dejar de encontrarse de frente con esa réplica de Salazar, vestido con todas sus galas como en los mejores tiempos.

Nunca voy a saber por qué cuando se fue no se llevó el cuadro con él. Tal vez porque presentía que lo iban a matar o tal vez porque nadie va a la guerra con un cuadro. Tal vez pensaría en aquella mujer llamada Raquel y en los pétalos que ella le arrojó después de las corridas que no deben de haber sido más de dos. Con su estilo parco me dijo en el puerto de Montevideo: "A mi amigo, le dejo lo más querido". Fue la última vez que lo vi.

Después me enteré de la noticia de su muerte. En casa no sabíamos qué hacer con el cuadro. Mi amistad con Salazar había sido tan pública y personal que yo tampoco sabía qué hacer con ese cuadro. Hasta que se inauguró el museo portugués y se me ocurrió donarlo. A veces dudo quién fue verdaderamente Salazar. Si alguna vez estuvo en Colonia o si nunca se marchó. Que cualquier día a la hora de la siesta, cuando el sol pega más fuerte, lo voy a ver haciendo sus pases, gritando sus olés en ese tono portugués tan refinado, que lo voy a ver como él era verdaderamente y no como la mano de aquel pintor francés lo sorprendió en el cuadro.

La mano de madera

Una vez por mes, los sábados por la tarde, se reunían en la trastienda de un negocio de venta de cuadros que quedaba enfrente de una iglesia. Eran cinco. Tres de ellos se llamaban por la nacionalidad, los otros dos por el apellido. Hablaban con acento extranjero. Antiguos miembros de la Legión, recordaban anécdotas del desierto.

En la vidriera del local había un paisaje de mendigos y de nieve. Las caras de esas figuras extrañas sugerían misteriosas cavernas. En los ojos de los mendigos no brillaba esperanza alguna; sin embargo, no había en ellos gestos de súplica. Eran mendigos por las deformaciones del cuerpo, hundidos los pies en la nieve como si a cada paso fuesen a sepultarse vivos; porque la tumba los esperaba antes de que se pusiesen en movimiento.

Los días pasaban y los mendigos y la nieve parecían aguardar una señal. Tarkowski imaginaba que el cuadro se había puesto en movimiento y que los mendigos cruzaban la calle y él se iba a encontrar con la vidriera vacía. Temía entonces confundirse y entrar por la puerta de la iglesia donde los limosneros estaban en actitud de espera. Sólo que no había nieve y eso le permitía desviarse de la puerta de Dios y tomar por el camino indicado.

Siempre había sospechado Tarkowski que el dueño del negocio, el noruego, nunca había estado en Noruega. La sospecha se basaba en que nunca le había dicho el apellido y que el nombre por el que lo conocía sólo era un apodo que había recibido en la Legión. Y que ese paisaje helado estaba allí para inflamar su imaginación, para reconstruir una geografía desconocida que le permitiese seguir refugiándose en el anonimato.

Ese sábado también lo esperaban. Desde hacía cinco años, cuando se encontraron por primera vez en Buenos Aires, sucedía lo mismo. Teniendo la iglesia por testigo se emborracharon y blasfemaron durante cinco años. Aunque salían a la calle igualmente se persignaban, no por creyentes sino por ser profundamente supersticiosos; pero la superstición había evitado la emboscada, detenido el cuchillo, desviado la bala. Recordaban historias y el tiempo era fina arena que se escurría entre las manos. Ocasionalmente, una historia de amor solía suspender por un instante la daga arrojada. Resultaba ser siempre una historia desdichada, de putas y de alcohol, de sed y de venganzas.

Aun en la intimidad siempre vestían de civil, y ninguno de los cinco hubiese profanado ese pacto nunca convenido o que convinieron en silencio. El uniforme se habría deteriorado; el cinturón, ese reptil arenoso que se confundía con la forma del desierto, se hubiera podrido. Sabían dónde ocultaba el noruego esos objetos porque uno de ellos, al ir a buscar un poco de bebida, se los encontró y al regresar a la partida arrojó sobre el tapete con cierta violencia esos reyes, esos oros prematuramente opacos, esas espadas herrumbradas que tenía en las manos. Ninguno ignoró lo que había sucedido pero nadie dijo una palabra. A partir de ese día el noruego se ocupó de que no volviese a suceder.

El único objeto que había en la habitación y que po-

día recordar el pasado era un mapa que mostraba un desierto que lentamente se iba borrando. Nombres exóticos marcados con débiles puntos en color amarillo. Alrededor de ese punto se reunían esos cinco hombres que imaginaban una amistad que permanecería de la misma manera hasta la muerte. Por eso vivían del recuerdo; por eso sólo hablaban del pasado, evitando sus credos, callando sus rencores, ahogando sus confidencias. Alguna vez Tarkowski pretextó la necesidad de ir a comprar cigarrillos para refugiarse en la nieve, porque quería estar lejos del infierno. Y los mendigos parecían mirarlo fijamente en señal de reproche; entonces, como obedeciendo a un impulso interior, cruzaba la calle y ofrecía limosna o se arrodillaba para el rezo o la confesión.

Nunca olvidarían esa tarde. Tarkowski fue el último en llegar y el noruego volvió a contar lo que ya les había contado a los otros. Había sucedido un hecho que tenía el encanto de recordar el pasado pero que era a la vez demasiado grave. La mano del capitán Daujou había desaparecido. Así, secamente, lo dijo el noruego y nadie se animó a preguntarle cómo lo supo. Porque esa información, aun en el caso de que la hubiese inventado, lo volvía imprevistamente poderoso.

Mientras el noruego hablaba, Tarkowski observaba los rostros de esos hombres que lo habían acompañado durante cinco años y se daba cuenta con estupor de que le eran desconocidos; de que ignoraba sus sentimientos y de que no podía saber lo que pensaban. Nunca habían estado juntos en el desierto, desconocía el secreto que llevaban en su alma, su manera de actuar ante el miedo y la venganza. El espíritu de la Legión ante un hecho de esa naturaleza era como ese uniforme, bastaba tocarlo para darse cuenta de que estaba podrido. Los brindis, las blasfemias, resultaban actos insignificantes que habían caído en el olvido perteneciendo al mundo del sueño y

del alcohol. A partir de ese momento, aunque los cinco seguían siendo legionarios, había algo que los separaba y los unía al mismo tiempo: la sospecha. Las nacionalidades, al ser pronunciadas, ocultaban no sólo un apellido sino un origen probablemente incierto.

La mano de madera del capitán Daujou descansaba en una caja de cristal. En Aubagne cada treinta de abril los legionarios del mundo desfilaban ante ella. Sólo el jefe del regimiento podía besar el cristal. Llegaban desde todas las partes de la tierra. Juntando peso a peso para el viaje, incluyendo el dinero mercenario. Y el sueño y el juramento de todo legionario, hasta transformarse en una obsesión, era ver al menos una vez la mano de madera. Oculta detrás de los pétalos que cubrían la caja de cristal. Oscura, ennegrecida por los años, mano de santo, de ídolo de iglesia. Nadie se hubiese atrevido a profanarla con una restauración, el barniz hubiera resultado una ofensa que la habría vuelto ligeramente femenina. En uno de sus dedos se dibujaba borrosamente la huella de lo que alguna vez pudo ser un anillo. Quizás un signo del desierto. Hasta parecían caer finos granos de arena, esplendor de antiguas batallas mezcladas con gotas de sangre beduina, aunque el capitán la hubiese perdido en Mexico City. Tarkowski había podido cumplir con ese sueño y ese juramento pero no por eso había dejado de ser una obsesión.

Se llegaba a venerar tanto esa madera santa que en algún momento era necesario volverla inesperadamente obscena. Recurriendo a escrituras procaces en su palma, dibujando en cada una de sus articulaciones el perfil de un hombre pecando. Réplica sagrada que acompañaba la iniciación de cada legionario, esa mano diminuta que esperaba la primera noche debajo de la almohada y a la que había que aferrarse cuando empezaban a oírse voces extrañas, palabras extranjeras que aun desconociendo su

significado por la manera de ser pronunciadas no se podía ocultar que eran producto de la pesadilla y del terror.

También esta vez Tarkowski mintió acerca de los cigarrillos pero no para hundirse en la nieve sino para cruzar hasta la iglesia; ni para rezar ni para confesar un crimen cometido sino por la imperiosa necesidad de tocar la mano de uno de esos santos.

Cuando regresó a la trastienda, los cuatro hombres permanecían en la misma posición en que los había dejado cuando los abandonó por un momento; como si el noruego lo hubiese estado esperando para seguir hablando. Y a medida que empezó a hacerlo, Tarkowski pudo ver cómo él también se aferraba de manera desesperada al amuleto que colgaba de su cuello.

—¿Qué pueden haber hecho con una mano de madera? —preguntó Tarkowski a los hombres que lo rodeaban.

—Profanarla —respondió el noruego.

— ¿A una mano de madera, muerta? —dijo Tarkowski, sorprendido por la respuesta.

—Nunca se sabe las formas que puede tomar el mal —sentenció el noruego.

—¿Usted sabe si el capitán la usaba?

—No, era como un guante, la usaba para cubrirse. O quizás para olvidar cómo la había perdido. Dicen que se quedaba largos ratos mirándola; alguien la recuerda en un cabaret de Jamaica apoyada en el sucio teclado de un piano; dicen que entonces se oía una extraña melodía de la Legión. La de carne ni siquiera la perdió en una batalla, sino por una granada que le estalló en la mano. La de madera la perdió en Camarones. Un río de color rojo. Rojo de sangre y crustáceos. Fue en 1863. Esa cifra parecía ser fatídica porque sesenta y tres fueron los legionarios muertos luchando contra los mexicanos. La mano de madera recorrió todo México antes de volver a Francia. Otro día les contaré cómo llegó hasta allí. También

el viaje de Daujou a Neuchâtel, la ciudad de los autómatas, para que le hicieran la mano de madera.

– ¿Y ahora qué habrá hecho con ella? –le preguntó casi con temor Tarkowski al noruego. Dándose cuenta de que en menos de una hora algo había cambiado. La cordialidad y la camaradería habían desaparecido. Fue Pereira quien de manera violenta volvió a introducir el pasado que, en ese momento, advirtieron que nunca había existido entre ellos. Pereira, a quien llamaban por el apellido, cuya ortografía ignoraban y les hacía sospechar orígenes diferentes; a veces, español; otras, portugués.

—¿Una gitana podría adivinar en una mano de madera? Es como la de un muerto; aunque no se pueda leer el futuro tal vez se podría leer el pasado. ¿Qué les parece?

Pereira agradeció la bofetada con que el noruego lo arrancó del estupor en que pareció quedar sumido después de sus palabras. El noruego, después de pegarle, se acercó y le acarició la mejilla mientras le hablaba con suaves palabras.

—No se preocupe Pereira, cuando solía estar de guardia en las murallas y contemplaba largo tiempo la arena desierta, terminaba hablando solo hasta decir incoherencias. Llegué a cantar canciones cuya letra no había oído antes ni iba a recordar después.

Ese fue el final de la conversación. El noruego prometió comunicarse con ellos en el caso de que hubiese alguna novedad. Tarkowski durante esos días se sumergió en extraños sueños. Un paisaje tropical, la foto de un carnaval de antaño, una música habanera en el Rosedal.

Tarkowski recordó los primeros tiempos en la Villa de los perros, cuando acababan de llegar al país, justo para carnaval. Buscaban cómo joder al polaco loco, al polaco caú. Se disfrazaban de árabes con sábanas robadas a sus madres. Improvisaban camellos en yeguas reventadas o

percherones vencidos. En un palo de escoba exhibían como trofeo una sandía vaciada que iluminada por dentro con la luz de una vela pretendía imitar una cabeza infiel ardiendo en la lanza. Un botón pasado de moda, buscado después vanamente por la nostalgia materna, era el rubí que sostenía el turbante que era a la vez un pañuelo de cita y de pecado. Y blandían un serrucho de cortar zapallo que era el alfanje que dejaba caer unas semillas doradas, las gemas arrebatadas a la arena. Para esos salvajes de la Villa, eso era un árabe.

A los pocos días Tarkowski visitó nuevamente el paisaje de mendigos y de nieve. Esta vez pudo ver, además de las manos extendidas para la limosna, otras acariciando un rosario. Un tintinear bíblico y delator se oía cada vez que una moneda caía en el fondo de algún jarro.

A los mendigos se habían agregado campesinos. Hogazas, heno y horquillas. Y el pan, una mancha roja en la nieve. El capitán Daujou se escondía en el heno. Clavar la horquilla en algo duro despertó la curiosidad del campesino. Daujou debió abandonar su mano de madera para salvar la vida. La mano, colgando de la horquilla, hizo sospechar al campesino que se trataba de un milagro. Ese era el espejismo de Tarkowski.

El noruego se paseaba por la habitación y a intervalos miraba la cara de los cuatro hombres que lo acompañaban. Eligió los ojos de uno para detenerse en ellos. Refinamientos de manual que alguna vez aprendió durante su instrucción militar. Eligió al más tímido, al más débil. Cuando el noruego habló, todos miraron al yugoslavo.

—Se sabe que la mano está en Buenos Aires.

Se quedaron en silencio. Hasta que uno de ellos, Holzer, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se vio urgido a decir, como si ese mismo decir resumiera la violencia de los otros cuatro hombres que estaban en la habitación.

—Falta poco tiempo para el treinta de abril.

—Tal vez después de usarla piensen devolverla —dijo Tarkowski.

— ¿Para qué la usarían? —preguntó el noruego.

Tarkowski demoró en responder. Trató de imaginar cómo se sentiría la mano sin el cuerpo, sola, fuera del relicario, lejos de los objetos familiares que la rodeaban en el museo. Abandonada delicadamente en la arena del desierto. Dicen que el campesino devolvió la mano a la parva de heno porque creyó que era una señal de Dios. Después con una antorcha le prendió fuego. En ese momento Daujou escapó. Después que Tarkowski vio cómo Daujou se alejaba del fuego para hundirse en ese río de crustáceos hirvientes, le respondió al noruego.

—Para una ceremonia.

—¿Qué clase de ceremonia?

—No sé, usted habló de una profanación.

—Desapareció junto con el relicario.

¿Por qué al noruego se le había ocurrido pensar en el relicario? ¿Había algún secreto en ese cristal? Gotas de sangre beduina, o quizá chamaca. Tarkowski comenzó a sospechar que el noruego iba diciendo las cosas de a poco para precipitarlos en la incertidumbre.

El yugoslavo se animó a hablar. Su voz era un pañuelo olvidado y a medida que se iba desenvolviendo despedía un viejo perfume. Eso sucedía cada vez que hablaba, por su voz sedosa, por su manera de hablar de otro tiempo.

—Tiene que haber algún traidor.

Tarkowski intuyó que el noruego le hizo decir algo que él mismo pensaba y que por algún motivo decidió callar; pero cuando él habló, agregó un elemento que los hundió a todos en acontecimientos imprevisibles.

—Es posible, pero un traidor siempre termina por delatarse.

— ¿Pero por qué en Buenos Aires? —preguntó Holzer,

quien sólo hablaba para hacer preguntas desesperadas.

—Seguramente por la situación. Pudo haber sido una organización, pero no aventuremos más al respecto. Debemos estar atentos a cualquier indicio. Recorrer lugares estratégicos. Escuchar conversaciones. Nuestros dos verbos principales, a partir de ahora deben ser espiar y sospechar —afirmó el noruego.

—¿Pero es un secreto que todavía no se ha hecho público? —preguntó Pereira, que por su oscuro apellido siempre sospechaba detrás de cada acto un origen bastardo.

—Siempre es un secreto y es mejor que sea de esa manera. Si no qué dirían los diarios, exotismos, extravagancias. Ahora debemos separarnos. Nos mantendremos en contacto y como siempre, si no es necesario otra cosa, mi casa de cuadros será el lugar de nuestras citas.

Los hombres se despidieron del noruego y por unos minutos los cuatro formaron un solo abanico que se movía por la calle. Los cuatro juntos como si temiesen separarse y comenzar a desconfiar uno del otro.

Esa noche, cuando Tarkowski regresaba a los suburbios, se cruzó con la sombra de Tadeo. Y Tarkowski supuso que Tadeo era una de esas figuras que, abandonando la superficie plana de la nieve, repentinamente había adquirido volumen para introducirse en esa historia; todavía era como una señal ambigua pero, a medida que se acercaba, adquiría una densidad inusitada en la oscuridad de la noche.

Después de la muerte de su madre, Tadeo se quedó solo. Solo con su mameluco azul y sus gallinas. Lo único que sabía hacer era darles de comer a las gallinas, quizás por eso el único sonido que podía emitir era un piar débil y extraño. Un piar que se confundía con el alboroto

que producían las aves cada vez que lo veían acercarse con la bolsa de maíz. Había que cuidar que él mismo no se comiera los granos, aunque siempre terminaba por comerse algunos. O insistía tanto en su piar que era preferible darle algunos maíces.

Tadeo tenía un pariente lejano y por eso no lo habían mandado al asilo. Algún vecino recibía una cuota de dinero para su manutención. En invierno, al mameluco azul se le agregaba un rompeviento gris de cuello alto. También en invierno acostumbraba caminar en medio de la niebla. Se oía entonces ese piar extraviado y como un extraño pájaro azul que ha perdido el rumbo terminaba por estrellarse contra una vidriera iluminada; entonces la cabeza de Tadeo surgía como una joya cristiana ensangrentada en medio del estrépito de vidrios.

Fue entonces cuando a alguien se le ocurrió colgarle del cuello un silbato. Pasaron meses antes de que aprendiera a usarlo. Y el mismo tiempo para entender que debía usarlo cuando se perdía o para pedir auxilio. Cuando comenzó a usarlo producía un sonido estridente, violento. Su mano se aferraba al pedazo de metal con tanta desesperación como si de esa manera se aferrara a la vida. Era muy difícil desasir la garra y que dejara de tocar. Después de lo cual emitía un sollozo estremecido que se mezclaba con su piar. Se quedaba mirando el trozo de metal hasta que las fuerzas se le acababan y el sonido se extinguía de su cuerpo.

Su único esparcimiento era caminar por las calles durante horas tratando de seguir siempre el mismo recorrido. De tal manera que si alguien oía el silbato podía mirar la hora y calcular con exactitud en qué lugar se encontraba Tadeo. Nunca faltaba un alma caritativa para ir a buscar a Tadeo en medio de la noche; esto, cuando ya era muy tarde y no encontraba el brazo de algún caminante solitario que regresaba a esas horas al suburbio.

El mismo Tarkowski recordaba haberle ofrecido su brazo a tientas, en medio de la niebla, guiándose por el sonido familiar y sospechando que Tadeo encontraba cierto placer en esconderse. Más de una vez, el sonido del silbato en medio de la noche lo había sacado a Tarkowski de una insoportable pesadilla; otras veces lo había sumido en ella.

Esa misma noche, Tarkowski se dio cuenta de que unos hombres lo seguían. No era la primera vez que se sabía vigilado y tampoco era la primera vez que experimentaba el sentimiento de ser un fugitivo. En medio de la niebla esas sombras lo rodearon y comenzaron a proferir amenazas. Parecían extranjeros. Al principio pensó que eran ladrones, después los relacionó con el noruego y la mano de madera. No pudo ver el brillo de una navaja o de una sevillana pero creyó percibir el frío del metal cerca de la garganta. En ese momento el filo se mezcló con la respiración. Fue en ese instante cuando se oyó el silbato. Los hombres se detuvieron de golpe. Y otra vez se repitió en la noche desierta ese mismo sonido. Intercambiaron unas palabras entre ellos. Después, por el tono, Tarkowski adivinó que lo intimaban con palabras de venganza que anunciaban y juraban la promesa de volver.

Tadeo seguía tocando. Los hombres, que no conocían la costumbre de Tadeo, creyeron que era la policía y huyeron. Tarkowski se fue acercando hasta el sonido. Lo estrechó al idiota en un abrazo íntimo, sentía su baba y su calor. Tadeo todavía apretaba entre sus dientes ese marfil podrido, el metal sonoro, de una manera obstinada.

Cuando a la mañana siguiente Tarkowski llegó al negocio del noruego, le sorprendió que hubiesen cambia-

do el paisaje. Los mendigos y la nieve habían desaparecido y en su lugar habían puesto escenas de jinetes. Manchas borrosas en movimiento y mujeres elegantemente vestidas sin expresión en el rostro.

Tarkowski sospechó que la ausencia de los mendigos y de la nieve no era ajena a la desaparición de la mano de madera. Una señal de presagio que significaba que no debía visitar al noruego.

A partir de ese momento comenzó a buscar por la ciudad ese paisaje. Si lo encontraba tenía la certeza de que él lo llevaría a la mano de madera. Finalmente entró en un negocio de la calle Talcahuano. En las vidrieras había sol, todo el sol del desierto incendiando la arena.

Entró en el negocio y conversó amablemente con la persona que lo atendió, sin delatar inquietud para no ser descubierto. Se dio cuenta de que había sido una señal equivocada. Allí estaba el paisaje pero ni los mendigos ni la nieve eran los mismos. No tenían esa postura purgatoria que tenían los otros. Sus ojos no eran creyentes y la nieve era una sucia pista de patinaje.

Durante algunos días Tarkowski vagó buscando ese paisaje que no hallaba en la ciudad desierta. Esa noche al volver a su casa le pareció que unos hombres lo seguían. Volvió a pensar en el noruego y en que éste, a partir de su ausencia en las reuniones, había ordenado vigilarlo. Esa misma noche se mudó para la casa de Tadeo. Sólo se llevó el uniforme de la Legión. El piar de Tadeo era un zumbido sorpresivo que estallaba de golpe, era una masa vibrante como las alas sedosas y transparentes de un enorme insecto, un abanico de horror que se agitaba sobre la cabeza de Tarkowski.

El treinta de abril ya había pasado y la mano de madera no había aparecido. Tarkowski mientras tanto esperaba, leía los diarios buscando alguna noticia que se

refiriese al hecho. Ni una señal. Llegó a sospechar que todo era un asunto inventado por el noruego que estaba bajo los efectos de los espejismos y la fiebre. Sin embargo, al leer una noticia se inquietó. Los mendigos habían desaparecido misteriosamente de las iglesias. Días después volvió a leer sobre el destino de los mendigos que se habían congregado en los alrededores de una sola iglesia. Fue en busca de ella, cruzó la plaza, se mezcló con esos cuerpos crucificados que ardían en medio de las velas. Soplaba viento y las sombras iluminadas atravesaban las rejas; inexplicablemente un mendigo se sumaba a otro. No era por la comida, tampoco por la oración. Las manos mendigas ocultas entre las ropas dejaban entrever igualmente formas extrañas, protuberancias veladas.

La iglesia permanecía con las puertas cerradas. Temían la peste, y la fe no era un baluarte suficiente para que las puertas no cediesen. Los mendigos, arrojándose en masa contra ellas, lograron derribarlas. Ni profanaban ni saqueaban. En realidad ignoraban qué estaban haciendo allí. Comenzaron a disponerse como en un paisaje. Y la nieve era la carne fría de los santos.

Tarkowski comprendió entonces que la señal era verdadera. Se le reveló que en la iglesia estaba la mano de madera y que ella había reunido a los mendigos sin que ellos mismos lo supieran. Recorrió imagen por imagen, reliquia por reliquia, hasta encontrar el relicario disimulado entre un camino de caracoles en una gruta en honor de una Virgen sin nombre, sin penitentes, sin óbolos ni plegarias. Allí estaba la mano de madera. Tarkowski tomó el relicario. Los mendigos yacían abandonados, confundidos con los frescos de la iglesia.

El Regatas

Este mismo paisaje que antes me sumergía en la calma se ha vuelto repentinamente desapacible. Trato de encontrar signos en el aire, en el perfume de las flores, en el color de los edificios. Busco algo que haya cambiado y, sin embargo, todo permanece igual.

La tarde se ilumina de antorchas. Una maratón melancólica muestra atletas cansados, transformados en sombras que pretenden llegar a destino antes que oscurezca. Atraviesan el frigorífico y de pronto adquieren un impulso desconocido que aumenta su velocidad imprimiendo a sus pasos un ritmo violento que amenaza desarmar esos cuerpos. Se apuran en las puertas del frigorífico porque temen ser sacrificados como reses cansadas. Imagino mi cuerpo delgado, envuelto en una tela de algodón, el pecho flameando al viento con una leyenda estampada que le dé una fortaleza inexistente. Ellos corren con la frente alta en las fiestas mayas. Nada tienen de guerreros, si uno mira los edificios no se encuentra con ningún templo. Apenas un cine, casi derruido, que alguna vez fue moderno. Han atravesado el puente que ha temblado bajo sus pasos. Más allá el río. Ni un solo barco. ¡Cuántos años hace que por este río no navega un barco! Sólo chatarra. Restos de chatas que asoman sus panzas herrumbradas. Cascos que han perdido el nombre. Monta-

ñas de arena. Un puerto sin barcos ni marineros. Un frigorífico sin reses.

Hoy hay baile en el Regatas y no veo ningún velero. Tampoco un yate. Entonces me pregunto por qué llaman Regatas a un club donde nunca hubo yates ni veleros. En la época de la Segunda Guerra, en la época de las curtiembres, habrá navegado un barco por este río. Es posible que entonces el viento agitase tenuemente unas velas. Un bote solitario avanza hundiéndose en el agua barrosa. Alguien que quiere llegar a la isla, un pedazo de tierra y unas cuantas casas. Antiguamente existió allí una refinería. Todavía se suele ver una mancha de petróleo ennegreciendo la superficie del agua. Algunos la han visto. Yo no la vi nunca. A veces paso horas esperando ver el denso reflejo demorándose cargado de presagios después de un largo recorrido. Si arrojaran las antorchas al agua cuando la mancha desciende hacia el sur, hacia lo más oscuro del río, éste se incendiaría.

Pero nunca hay fuego en el aire. Es una espera vana. Sólo las luces pálidas que iluminan el Regatas. Hoy, allí, tocan *Oh, Carol.* Canta Sedaka. Dicen que canta de verdad. En cuerpo y alma. Su cuerpo en el escenario. He visto los carteles empapelando la otra parte de la ciudad. Ahora sólo es una voz pero dentro de unas horas Sedaka atravesará el puente, mirará este río y estará en el Regatas cantando su *Oh, Carol.*

Hoy la biblioteca del Regatas está cerrada. Cuando la biblioteca está cerrada no sé qué hacer. Mi cuerpo puede escuchar la voz de Sedaka pero no puede bailar con su ritmo. He terminado de leer *Crimen y castigo* y como es inevitable me siento un pequeño Raskólnikov. Lleno de escepticismo y resentimiento. Necesitando de un acto definitivo. La idea de viajar a Cañuelas no fue ajena a esta decisión. Para purificarme. Orgulloso, cobarde y perdido en el estupor de la juventud.

No era estupor lo que había visto la noche antes en los ojos de la idiota. Unos ojos vacíos, minerales, cercanos a la piedra que sólo se movían al compás de la música.

Era la amiga de Angel. Vivía con sus abuelos en los fondos del Regatas. Eran los caseros del club. Campesinos ucranianos. Bestiales, de pocas palabras. Ella solía atender el bar. Ahí la había conocido Angel. Parecía vivir en un profundo mutismo. Su cuerpo se había desarrollado detrás de batones floreados que ocultaban sus formas. Pero un día que los caseros decidieron limpiar la piscina, la dejaron usar malla, y Angel fue el único que la vio. Al día siguiente me habló del cuerpo de la idiota.

Un día la conquistó. La estuvo observando durante un rato hasta que se dio cuenta de que sus ojos adquirían un leve matiz de interés cuando escuchaba la música que venía del Regatas. Entonces se acercó y le dijo: "¿Te gusta la música? ¿Querés que te traiga la música hasta acá? Si vos no podés ir al baile, yo te puedo traer la música hasta donde estás". Ella sonrió. Y ese mismo día Angel le trajo el disco que era el que se escuchaba en el club. De esa manera, cada vez que ella quería una música, Angel se la llevaba. Dócilmente se fue posesionando de ese cuerpo. Al anochecer, cuando los viejos dormían, llegaba hasta el club. Había dos mesas de billar, y del mismo modo que durante la mayor parte del día Angel se inclinaba ante ellas buscando el lujo de la carambola, se inclinó sobre la chica silbándole música al oído porque pensaba que de esa manera podría aliviarle el dolor de la primera vez. Ella, sin embargo, permaneció ajena. Entonces Angel se levantó y puso el disco bajito. El primero que le había regalado. En esas actividades se fue la primera noche.

Después de unos meses Angel pensó en invitarme a

yacer con ella. Se le ocurrió que a Lidia le gustarían dos discos en vez de uno. Y entonces, cada vez que íbamos le llevábamos un disco cada uno. Para atenuar nuestro pudor de estar desnudos y jadeantes decidimos que mientras uno estaba con ella el otro jugaba al billar en la otra mesa. En esa penumbra, la primera noche, mi pulso tembló mientras esperaba mi turno. No encontraba la simetría necesaria para poder calcular el efecto acostumbrado. Cuando Angel se acercó a la mesa, le pasé el taco y me encaminé hacia Lidia. Antes de que llegara hasta donde ella estaba empecé a escuchar las carambolas de Angel. Por los sonidos, calculaba las bandas. Ella estaba ahí y a lo lejos se oía la música del Regatas. Por un instante eso pareció agitarla levemente como si de repente adquiriese vida y se apretase un momento contra mi cuerpo. Mientras, yo estaba ahí tratando de olvidarme de la música, tratando de ignorar los silencios que se abrían cada vez que Angel erraba una carambola. La noche anterior no había sido distinta a la primera vez.

Pensando en esas cosas fue que decidí viajar hasta Cañuelas. Allí me esperaba el poeta Bernal, el bibliotecario del club. Era un seudónimo. Nunca había conocido su verdadero nombre. El insistía en agregarle a mi talento musical una cultura literaria. A cada música le correspondía un pasaje de la literatura. En esas analogías se pasaba la vida. Me había traído su último cuento: "Navajas esquizofrénicas". Estaba frente al espejo afeitándose y las navajas se movían solas terminando por cortarle el cuello. De esa manera alegorizaba su drama cotidiano. Una escena que transcurría siempre en el baño. En el baño escribía sus poemas, escapando de una mujer y unos chicos que lo atormentaban.

También estaba el presidente del Regatas, que era el

contador del frigorífico. Antepasados ingleses en la pampa desierta. Un origen oscuro y un apellido. Roca, que se extendía como un muro ante ese mismo origen incierto. También estaba su mujer, una bailarina que dirigía el ballet del teatro Roma. Siempre detrás de Bernal, que le presentaba artistas plásticos, pintores, poetas. Con ella solía conversar acerca de su vida en el campo. Yo nunca había vivido en el campo y me gustaba que me contara cómo pasaba sus días. Ella describía una naturaleza wagneriana, una épica grandiosa e inocente donde no había vacas ni caballos, ni crecientes ni sequías, sino un paisaje coral donde las estaciones se armonizaban en un equilibrio perfecto. Después de sus relatos quedaba purificado. Un paisaje que me arrancaba del desasosiego. Allí cada cosa ocupaba su lugar en un orden preestablecido, divino, difícil de alterar. Mientras miraba el paisaje que me llevaba hacia el sur pensé nuevamente en el Regatas.

Cuando llegué a la estancia hablaban de flores. Flores japonesas. Combinaciones exóticas. El arte de la hidroponia: se podían cultivar, combinar hasta la corrupción las formas más extrañas. La carne y el pétalo se alternaban en cruzas alambicadas donde el toro y la flor se confundían. La hidroponia sería el arte del futuro. Holanda y Japón estaban ahí para demostrarlo. Sin embargo, estábamos en un pueblito de la provincia de Buenos Aires. El contador nos lo recordaba, hablando del maíz que plantarían el próximo verano. Mientras, miraba el cielo e invocaba a Dios.

Entre esas conversaciones se iba la mañana. Mientras Roca calculaba las cosechas, la cruza de caballos que intentarían el próximo año. Para la insolencia de mi juventud fue un duro golpe darme cuenta de que en realidad Roca era un hombre verdadero. Mientras que Bernal y Lucía eran fantasmas que se diluían en una conversación insípida en donde se pasaba de la obscenidad al

chisme. Mientras tanto Roca podía hablar de un cuadro como si fuese un animal. Deteniéndose en ciertos detalles de la musculatura o del movimiento, reflexiones sobre la luz y la sombra que eran siempre alusiones a alguna cosecha perdida o floreciente y que, sin embargo, tenían una precisión deslumbrante.

La levedad de Lucía significaba para mí un ideal del arte. Líneas suaves, armónicas, una voz imperceptible pero firme, un rostro que solía ausentarse en algún recuerdo oscuro, tal vez en un adulterio insignificante que para ella representaba la pasión de su vida. Esa levedad que contrastaba con la carnalidad que adquiría en el recuerdo la muerte de su abuelo napolitano. Muerto en Brescia entre árboles frutales, después de haber abandonado su silla vienesa cantando una ópera. Caminó hacia la arboleda y volvió a ser aquel hombre de su juventud, tarareando una vieja canción de burdel. Aquellos burdeles creados durante la guerra. Allí donde entre los cuerpos de mujeres extranjeras se aprendían todas las lenguas. Palabras simples y elementales. Palabras de encuentro y despedida. Dicen que murió con el nombre de una prostituta en la boca.

Los peones empezaron a traer desde el asador la carne y las achuras. Un banquete rojo y humeante en medio del campo. Las vísceras al aire libre, aunque asadas, no dejaban de evocarme una íntima interioridad, no tan lejana como para poder pensar en comerlas. Estaban ahí, en las brasas ardientes, ¿y cómo distinguirlas de las que formaban parte del animal que había visto pastar en el campo hacía apenas unas horas? Roca comía con la destreza y la costumbre de un hombre de campo. Lucía y Bernal trataban de disimular en una conversación espiritual su interés por las vísceras que dejaban una huella casi imperceptible, pero imposible de ocultar, en la comisura de sus labios. Aunque esa sensualidad era ajena

para mí, ver a Bernal y a Lucía servilmente sometidos al placer de la carne me produjo cierta desazón.

Me di cuenta de que el viaje a Cañuelas había resultado inútil. Sólo Roca y yo quedamos en la mesa tomando café. Lucía y Bernal paseaban en esa parte en que el pasto se empezaba a transformar en un parque. En medio del campo se escuchaba Stravinsky. Restos de achuras seguían ardiendo en la parrilla, cada vez con menos fuego, lo que daba ánimo a los perros indolentes que tímidamente se acercaban cada vez más a ella. Uno se llevó una presa ante el asombro del otro que seguía esperando. Como si hablara para los demás y dando una orden, Roca dijo: "Para el asado de la noche hay que limpiar la parrilla".

En ese momento decidí volver a Buenos Aires. Me encontré dándole una disculpa a Roca y caminando hacia el futuro parque. Le dije a Bernal: "Me voy a Buenos Aires. Hay baile en el Regatas. Hoy canta Sedaka".

—No puedo creer que por escuchar a Sedaka se vuelva a Buenos Aires —me respondió Bernal—. Un joven como usted pensando en esa música.

—Por eso mismo, Bernal, porque soy joven.

—¿Y en qué se va a volver a esta hora? —me pregunta Lucía, siempre tan detallista—. Lo haré llevar con la Rural hasta la estación. Si se apura, todavía puede alcanzar el tren de las cinco. Lo acompañaré hasta la estación. Bernal se quedará haciéndole compañía a mi marido.

Me despedí de Roca mientras esperaba la camioneta. Lucía dijo que ella misma conduciría. Marchábamos por un camino donde había que evitar aves y animales domésticos que se cruzaban todo el tiempo.

—¿Aquí todo lo que camina se come? —le pregunté.

—Casi todo. Y lo que queda pertenece al paisaje.

—Me equivoqué con este viaje. Creí que encontraría la tranquilidad y me encontré otra vez con el desasosiego.

—No entiendo lo del desasosiego.

—No tiene importancia, siempre suelo equivocarme. Cierta apreciación de la gente y de las cosas. Me formo cierta idea que después nunca coincide con la realidad. Pero supongo que debe pasarle a todo el mundo. Nunca nadie cuenta una historia de la misma manera. Un ligero matiz cambia la versión que cada cual se hace acerca de lo que lo rodea. Seguramente para usted el asado del mediodía no fue lo mismo que para mí. El fuego ardió de manera distinta. Los perros estaban en otra posición. Stravinsky no le sonaba ridículo. ¿Sabe que no hay fuego en el agua, que la morosa mancha de petróleo no va a aparecer nunca y que yo voy a seguir mirando el río esperando que aparezca alguna vez?

—No entiendo. ¿Qué mancha, de qué fuego habla?

—No tiene importancia. Es el paisaje. Este paisaje me hace divagar. Es tan desolado que lo lleno con palabras. ¿Cómo se acostumbró usted a este paisaje desolado?

—Siempre lo ignoré. Para mí son sólo relatos.

—Me di cuenta. Usted está siempre ausente. Por eso me equivoqué. Con esa mirada perdida nunca verá el río.

Ella se quedó en silencio. Llegábamos a la estación. La conversación se terminaba. Ya no había nada que hablar entre nosotros.

—Prefiero esperar solo —le dije.

—Bueno, supongo que nos veremos en el teatro, en los ensayos. Seguimos trabajando juntos, ¿no es cierto?

—Sí. No ha cambiado nada. El paisaje está igual. Usted no fue capaz de modificarlo.

Nos despedimos. En el viaje de regreso iba calculando la hora en que llegaría a Buenos Aires. Pensando en lo que estaría haciendo Angel, en cuánta gente cruzaría el puente para ir a escuchar a Sedaka. Pensé en la conversación con Lucía y me avergoncé de la pomposidad de mis palabras.

Cuando llegué me fui a cambiar para el baile y después busqué a Angel. Lo encontré frente al espejo abrochándose el chaleco. La corbata perfecta, el llavero y el encendedor en la cama.

—Sabía que ibas a volver de Cañuelas, que no te ibas a querer perder a Sedaka.

Tenía razón y empezamos a caminar hacia el baile. Atravesamos el puente. Las sombras de las antorchas se han apagado en el río. Por primera vez me animo a preguntarle lo que me intrigó durante tanto tiempo.

—¿Por qué le pusieron Regatas a un lugar donde nunca hubo ni yates ni veleros? —Angel no me responde, sólo dice:

—Vamos a jugar un rato al billar antes del baile.

Sé que eso significa visitar a Lidia. Yo no estoy entusiasmado pero igual lo acompaño. Mientras él se inclina sobre el cuerpo de Lidia en la mesa de billar, yo, en la otra, busco en la banda el ángulo preciso, la simetría perfecta. Miro la hora. Falta un rato para que Sedaka comience su actuación. Las dos bolas blancas y las rojas parecen piedras preciosas deslizándose por una suave pradera. Vuelvo a pensar en Lucía. En realidad, mirándolas bien, las piezas muestran el desgaste de los años. ¿Cuántas partidas se habrán jugado con ellas? ¿De cuántas conversaciones y silencios habrán sido testigos?

Angel se acerca a la mesa y me pregunta si voy con Lidia. Le digo que no, que no tengo ganas. El viaje me ha cansado. No insiste pero vuelve a la otra mesa. Cuando regresa le pregunto qué fue a hacer.

—A avisarle a Lidia. Ella está acostumbrada a que seamos dos. Se hubiese podido quedar esperando toda la noche.

Me lo quedo mirando. Se empiezan a oír los primeros

compases de *Oh, Carol.* Todavía es un disco. Pienso en el nombre del Regatas. En si Lidia escuchará la música. Me acerco a la mesa de billar para tirar una carambola. Algo me detiene. Arrojo las bolas con las manos. Combino los colores. El marfil y la sangre. Busco el punto negro en ese blanco que se ha vuelto amarillento. Entonces le pregunto a Angel: —¿Te parece que de verdad son de marfil?

Angel me mira y no me contesta. *Oh, Carol* está llegando al final. Veo cómo camina hacia donde están colocados los tacos, y elige uno. Bajo la luz vacilante, sus manos son dos manchas blancas, fantasmales. Oigo cómo en la calle la gente viene hacia el Regatas. Risas de mujer. Seguramente Sedaka ya está en el club. Entonces comenzamos una partida de billar.

Indice

Tennessee 11
Nombre de artista 34
El Camino del Real 45
Un asunto de animales 54
El rojo color de sus ojos 68
Los Glosters 74
El fondo de las cosas 82
La razón principal 93
Patio español 109
Un monedero de terciopelo azul 120
Studebaker 129
Salazar 138
La mano de madera 146
El Regatas 159